

ANT

XIX

792

LO QUE VI
EN ESPAÑA

R. 31.177

LO QUE VI
EN ESPAÑA



J. Edwards & Mac-Clure

AGUSTIN EDWARDS Y MAC-CLURE

LO QUE VI
EN
ESPAÑA

IMPRESIONES PERSONALES

PARÍS
LIBRERÍA DE GARNIER HERMANOS

6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6

—
1896

- 65 -

ESTADO DE MICHUACÁN

DO QUIRÓGRAFO

ESPAÑA

ESTADO DE MICHUACÁN

ESTADO DE MICHUACÁN

DEDICATORIA

A quienes después de Dios, debo todo lo que soy, todo lo que tengo, dedico este libro, pagando con las primicias de mi cerebro un átomo de esa deuda de cariño, que siempre viva en el corazón del hombre, le recuerda á cada instante que un solo padre, una sola madre, hay en este mundo, dos únicos amigos leales y desinteresados, que por todo fin, por toda norma de conducta, tienen la felicidad de sus hijos.

Y antes que Dios premie en el Cielo sus trabajos, un premio deben tratar de darles los hijos en la tierra, dedicando todo lo que son, todo lo que hacen, á quienes todo deben.

Esta convicción profunda que tengo inculcada en mi conciencia desde la edad en que el uso de la razón aclara las ideas, es la que me ha guiado á poner bajo la protección de mis padres estas líneas, que recordarán en lo futuro á ellos y á mí las impresiones que juntos recibimos en nuestro viaje á España.

A. E. M.

TRESCIENTAS TREINTA Y TRES PALABRAS

AL LECTOR



Por costumbre y no por razón, es que todo individuo que se proponga escribir una obra cualquiera, debe anteceder su trabajo de una explicación restringida, ya salida del mismo márgen de que salió el libro ó de otro que, conociendo su contenido, pueda más imparcialmente escribir su exordio.

Lo que es yo he tenido que contentarme con escribir personalmente el prólogo de éste mi primer libro. Á ello me ha obligado, por una parte, la sencillez del trabajo mismo, y por la otra el temor de molestar á extraños para cosa que no tiene otro valer que el que le da, el que

sus páginas sean el fruto de mi propia observación.

Al ir á España creí encontrarme con un país sin recursos, sin caminos, sin diversiones. Muchos así me lo habían pintado y se empeñan en pintarlo á todo el mundo. Al ver el desmentido que me dió la realidad, resolví trasladar esta misma realidad al papel, y del papel á la imprenta, para que los que me lean, conmigo se desengañen de que hay exageraciones y manifiesta calumnia, al pintar la patria del Cid con los negros colores de la barbarie. El ir á España no es ir á los desiertos de África, el ir á España, es ir á tierra de hidalgos de franca hospitalidad, de costumbres patriarcales, dentro de la civilización moderna, es ir á tierra donde la patria tiene su culto y en donde el hogar forma el encanto de propios y extraños. España, para nosotros, los americanos, no es el desierto, sino el oasis de Europa donde el viajero apaga su sed de ostracismo con el inagotable manantial de cariñosa acogida que insensiblemente le hace pensar que en aquél país no es extranjero.

Y este agradecimiento, que con vivos recuerdos conservo en mi memoria, realizándose

al volver á sentirme extranjero en país cuyo idioma no es el mío, justo es que lo haga público y créanme sincero todos cuantos nos honraron, prodigándonos esa franca hospitalidad.

El AUTOR.

París, noviembre 4 de 1896.

LO QUE VI EN ESPAÑA

(IMPRESIONES PERSONALES DEL VIAJE)

PRIMERA PARTE

DE PARÍS Á SAN SEBASTIÁN

— « Amigo : no tiene usted otro trabajo que echarle llave al baúl, teniendo anteriormente cuidado de meter la ropa dentro y en seguida marcharse por esos ferrocarriles de Dios... »

— « ¡ Que ojalá vayan con Él y así no caigan en la tentación de tropezar, contesté al que así me interpelaba, notificándome la última y decisiva resolución de nuestro viaje á España.

No sería propio en una obra de viajes tratar de los infinitos incidentes é insignificantes peripecias que necesariamente nos suceden antes de emprenderlos, y me limitaré á decir que después de haber comido y después que señoras y niñas se hubieron sacado y puesto cinco

veces los sombreros y capas de viaje para dejar ambas cosas colocadas como la primera vez; después que los innumerables paquetes necesarios é innecesarios á toda familia grande estuvieron embarcados juntos con la sirviente en el ómnibus, habiéndonos despedido, no sin pena, de una parte de los nuestros que en París quedaban, subimos al coche que en pocos instantes nos hizo dar pie con tierra en la Estación del Norte, encontrando minutos después de las ocho el tren que debía conducirnos á la simpática España.

Llegar al lujoso y cómodo *Sud-Express* y creerse fuera de Francia, todo es uno. Por todas partes en el *Sleeping-Car* y en el *Wagon-Restaurant*, se escuchan las melodiosas frases castellanas que llegan á nuestros oídos con el placer que uno siente al pensar que aquel idioma es el idioma propio y que aquel pequeño mundo es un pedazo de la patria ausente.

El cerebro elabora allí más fácilmente el pensamiento, porque habéis de saber, amigo lector, que el pensamiento no es poliglota, sino que tiene por idioma el que él niño y el hombre emplearon como propio durante el transcurso de su corta ó larga vida. El cerebro con idioma ha de producir más de alguna irónica sonrisa; pero el hecho es que la elaboración de las ideas se hace más penosa si ellas han nacido durante una conversación ó lectura en idioma extranjero que si ellas se hubieran formado ejecutando actos idénticos en idioma propio.

Si á esto se agrega que las fisonomías que allí se ven, son las mismas que uno ve á vuelta de cada esquina de calle en las ciudades de Chile, se comprenderá que

nuestra primera impresión del *Sud-Express* no pudo ser, ni más agradable, ni más satisfactoria.

Pero si todo esto es cierto, y tan cierto, que de su veracidad respondo, no lo es menos que habiendo comido á las cinco de la tarde y marcando el reloj las nueve y cuarto de la noche, van más de cuatro mortales horas en que carezco de alimento. Por una parte la necesidad de reponer las fuerzas perdidas y por la otra el deseo de conocer las dotes culinarias del cocinero del carro-restaurant, me condujeron directamente á este comedor viajero, en donde, á fe mía y de los presentes, cumplido honor hice á la mesa. Respondo que jamás había comprendido más prácticamente el refrán aquel de « Á barriga llena, corazón contento ». Concluída mi comida iba á pensar en muchas cosas, pero... Morfeo me invitó galantemente á pasar al carro-dormitorio.

¿Se puede dormir en sus camas-camarotes con sus sábanas húmedas, de dudosa limpieza y con el ruido infernal que produce la locomoción de un tren? Parece ello imposible, y sin embargo yo dormí.

Al principio sentí las molestias del bullicio, después me pareció que me faltaba aire y después, después... el silbato de la locomotora me despertaba en Irún.

Á las diez de la noche me acostaba en territorio francés y á las ocho de la mañana estaba en tierra española.

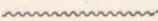
Momentos después, necesariamente teníamos que entendernos con la forma más antipática de la autoridad de cualquier nacionalidad que ella sea; con la autoridad aduana.



Es agradable tener buenos servicios, muy buenos; pero es detestable el pagar los impuestos con que esos servicios han de ser mantenidos. Siempre estamos exigiendo la perfección en los servicios locales y generales de las naciones, y siempre estamos rehuendo en lo posible el pago de las cuotas que nos corresponden en la carga nacional. Miramos con simpatía y justo cariño al soldado que se ha batido, se bate ó va á batirse por la bandera, saludamos con respeto al profesor que emplea su tiempo en la enseñanza, al magistrado que administra justicia y, en fin, á todos los funcionarios que se dedican al servicio de una nación, salvo aquéllos que están encargados de cobrar el impuesto necesario para pagar esos mismos servicios. Los primeros tienen todas nuestras simpatías, los segundos nos son instintivamente repulsivos.

Por eso estos sujetos, cubiertas sus cabezas de acharolados roses, protegidas las manos por verdes guantes (1), que pusieron en orden inverso cuanto había en las maletas, nos fueron antipáticos en su carácter administrativo, desde un minuto antes de verlos, y nos apresuramos á concluir con su trato lo más pronto posible. Por otra parte, el tren español nos prevenía con un primer silbato que esperaba poco más. Al segundo, nos encontramos instalados en el carro y en marcha. Pasó media hora, y la primera jornada de este viaje á España, había terminado sin contratiempo al poner el pie en el andén de la estación de San Sebastián.

(1) Primera y única vez que he visto de este color.



EN SAN SEBASTIÁN



Primera conversación. — Algo de todo en el hotel de Londres.
— Aspecto general. — Un paseo por los alrededores y una visita á Hernani. — Hay fábricas. — La misa y la salida de ella. — Á Madrid.

I

Eran las nueve y media de la mañana. Deseoso de dirigir, libremente, la palabra en español á cualquier persona que encontrase, me dirigí á un vasco, que con boina caída sobre la oreja derecha, pitillo entre colmillos, manos en los bolsillos y la mirada vaga, se paseaba para arriba y para abajo por el terraplén de la estación.

— Buenos días, paisano.

— Buenos los tenga usted, contestó el paisano inclinandose y dejando caer la boina en la mano derecha con un ligero movimiento de cabeza.

— ¿Podría usted decirme si volverán á registrar los baúles aquí?

El bueno del paisano se rascó la oreja, quitó de la boca su cigarro, afirmó la caída boina en su sitio, adornó su fisonomía con una sonrisilla de satisfacción, y dijo :

— Pues es claro que si las abren, las registran y si no las abren, pues no las registran.

Dicho lo cual volvió : el pitillo á su puesto, las manos á los bolsillos de los pantalones, desapareció la sonrisilla de satisfacción, y haciendo otra profunda cortesía, giró sobre sus talones y prosiguió su interrumpido paseo, ajeno á las palabras que acababa de pronunciar.

No supe si enojarme ó reírme de esta perogrullada. Lo único que sé, es que quince días después, al recordarla, me hacía mucha gracia por revelar su carácter. Sobrio de palabras y contestando cualquier cosa por dos razones : la una de cortesía y la otra de porfía al no confesar que ignora la verdad de la respuesta que se le pide.

Es de advertir que es voz muy general en España, que, aragoneses y vascos suelen ser porfiados.

II

Tiempo es ya que lleguemos al hotel de Londres, en donde al par que vi desmentidos á los que dicen que en España no hay hoteles buenos, oí de boca de un español una apreciación política y social del país, que más tarde pude confirmar con la observación. Por supuesto que la plática de este caballero, como buen español, fué más criticar al Gobierno, que exponer hechos de la cual deduje que es muy cierto, aquello de « quien lo hereda, no lo hurta ». Somos tan iguales en esto los chilenos.

Dijo aquel señor : Que los gabinetes eran muy inestables, pero que siempre variaba sólo entres dos hombres la Presidencia del Consejo : don Antonio Cánovas del Castillo y don Práxedes Sagasta, ambos monarquistas, jefe del Partido Conservador el primero y del Partido Liberal el segundo; de manera que cada vez que hay cambio de Gobierno, toda la planta de empleados públicos cambia, yendo á los puestos públicos de alta ó baja categoría, con el partido Conservador sus adeptos, con el Liberal los suyos; de manera, concluía este digno señor, que la administración pública no puede andar bien, pues los empleados que la sirven no son ni

pueden ser hombres envejecidos y acostumbrados á los trámites administrativos. De esto resulta, continuaba, que cada vez que hay cambio de Gobierno, conservadores ó liberales, se creen, por el sólo hecho de ser su partido el que sube, con indiscutible derecho á un puesto público y no por el derecho que da la antigüedad y la competencia en un ramo administrativo cualesquiera, sino que por ser *canovistas* ó *sagastistas* hay muchos que ocupan los asientos en las oficinas del Estado: ¡Y es todo el pueblo español el que paga esta lucha de pasiones políticas que á unos beneficia, á otros perjudica y á él lo sangra, sangrando los fondos del Estado.

Resumiendo: Que el principal mal en España es la empleomanía del Estado. Todos quieren ser empleados del Gobierno, porque es más cómodo ganarse el dinero sentado en un Ministerio ó Juzgado, que trabajando en el Comercio, Industria y Agricultura.

— Señor, le dije, probablemente exagera usted algo, llevado por el natural deseo de que en su patria marche todo como la maquinaria de un reloj; pero como tengo sumo gusto en oírle, le rogaría me dijera algo sobre el estado de España, hoy día.

¡Oh! me dijo (y en ese ¡oh! había un mundo de sentimientos), así como la plaga de empleados públicos hay otra que no es menos terrible y se llama la de aristocracia y nobleza. Aquí no encontrará usted sino muy pocas personas que no tengan corona de cualquier cosa y escudo con leyenda; pero mientras más grande es la corona, más relumbroso el escudo y más pomposa la leyenda, menos dorado está el blasón, y

aunque se esfuerzan por devolverle su primitivo brillo, estos esfuerzos no hacen sino quitarle el poco que le queda.

Todos los nobles en general están hoy día arruinados y la gente de fortuna actualmente son los industriales y comerciantes cuya única leyenda de escudo es el nombre de su tienda ó de su fábrica. Ha sucedido en España lo de la fábula de la carrera entre la liebre y la tortuga. Los nobles confiados en su riqueza se echaron á dormir y no trabajaron más, mientras que comerciantes y demás poco á poco, centavo por centavo, acapararon su dinero hasta igualar y dejar atrás á los nobles cuya fortuna se iban ellos mismos comiendo. Esto es lo que ha pasado en España.

Mi estadía en España me dió á conocer después que había mucho de verdad en las palabras de este señor, pero que exageraba algo, como en la parte política, al decir que toda la nobleza española estaba arruinada, porque aún hay grandes fortunas que se conservan intactas como la de las familias de Alba, Nájera, Fernán Núñez, etc., etc.

Esa misma tarde, echándome á rodar por esas calles, pude imponerme algo del terreno que pisaba y sus alrededores.

San Sebastián es una población de treinta mil habitantes, los cuales aumentan al número de ciento cincuenta mil en el verano, ó sea los meses de julio, agosto y septiembre, época en que es costumbre y *aristocrático* tomar baños de mar, aunque no sea más que por decir que en el verano se ha estado en una playa.

Sus calles son anchas, bien alumbradas con luz eléctrica y luz de gas y bien pavimentadas con adoquín de piedra. Muy buen comercio, que se quintuplica como todo en el verano; un magnífico Casino con salones de baile, de concierto, de juego, etc., y un palacio de la Reina Regente, que recibe durante la temporada balnearia á su augusta dueña con su numeroso séquito, y que da á la ciudad su principal importancia veraniega. Se dice que S. M. doña María Cristina prefirió venir y edificar para ella una casa en San Sebastián, á las otras magníficas residencias de verano que posee la corona de España, por razón de política, por cuanto así

se atrae las simpatías de los vascongados, que como es sabido tienen marcadas tendencias al carlismo.

Como pueblo que ha conservado incólume la fe de sus mayores, en España abundan las iglesias y en San Sebastián hay sin duda un número mayor que las necesarias para el servicio religioso de sus habitantes; pero entre los dos extremos preferimos que ellas sobren á no que falten. La abundancia de templos á nadie daña, á nadie perjudica; la falta de ellos hace un mal enorme á la cultura moral de los pueblos y deja un vacío sensible en el espíritu del hombre.



IV

Si bien la población es hermosa, los campos de los alrededores no desdicen con la ciudad, y tanto la naturaleza, algo salvaje del norte de España, como la mano del hombre, han contribuído para hacer de los bonitos valles y pintorescas colinas que rodean San Sebastián paseos muy agradables y á ratos encantadores.

Mucho se desacredita en el mundo, en general, el estado de los caminos de España. Verdad es que hay alguna diferencia entre los caminos del norte y del sur, diferencia que favorece los caminos del Norte, pero no encuentro en esta un argumento de suficiente fuerza para decir que en los caminos de España no se puede andar.

Paseando en uno de aquellos excelentes caminos (que ojalá fueran tan malos como éstos los de mi país), nos llamó la atención una casa en cuyo frontis había una plancha de mármol con la siguiente inscripción :

« 11 de Setiembre de 1891 »

S. M. C. la Reina Regente doña María Cristina (Q. D. G.)
tuvo á bien en este día asistir al acto de administrar
el Sacramento de la Santa Extremaunción que en
Artículo de muerte ungieron á uno de sus más humildes
servidores (Q. E. P. D.)

Esta inscripción hizo exclamar á alguien que iba allí: Por lo visto este infeliz se vió más honrado con la visita que le hizo la reina de España que con la que le hizo el rey de los cielos.

¡Vanidad de vanidades y todo vanidad! como dijo el santo.

Continuamos el camino, sin otro incidente digno de anotarse y viendo desfilas ante nuestra vista los pintorescos panoramas de valles y colinas, y de tiempo en tiempo brazos de mar, desapareciendo todo como cubierto por un telón detrás de las nubes de polvo que coche y caballos levantaban, hasta llegar á un pueblo, sito dos leguas de San Sebastián, cuyo nombre es Hernani. De ese miserable pueblo salió tal vez la creación del novelesco personaje de Víctor Hugo que acabó de inmortalizar Verdi, añadiendo á las bellezas de la literatura francesa las melodías de la música italiana.

Pueblo antiquísimo es el de Hernani, y debido á no sé qué rara y feliz casualidad para los aficionados á antigüedades, se conserva en el mismo estado que dos ó tres siglos atrás. Las mismas casas de piedra y sillaría tallada con los grandes escudos de los señores feudales en la cabecera de las puertas, las mismas ventanas abarrotadas de hierro por cuyas rendijas cuelgan ramas de enredaderas y plantas trepadoras, las mismas puertas de roble, hierro y enormes clavos, sin que ninguna construcción moderna venga á destruir la ilusión de encontrarse tres siglos atrás con media hora de andar en coche. La única calle con que cuenta el pueblo, triste y solitaria, y sólo turbaba el silencio el sonido lento de la campana de un convento de mon-

jas y una algazara y gritos de seis ó siete muchachos del pueblo que en la plazoleta de la antiquísima iglesia se entretenían en los juegos propios de su edad.

Con sólo ochocientos habitantes cuenta el pueblecito de Hernani, y para el culto y prácticas religiosas de estos ochocientos tiene dos iglesias y un convento. Anoto esta particularidad porque ella puede servir para juzgar hasta dónde llega la religiosidad del pueblo vascongado.

Y no se asuste el lector si le digo que en el camino que va de San Sebastián á Hernani conté cinco conventos y cinco iglesias, no midiendo él sino dos leguas de largo.

Este número de iglesias y conventos fué el que hizo decir á cierto individuo: « Si cada convento ó iglesia que hay en las Provincias vascongadas fuera una fábrica, tendríamos que España es el país más manufacturero del universo mundo. »

V

Permítame el lector que observe que esto no quiere decir que yo confirme la idea tan propagada de que en España no hay fábricas, sino al contrario, voy á aprovechar la oportunidad para decir que desmienten esta idea: Barcelona, famosa por toda clase de industrias, sobresaliendo muebles y tejidos; Málaga, con sus fábricas de azúcar de caña, con sus vinos y su aceite, sin pararme á mencionar dos fábricas de tejidos, una de perfumes, etc., etc.; el Ferrol y Cádiz, con sus astilleros que han dado magníficos barcos de guerra á España; Granada, con sus fábricas de azúcar de remolacha, las minas de Río Tinto explotadas por los últimos sistemas inventados y que dan ganancias estupendas á sus propietarios; Tolosa, con sus fábricas, de fama universal, por el buen papel que producen; Sevilla, con sus fábricas de porcelana, de cuerdas de instrumentos de música, etc; Toledo, con su fábrica de armas y sus talleres de incrustaciones, que Éibar ha logrado, no sólo llegar á la altura de Toledo, sino propasarla en fineza de trabajo, y por último, San Sebastián, que cuenta con dos importantes fábricas, la de velas estea-

rinas y jabón y la de boinas, sombrero nacional del norte de España y del sur de Francia, vendiendo ésta última tan bien y tan en abundancia sus productos, que tiene una ganancia líquida de mil pesetas diarias, ó sea 365,000 en el año común y 366,000 en el bisiesto.

(Este fabricante desearía que todos los años fuesen bisiestos.)

Sólo me fué permitido visitar la fábrica de velas estearinas y jabón, y puedo decir que me produjo una excelente impresión. Visitar la de boinas no se puede por ser privilegio exclusivo para una invención en que se fabrica la boina sin ninguna costura. Está magníficamente montada y puede fabricar sesenta mil bujías diariamente. La materia prima, ó sea la grasa, la traen de Buenos Aires y Montevideo, de manera que la grasa hace un viaje á Europa para convertirse en velas y volver á su país natal.

VI

El día 1.º de noviembre, clásico en España, en el cual se va á misa, como en todo país católico, á visitar á los muertos ó Campo Santo, como llaman aquí al cementerio, nombre más poético el primero que el segundo, en que se come buñuelos fritos en aceite y se asiste á la representación del *Don Juan Tenorio* en la noche; todos estos indispensables elementos de la víspera de Todos Santos.

El que no lo haga así es *inglés*, que al decir de los españoles, es la palabra que mejor califica al hereje. No hay *inglés* que no sea hereje, y acreedor, según ellos.

Necesario era ir á misa en aquel día, y tuvimos el gusto de hacer amistades con Santa María, iglesia de estilo gótico. La misa fué cantada y tuvo sermón de tres cuartos de hora.

Observé aquí una costumbre curiosa y que confirma aún más la gran religiosidad de los vascongados. Durante el sermón, y en el momento en que salía de la boca del cura el prelude de latines, indispensable ex-abrupto de todo sermón, corrieron sobre todas las ven-

tanás cortinas negras que oscurecieron por completo la iglesia, quedando los fieles en tinieblas hasta el final de la alocución. Y digo que confirma la religiosidad de los vizcaínos, pues estando en tinieblas, el recogimiento de los oyentes de la palabra divina es mucho mayor, porque la vista, principal órgano del pecado según los doctores de la Iglesia, está impedida.

Sin que la iglesia dejara de ser hermosa, no era nada de llamar la atención y aun algo desaseada, pues la gente ordinaria tenía la misma gracia aquí que en Chile; la de escupir en el suelo, lo que daba al piso el aspecto de algo que no era por cierto un jardín de flores. No es un chileno el llamado á criticar este desaseo, pues allá los hijos del país tienen la misma costumbre, aunque corregida, aumentada y más generalizada.

Uno de los cuadros de costumbres más animados, que en España presencié, ha sido la salida de misa de Santa María en San Sebastián. Los hombres con sus boinas de todos colores, negras, granates, azules y coloradas; las mujeres con sus mantillas blancas ó negras, los soldados de guarnición y los reclutas para la guerra de Cuba, con sus brillantes uniformes y el gorrito rojo en la cabeza, parecido al de infantería inglesa; los oficiales envueltos en sus capas con vueltas de terciopelo rojo, azul, amarillo, etc.; los muchachos vendedores de diarios, pregonando con gritos su mercancía y, en fin, un mundo de toda clase, sexo y condición que gesticulaba, hablaba y accionaba tan animadamente como sólo saben hacerlo los *goditos*, como llamamos en Chile á los originarios de la madre Patria.

VII

¡A Madrid! y para Madrid salíamos al día siguiente. Pero antes de abandonar San Sebastián, quise llevarme un recuerdo de él y al caminar hacia la estación topé con una tienda en que vendían conchas grabadas.

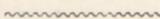
Entré y me hallé frente á frente con un vizcaíno, archivizcaíno.

— Diga usted, paisano, ¿estas conchas son de la bahía de San Sebastián?

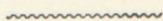
— La mar es una, que sean de San Sebastián ó de Filipinas, la mar siempre es una.

Y con esto el bueno del paisano me quería probar que, aunque fueran conchas de la bahía de Manila, siempre serían un recuerdo de San Sebastián, en vista del principio de los mares unidos. No era lógica errónea para deshacerse de una mercancía.

Un cuarto de hora después, íbamos cómodamente sentados en los vagones del tren para Madrid.



PRIMERA ESTADÍA EN MADRID



Cómo razona la Compañía de *Sleeping-Cars*. — De cómo comprendí la utilidad de la capa. — Un paseo matinal por calles y plazas. — El museo del Prado. — Los paseos de Madrid — Cuatro teatros en una noche. — El teatro Real. — El museo Arqueológico. — Lo demás para después.

I

En esto de disculparse unos con otros, nadie lleva más ventajas que los empleados de un tren. Salvan responsabilidades inculcando á cualquier infeliz que no va allí, de toda reclamación que hay, y se quedan tan frescos. Después de todo, ¿qué les importa? Saben que el reclamante no ha de abandonar el viaje por el gusto de irle á decir cuatro verdades al inculpado, y en caso de que así fuese, saben que ellos no esperarán á que el reclamante vuelva, sino que tranquilitos, parti-

rán en el tren á su destino sin inquietarse de si llegará el caso de volverle á ver la cara al viajero.

Lo mejor para evitarse toda clase de molestias, es darle *carinosamente* un apretón de manos al conductor del carro, teniendo cuidado de dejar reposar, previamente, alguna monedita en la palma de la derecha.

Por no haber comprendido á tiempo esta lógica, digna de los finados filósofos griegos (si en aquellos tiempos se acostumbraba dar para beber), fué que nos encontramos sin asientos reservados, á pesar de haber teleografiado con anterioridad de un día; y por eso fué que pasamos media hora sin encontrar los asientos necesarios. Ni la varillita de virtud de el hada en María Cenicienta al convertir el zapallo en carroza, hubiera hecho más pronto el efecto que el apretón de manos, *con unguento*, para encontrar sitio donde reposar... salva sea la parte.

En vano agotamos nuestra elocuencia en hacerle comprender la razón de nuestro telegrama á la estación de partida. Todo fué inútil y por toda contestación nos respondía, en el tono del niño de escuela al recitar su lección:

— Es costumbre del agente en Hendaya (estación de partida) contestar que reservará asientos, aunque estén éstos tomados. Reclamen á ese agente, yo nada sé sobre el particular.

Por fin, en consejo privado, cansados de oratoria, se decidió recurrir á los grandes medios, y... ya he dicho lo restante.

Entre estas reflexiones, párrafos de lectura y ratos de conversación, sin olvidar la parte material de la vida y pensando en lo que haríamos próximamente en la corte española, las horas pasaban y Madrid se aproximaba, hasta que á media noche, allá á lo lejos, luces que brillaban tenuemente nos advertían la aproximación de una gran ciudad, que no podía ser sino la capital.

Lentamente, fueron creciendo en intensidad y en número las casas que sólo se veían diseminadas por aquí y por allá, y fueron haciéndose más continuas hasta hacer notar delineación de calles. Por fin, el último silbato, y entramos bajo la bóveda de cristal de la Estación del Norte.

Un vientecillo helado y sutil que calaba de frío hasta los huesos que los madrileños dicen que no apaga un candil, pero mata un hombre, nos obligó á subirnos los cuellos de los gabanes de viaje y nos hizo reconocer, cuán justificado es aquí el uso de la histórica y legendaria capa española. Con ella consigue el madrileño taparse el cuerpo hasta más arriba de las narices,

sin la menor molestia y, viento, frío etc., son impenetrables.

Un coche nos esperaba. Subimos á el, y en él la cuesta de San Vicente, no muy bien pavimentada. Pasamos por el Palacio de los Reyes que se destacaba majestuoso como una masa informe en medio de la neblina; dejamos atrás el teatro Real, de cuyo interior un ardiente ambiente se exhalaba, denunciando á los transeúntes que en esos momentos la representación estaba en todo su furor; atravesamos las calles de Sevilla, Alcalá y Peligros, animadas á media noche más que á medio día, y llegamos por fin á nuestro alojamiento del Hotel de Roma.

Nuevo desmentido á los que niegan la existencia de buenos hoteles en España. Servicio bueno, comida buena, alojamiento mejor, sin el aparato de farsa que despliegan para cualquier cosa, el día de llegada en los hoteles franceses y sin tener que contestar á ninguna estudiada cortesía de lacayos y servidumbre, pues en España lo sirven y lo respetan á uno mejor sin tanto saludo ni muestras de acatamiento.

III

Serían las diez de la mañana, cuando después de una bien dormida noche, me vino la idea, ejecutada sobre la marcha, de dar un paseo por los lugares más centrales de la ciudad. La Puerta del Sol, centro de todos los ociosos de Madrid, fué el primer conocimiento que mi suerte me deparó. Allí pude ver á infelices, de los de bolsillo como patena, paseándose unos, sentados á orillas de las aceras otros y embozados todos en sus capas, fumando un cigarro, producto de quién sabe cuantas colillas, cuyo único distintivo de un Rothschild ó un Vanderbilt era su traje, en estado de producir, con la mayor facilidad, hilas para heridas.

De una chimenea en una casa, estaba saliendo un poco de humo y allí delante había un grupo de quince ó veinte *Rothschields* y *Vanderbildts* que comentaban, como si se tratara de altos intereses de Bolsa, el modo, manera, color y forma en que salía el humo. Tuve tiempo de dar una vuelta por la Carrera de San Jerónimo, recorriéndola hasta su fin, entrar á la librería de Fernando Fé, pequeña en apariencia, pero la librería más rica en libros castellanos que hay en Madrid, de

pararme ante varios escaparates y al volver á la puerta del Sol aun estaban los quince *millonarios* en acalorada discusión acerca del dichoso humo.

Otro grupo de estos mismos observaba un individuo que pegaba, armado de un hisopo con engrudo, unos grandes avisos en las paredes. A medida que iba pegándolos, el grupo analizaba : su contenido, los diferentes colores de tinta, discutiendo si ésta última era china, inglesa ó alemana.

El papel fué objeto de largo debate, disputando sobre si procedía de las fábricas de Tolosa ó de las de Estados Unidos; la imprenta que se había encargado de imprimirlos, ocupó también su oratoria y... no oí más porque sentí que el reloj del Palacio de « La Equitativa » daba las once y media, y antes de almuerzo, quería ver algo más que la puerta del Sol y sus concurrentes.

Bajé por la calle de Alcalá hasta la fuente de la Cibeles. La calle de Alcalá en Madrid es el centro de todos y de todo. Á horas del día y de la noche, gente á pie y en coche la cruza en todas direcciones. Tranvías, simones y manuelas (1) trafican por todo el ancho de esta calle, la más ancha de Madrid. Los más aristocráticos Círculos como el de « La Peña » y « Jockey-Club » sientan sus reales á lo largo de ella, de manera que siempre hay estacionados á la orilla de sus aceras, elegantes y bien puestos coches. Los palacios de los más ricos propietarios y los del « Banco de España »

(1) Simones llaman en Madrid á los *coupés* y manuelas á las que nosotros llamamos victorias.

y « La Equitativa » adornan con sus soberbias fachadas, el largo de la vía. Toda noticia de sensación, donde primero tiene eco es en la calle de Alcalá.

Y hay que apreciar la calle de Alcalá, en diferentes horas, diferentes ocasiones y en diferentes días. Es una escena de teatro en que los personajes, que toman parte en ella, varían, según la hora, la ocasión y el día.

De nueve á doce de la mañana es el inmenso gentío de señoras con mantilla, de caballeros, jóvenes, militares que saliendo de misa de las Calatravas y de San José ocupan ambas aceras de la calle. Nótase más este movimiento los días domingos á las mismas horas.

Entre tres y seis de la tarde cambia por completo la escena y es el domingo, cuando este cambio se hace más notable. Entonces el ruido, que hay de coches, ómnibus, tranvías y toda clase de vehículos, es verdaderamente atronador, reinando una alegría, producida por tanto movimiento, que á mi pluma le es difícil describir. Á esta hora no son los mismos personajes los de la escena de la calle de Alcalá. Aquel mundo matinal de finas y aristocráticas señoras, de elegantes de la sociedad, de políticos renombrados, de galoneados militares que salía de cumplir con sus deberes religiosos, ha sido reemplazado por el mundo democrático de la rolliza mujer del comerciante, de los dependientes de tienda, de los obreros encallecidos en el trabajo, de los soldados sin galones que van, ebrios de felicidad y algunos, ebrios de

algo más alcohólico que la felicidad, á pagar un tributo á su afición como españoles... Van á las corridas de toros.

De doce de la noche á tres de la mañana cambia de nuevo la escena, presentándose al viajero, toda la multitud de los trasnochadores de Madrid, que no son pocos. Todos embozados en sus capas hasta la nariz, distinguiéndose la clase de sociedad á que pertenecen, por el sombrero que llevan. El rentista por su relumbroso sombrero de copa, el jugador de profesión por su suelto sombrero de paño echado á los ojos, el rata (raza que abunda así como la de timadores, sablistas, sobre todo á esas horas de la noche) se distingue por su gorra de larga visera. Cada dos ó tres minutos pasa algún elegante *coupé*, á todo trote de sus caballos dejando un rastro de luz con sus faroles, en cuyo interior se retiran á sus casas los y las aristócratas, después de haber pasado su noche, ya en la Comedia, el Español ó el Real, ya en alguna recepción de la condesa tal ó la duquesa cual.

Mi pluma me ha llevado más allá de lo que creía, y al hablar de mi paseo matinal por calles y plazas, he hecho de la de Alcalá una descripción completa. Demos una vuelta en el cuarto de hora que me queda antes del almuerzo, por la calle de Sevilla, corta, ancha y torera pura. En sus esquinas y paseándose, vi grupos de hombres que primero su traje, segundo su fisonomía, y tercero su conversación y modo de expresarse, me llamaron la atención.

Consistía su traje en un pantalón bombacho, hasta ceñir, por abajo, el tobillo; parecen faldas al llegar á

la rodilla, volverse á ceñir en la cintura, subiendo hasta casi debajo de los brazos para no dejar por las espaldas, en descubierto la camisa, en vista de que su chaqueta, de terciopelo negro, adornada con cordones y bordados ídem, no bajaba más de cuarta y media á contar desde el cuello. La camisa tenía una lujosa pechera adornada de encajes y bordados; en cada ojal un brillante bastante grande para hacer volver la vista á otro lado. El sombrero cordobés de paño gris claro, unos, y negro otros, completaba el traje. (El sombrero cordobés se parece algo en la forma al sombrero de *pita* de nuestros *huasos*).

Su fisonomía también llamaba la atención, pues contrastaba notablemente su cara, limpia de barbas y bigotes, como la de un cura con lo vistoso de su traje. La trencita de pelo, por nombre coleta torera, al observarla, hacía curioso efecto describiendo un arco para ir á esconder su punta en el interior del sombrero, y dejando en su nacimiento una coronita afeitada como las de tonsura.

Su conversación me llamó la atención por los términos que empleaban para expresarse en lo referente al oficio.

En la segunda parte de esta obra, en que trato de las corridas de toros, encontrará el lector justificado, que llamen la atención los términos toreros á todo el que no sea español.

En la calle de Sevilla todo es torero. Allí está la boletería de la plaza de Toros, allí los vendedores de periódicos venden « Pan y Toros » « El Toreo Cómicó », todas las revistas, todos los grabados refe-

rentes á toros. Se llega hasta sentir olor á vaca á fuerza de respirar por todos lados ambiente torero.

Esta calle es única en su especie y sólo la calle de las Sierpes de Sevilla tiene vagas semejanzas.

IV

Visitar el Museo de Pinturas y Esculturas de Madrid, vulgarmente conocido por Museo del Prado, fué mi ocupación toda aquella tarde.

La historia de este museo es muy contemporánea, data del reinado de Fernando VII á principios de este siglo. El edificio en que está instalado es más antiguo que la fundación del Museo, pues fué edificado en tiempos de Carlos III, por un famoso arquitecto de nombre Villanueva, el cual hizo este palacio con destino á Museo de Ciencias Naturales. La afición loca por el dibujo de la primera mujer de Fernando VII, doña Isabel de Braganza, destinó que aquel edificio, en lugar de recibir piedras de mina, esqueletos de animales antediluvianos, pájaros disecados, serpientes en alcohol, etc., que sirvieran á los naturalistas para clasificar especies, órdenes y clases, recibiera cuadros de Murillo, Velásquez, Goya, Españolito, Greco, Ribera, Cano, etc., que repartidos en las diferentes reales residencias del Pardo, la Zarzuela, Aranjuez, la Casa de Campo, no podían servir á los pintores modernos para

crearse una escuela y formarse un estilo de dibujo y colorido

Entusiasmado por su mujer Fernando VII (¡ni á los reyes se les dispensa de ser influenciados por la señora) presupuestó un millón setecientos cincuenta mil francos, con los cuales se continuaron las obras del edificio comenzado por Villanueva! Todos los años sacaba el Rey de su tesoro particular setenta y dos mil pesetas, destinadas á terminar la emprendida obra.

Agradézcale hoy día, el mundo de pintores, que tengan una escuela seria en qué formarse, un magnífico santuario del Arte, honra y provecho de España y españoles.

Desde el año 1819 han venido verificándose aperturas del Real Museo de Madrid, aumentando de una nueva sala en cada una.

Cuando éste se abrió por primera vez, solo contaba con quinientos doce cuadros, número que fué aumentando, hasta que en el año 1828 contaba con setecientos cincuenta y cinco y hoy día, gracias al celo de los directores que le han cabido en suerte, el Museo del Prado, puede mostrar con orgullo á españoles y á extranjeros, tres mil cuadros colgados en sus murallas.

El último director que tuvo fué don Vicente Palmarioli, pasando á remplazarlo, después de su muerte, sensible pérdida que experimentó el Arte durante el presente año, el artista español cuyo nombre basta para apreciarlo, don Francisco de Pradilla.

Desde las dos hasta las cuatro de la tarde, paseamos nuestra vista por las murallas de los vastos salones de este Templo de la Pintura, admirando la escuela an-

tigua en Velásquez, con su realidad, en Murillo con su inspiración, en Cano con sus perfecciones de dibujo, colorido y sentimiento, en Goya, con sus pinturas de trajes y en todos con su maestría. ¡Qué Vírgenes las de Murillo! ¡Qué angelitos tan frescos! tan bonitos. ¡Qué majas las de Goya! Toda la gracia y garbo español en metro y medio de tela. ¡Qué caballos los de Velásquez! Había algunos que creí iban á saltar del marco.

En la escuela moderna, Fortuny, Rosales, Pradilla y Palmaroli. « La muerte de Isabel la Católica » de Rosales y « Doña Juana la Loca » de Pradilla, son los reyes de la sala de los modernos. La sombría tristeza, que reina en los asistentes á una agonía, al ver cómo poco á poco abandona el alma al cuerpo, la desesperante aflicción de los hijos al presenciar los últimos instantes de su madre, los sollozos de los fieles servidores, de los amigos íntimos, de los agradecidos, todo lo ha expresado, patentizado, Rosales, con su pincel.

Las expresiones, mezcla de asombro, pena y espanto de los cortesanos, al ver sin poder impedir las cosas que la locura hace cometer á su soberana; las facciones desfiguradas por el sufrimiento, causa de la locura de doña Juana, las velas que alumbran el ataúd de Felipe el Hermoso, batidas por el viento y croteando el candelabro, la devoción y recogimiento de los que oran por el augusto muerto, es lo que Pradilla supo pintar como nadie, y es lo que le dió la justa reputación de que hoy goza en el mundo.

Pasando á la sala siguiente nos encontramos con un cuadro del célebre Casado, cuyo sangriento aspecto,

causa instintivo terror. Cuadro es éste que representando un drama, recuerda otro. « La leyenda del Rey monje ó la campana de Huesca » es su título. El Rey monje baja á un patio lleno de infinidad de cabezas humanas, separadas de su tronco, destilando sangre algunas, en completa descomposición otras, pintadas con tanta realidad que causa horror el mirarlas. Casado, al pintarlo, copió las cabezas del natural, yendo á los hospitales para cortárselas á los muertos y llevarlas á su casa para copiar. El infecto olor y repugnante aspecto trastornaron la salud del insigne pintor hasta el punto de quitarle la vida poco tiempo después de concluir el cuadro.

Por eso he dicho que este cuadro representa un drama y recuerda otro.

En esta misma sala hay una tela en que el autor ha tomado por tema aquella poesía de Becquer: « ¡Qué solos se quedan los muertos! » é inspirado en la sencilla grandiosidad de estas líneas ha pintado un patio de cementerio cuyos únicos adornos son las inscripciones pintadas en sus blancas paredes, cuyos únicos monumentos son las cruces de madera que, á la sombra de sauces unas, de cipreces otras, tienen colgadas en las junturas de sus brazos una coronita de flores, tierno recuerdo de alguna madre, de alguna esposa, de alguna hija. El tinte rosado-amarillento del crepúsculo invade el ambiente; todo es tristeza, todo soledad en este cuadro que deja el ánimo impresionado al más escéptico: ¡Qué solos se quedan los muertos!

Continuando mi visita, encontré aún otro cuadro de fúnebre aspecto. Representa un rey que hace sentar

á su lado en el trono el cadáver de su mujer, muerta de algún tiempo, y hace besar la descarnada mano del cadáver por todos los cortesanos en señal de sumisión.

Cansado de ver cosas fúnebres, resolví pasar á los salones de escultura en que esperaba dejar los sombríos pensamientos que me tenían impresionado con tal motivo, dejando las pinturas para pasar á ver la realidad copiada sin colores pero con formas.

Es indudable que las esculturas del museo de Madrid no están á la altura de sus cuadros, sin dejar por esto de encontrar obras maestras en aquéllas.

Un retrato busto de la reina doña Isabel II, en el cual la cara está cubierta con un velo, al través de cuya transparencia se dibuja la silueta del rostro, con notable parecido, según personas que la conocieron en tiempos de más juventud, fué, por su originalidad, la primera que me llamó la atención en la serie que había repasado con la vista.

Otra escultura que sobresalía de las demás era una cuna en que estaban muellemente recostados y durmiendo el sueño inocente del primer día de vida, dos chiquitines gemelos.

¡Qué sentimientos de terneza, de inocencia, de amor, despertaba esta cunita, pequeño cielo en que reposa el encanto que tanto sufrimiento ha costado á una madre!

El cincel de aquel escultor italiano esculpió en el frío mármol el calor de todos estos sentimientos muy por arriba, queridos lectores, que lo que pueda describir la pluma de este servidor.

Las demás esculturas que vi no me impresionaron

como estas dos, por eso omito describirlas, con lo cual creo razonable poner punto final á mi visita al Museo, teniendo en cuenta que son las cuatro de la tarde, que me esperan para conocer dos Retiros : el Bueno y el Retiro á secas y que el portero no me espera, habiendo anunciado á todos los visitantes que en cinco minutos más cerrará las puertas hasta las nueve de la mañana del siguiente día.

Como no quiero pasar la noche entre estatuas.....

V

Comenzamos por el Bueno. El Buen Retiro es más bien un paseo de verano que del mes de noviembre. Las noches de junio, julio y demás meses de canícula, los jardinillos, como se les llama vulgarmente, se ven iluminados por luces de todos sistemas, desde la deslumbrante eléctrica hasta la incierta del farol chino; se ven invadidos por un mundo de gente, desde el rico banquero, que no abandona Madrid por sus negocios, hasta el más infeliz empleado de Ministerio, cuyo sueldo modesto, no le permite andar en ferrocarriles y hoteles. Todos van á buscar bajo los árboles un aire más fresco que el de las ardientes casas de Madrid.

Pero el invierno no necesita de fresco, sino de calor. Por eso fué que por todos representantes del reino animal encontramos en los jardinillos un perro y un guardián del *desorden* público que se paseaba cuidando el orden en la multitud que no había.

Placeres del *sport* moderno, un restaurant y un teatro son las diversiones que se encuentran allí, diversiones que no pudimos apreciar personalmente.

Dejamos el Bueno para ir al Retiro á secas, el cual

debía ofrecernos más seducciones en cuanto á concurrencia, por ser paseo de todo tiempo. Invierno, primavera, verano y otoño van y vuelven saludando á su llegada, el mismo número de coches, en el Retiro, variando los paseantes en el verano. Allí desfila en las otras estaciones toda la aristocracia y buena sociedad española. Allí se exponen á las miradas de éstas y éstos los trajes de otras y otros; allí critican á aquél y aquélla los y las malas lenguas; allí salen á relucir sus defectos, se aminoran sus bondades, allí rivalizan los opulentos (pues como rivalidad lo toman) en mejores coches, más bonitos caballos, más brillantes y relucientes libreas, tratando unos y otros de sobresalir, de oscurecer con su ostentación el brillo del lujo vecino. S. M. la Envidia es reina y soberana (1).

El Retiro ó Parque de Madrid no sólo ofrece un paseo para coches, una calle para exposición de trenes. En el Parque de Madrid hay numerosos edificios, recuerdos dejados por diversas exposiciones de productos coloniales, de artes, de minería, cuyos estilos en todos diferentes, son en todos bonitos. El Parque de Madrid tiene más que ver que aquella grande y ancha avenida, que principia en la calle de Alcalá y concluye con la plazoleta cuyo centro ocupa la estatua del Angel Caído; hay más que ver que los edificios de que he hablado. El Retiro cuenta con un jardín zoológico, que en vano se empeñó un madrileño en pintarme como conteniendo un león tísico y un canario entumido. La visita que le hice probó exageración manifiesta de parte del madri-

(1) ¡ Y no es la única parte en el mundo !

leño. Una gran laguna que surcan botes á remo quita la monotonía del verde á este bosque y otro estanque, reservado para helarse con el frío del invierno, sirve á los aficionados á patinar para darse gusto. Restaurants á la rústica, con encantadores lugares para almorzar, completan el Parque de Madrid, imitación feliz del Bosque de Bolonia, orgullo de la capital francesa, como éste es orgullo de la capital española.

Á las seis y media de la tarde del 3 de noviembre, junto con desaparecer el sol, desaparecían las últimas beldades madrileñas dejando la arena de la lucha de elegancia. No teniendo intenciones de dormir en aquellos verdes y ya solitarios parajes, regresé á mi alojamiento bajo una llovizna impertinente que comenzó á molestar nuestras personas, y lo que es más grave aún, los delicados sombreros de copa. Apuré por estas razones, aunque sin resultado práctico, al cochero de la manuela, que en vano castigó al extenuado jamelgo, cuya propia humanidad se le hacía pesado soportar. Paso á paso, media hora tardé en encontrarme bajo techo.

VI

— ¿Quisieras salir esta noche?

— Si no hay á última hora inconveniente.

— Pues entonces haremos algo que sólo se puede hacer en Madrid.

— ¿Qué?

— Veremos cuatro teatros en esta noche, en butacas de primera fila, sin cortar ninguna pieza, por cuatro pesetas.

— Falta verlo.

— Lo verás después de comer.

— Lo veremos, dirás.

— Te acompañaré con el mayor gusto.

— Hasta la vista.

— Á las ocho estaré aquí.

Y tenía razón el amigo que así me hablaba. Pude convencerme de su veracidad aquella misma noche, viendo: en el Apolo, *Via Libre*; en la Zarzuela, *La Gran Vía*; en el Lara, *La señá Francisca*, y en el Es-lava, *El novio de doña Inés*, graciosa parodia ésta última del *Don Juan Tenorio*.

Los teatros de Madrid, excepción hecha del Real,

el Español, la Comedia, la Princesa y los Circos, funcionan por secciones. La butaca, ó sillón de primera fila, se cotiza á peseta la sección. Como ningún teatro se cierra antes de la una y media, y algunos después de las dos y media, héteme aquí que cuatro teatros se ven con la misma facilidad que uno en otra ciudad. Si á esto agregamos que todos están más ó menos cerca unos de otros, se explicará el lector, cómo sin apurarme pasé una noche tan agradable y tan variada.

De aquellos cuatro teatros, dos eran muy espaciosos : La Zarzuela y el Apolo. Dos pequeños : El Lara y el Eslava.

El Teatro de la Zarzuela (1) fué inaugurado el año 1856, dedicándolo sus propietarios á la zarzuela seria española y desde entonces el Teatro Jovellanos, como le suelen llamar algunos por haber sido edificado en la calle que lleva este nombre, ha visto estrenar en su escena las mejores obras cómico-líricas de literatos y músicos españoles.

El Teatro de Apolo, situado en la calle de Alcalá, fué inaugurado en 1874 y destinado á comedias y zarzuelas en verso, predominando en los veintidós años que lleva de existencia, las representaciones de zarzuela. El teatro, como he dicho, es sumamente espacioso y sobrio de lujo, por no decir pobre.

Como en todos los teatros de Madrid, el público fuma en la sala, á pesar de estar terminantemente pro-

(1) El nombre de Zarzuela viene de una propiedad real de campo de ese nombre, en donde en tiempos de Felipe IV se estrenó por primera vez una comedia alternada con canto y música.

hibido por ordenanza municipal, de manera que por grande que sea se llena de humo y la atmósfera se hace tan pesada que las personas delicadas de pecho no pueden respirar.

Una vez vi acercarse un policía á uno de estos fumadores de la sala y decirle :

— Señor, es prohibido fumar dentro del Teatro.

— ¿Y á mí que me cuenta usted? le contestó y siguió fumando tan tranquilo, mientras el policía se marchaba más tranquilamente diciendo entre dientes : « He cumplido con mi deber advirtiendo y... » Y debió agregarle « inútilmente » pues el fumador siguió echando tranquilamente bocanadas de humo como las chimeneas de una casa de seis pisos.

El Teatro de Lara es tan pequeño como bonito, y aunque es algo incómoda su distribución, suple en tal manera á esto su elegante aspecto, que aquello pasa desapercibido. Todas las barandillas de los primeros y segundos palcos, de la galería y anfiteatro son verjas de hierro pintadas de blanco, que reflejándose con la infinidad de luces, dan un aspecto alegre al teatrillo *mignon*.

VII

Eran los ocho de la noche del siguiente día. El *landau* esperaba que lo ocuparan, los caballos pateaban con impaciencia el suelo para desperezar los nervios entumidos por el frío, yo en traje de ceremonia (ó embanderado) puestos ya los guantes desde media hora y sombrero en mano esperaba en el salón que las señoras concluyeran su interminable *toilette*. Sentía sus pasos en el cuarto vecino y las suponía yendo y viniendo del espejo á la maleta, poniéndose diferentes cintajos diez veces cada uno para ver cuál quedaría mejor. Oía sus voces que discutían, como si se tratara del equilibrio europeo, cada brillo, cada colgadura que se colocaban. De cuando en cuando un quejido seguido de alguna raspa venía á advertirme que la sirviente, encrespador en mano, había tirado tal vez demasiado fuerte la delicada cabellera. Estos quejidos interrumpían regularmente la *armonía* de gustos que reinaba en cuanto á *toilette*.

Por fin concluyeron y salieron al salón para volver á entrar á sus dormitorios. Á una se le había olvidado la décima-cuarta horquilla del octavo mechón del lado izquierdo de la cabeza. Á otra el vigésimo-tercero

alfiler que prendía la duodécima cinta del lado derecho de la falda.

Ya cuando decían que nada les faltaba, bajamos la escalera y subimos al coche, Torcíamos la calle de Alcalá por la calle de Peligros en dirección al Real, cuando un ¡ah! de una me sacó de la meditación que hacía sobre las dificultades de la mujer para salir á cualquier parte, por razones de *toilette*.

— ¿Qué hay? pregunté.

— Se me olvidó el pañuelo de narices, dijo una.

— Y á mí el frasco de sales, dijo otra.

Hice parar el coche, volvimos á la puerta del hotel, se llamó al lacayo y cada una mandó pedir lo que le faltaba en los siguientes términos :

— Diga á la sirviente que me mande uno de mis pañuelos de narices. Vienen en la maleta de los remedios.

— Y á mí, mi frasco de sales que viene en el cajón de los zapatos.

Subió el lacayo y á poco volvió trayendo el pañuelo, que olía atrocemente á creosota y el frasco de sales pasado á suela de zapato, por lo cual hubo que devolver el pañuelo para ponerle esencias que desterraran los efectos de venir en el botiquín. El frasco de sales con el aire de la noche fué perdiendo su prosaico olor á medida que el coche se acercaba al Real.

El Teatro Real es una de las mejores óperas del mundo, y después de las de París y Viena ocupa el primer lugar entre ellas. El edificio que fué terminado el año 1850 se estrenó con *La Favorita* en el mes de noviembre de aquel mismo año, costando, su cons-

trucción, diez millones quinientas mil pesetas. La Ópera seria es el espectáculo á que está destinado.

El primer golpe de vista, que se me presentó en el interior del Real fué magnífico. Resplandeciente de luces, destacándose en los palcos las bellas madrileñas de gran descote, cubiertas de alhajas; detrás de ellas los caballeros, cuyas blancas pecheras contrastaban con lo negro del frac; unos en actitud de conversar en voz baja, otros atentos escuchando las bellezas de melodía de Boito en su « Mefistófeles ». En la orquesta ciento quince profesores, todos del Conservatorio de Música que al oírlos, consideré superiores á los de la Gran Ópera de París é iguales, por lo menos, á los de la Ópera Cómica. Aquella orquesta me hizo pensar en las notabilidades musicales que al mundo ha dado España.

Tenemos al célebre tenor Gayarre, la primera tiple de este siglo, Adelina Patti, su hermana Carlota, al gran violinista Sarasate y otros cuyos nombres se me escapan en este momento, no esforzándome en recordarlos, porque estos cuatro bastan para acreditar la primacía de cualquier Conservatorio.

Nada que desear nos dejó el Real ni en cantantes, ni en *mise en scene*. Contentos de haber conocido uno de los primeros teatros del mundo y con un recuerdo profundamente agradable de lo que habíamos visto, tanto en la sala como en el proscenio, nos retiramos á nuestro alojamiento con intenciones de no irnos de España sin volver al Real. Nuestro destino quiso lo contrario, y al volver de Andalucía, la temporada del Real había concluído. Sus puertas cerradas no nos permitieron su acceso.

VIII

La hermosa mañana del día siguiente me hizo sentir nuestra partida para Málaga, que consideré muy pronta, y me convidó á aprovechar del último día de Madrid para visitar otro Museo interesantísimo y de tanto valer como el de Pinturas, en su género.

El Museo Arqueológico está situado desde su fundación en un edificio que se llamaba « Casino de la Reina. » Actualmente se está trasladando al Palacio de Bibliotecas y Museos, en el paseo de Recoletos.

Su nombre « Arqueológico » dice lo que contiene. Colecciones de monedas antiguas, utensilios domésticos, cacharrería, fragmentos arquitectónicos, armas, muebles primitivos, etc., de todos países del mundo, principalmente de América, Asia, África y Oceanía, antes de su civilización. Numismática de Francia, Inglaterra, Alemania y España en tiempos en que estos países eran posesiones romanas. Piezas de arquitectura árabe y gótica, momias egipcias y toda clase de vejstorios completan el contenido de este Museo. No faltan tampoco objetos de arte de la Edad Media y aun de principios de la Edad Moderna. Desde el año 1871

en que se inauguró, ha ido aumentando sus curiosidades, enviadas, ya por las comisiones científicas españolas en el Pacífico, ya por los comisionados en las diferentes provincias del país y en las diferentes naciones europeas. La amplitud que fué adquiriendo el Museo, ha obligado á dividirlo en cuatro secciones: Numismática, Etnografía, Tiempos Primitivos y Edad Media.

Trabajo muy largo sería describir sala por sala. Me limitaré á mencionar los objetos que más me llamaron la atención. En las secciones Etnografía y Numismática todo debe ser de un gran valor para los coleccionistas, pero yo que no lo soy, no las supe apreciar, sin dejar de reconocer su mérito. En la sección Edad Media admiré un coro de madera, tallado, de la capilla del Cardenal Jiménez de Cisneros, confesor de Isabel la Católica y la magnífica colección de ornamentos sagrados que pertenecieron á este ilustre franciscano.

Una escopeta de caza de Felipe IV incrustada de perlas, rubíes, brillantes, etc. Los gobelinos y tapicerías del ministro favorito de este mismo rey, el conde-duque de Olivares, bordados en seda y oro, hermosas muestras del trabajo fino de aquellos tiempos, que conservan á través de los años, sus colores brillantes, como acabados de salir de manos del obrero.

Los curiosos muebles llenos de resortes secretos, de cajones escondidos, etc., de los tiempos de Carlos III y Carlos IV. Una litera real, cuya época, no fijo, por faltarme la memoria.

En la sección Tiempos Primitivos están coleccionados todos los utensilios de la América y Oceanía

primitivas. De todos los países de América hay muestras de la civilización de los indios, sus primeros habitantes. Chile es el más pobre en estas muestras. Su colección consiste en unas cuantas plumas de ave y unas lanzas de madera, lo cual demuestra que de todos los indios americanos, el araucano era el más salvaje, el más atrasado. Pero era el más patriota, el más valiente y ese orgullo indomable que ha demostrado hasta ahora pocos años, ha sido la admiración del mundo; orgullo que el ferrocarril, por una parte y la borrachera por otra, han domado á tal punto que hoy día, de esa raza noble y patriota sólo quedan en Araucania unos cuantos indios que se arrastran en la crápula de sus vicios.

IX

Convertido en fiel cronista de mi viaje, me veo obligado, muy á mi pesar, á abandonar Madrid, dirigiéndome á Málaga. En el viaje que demoré yo veintidós horas, pondrán, mis lectores, sólo el tiempo necesario para descansar, que espero no alcance á tal número, y pasar al próximo capítulo.

Mucho había aún que ver en Madrid, pero tuve que dejar « lo demás para después ».



EN MÁLAGA

Primeras impresiones. — Málaga de hoy día. — Sus productos. — La ciudad y sus entretenimientos. — Los días de Carnaval. — La catedral. — Periódicos, correos, coches y cocheros, policía, etc. — Fiebre de mendicidad. — Una visita al cementerio. — La partida.

I

Si día á día y hora á hora me pusiera á relatar mis cuatro meses de internada en Málaga... ¡lectores infelices! armarse de una paciencia infinita, para leer un capítulo infinito sería su destino. Pero no se alarmen que no es tal mi intención, y si bien pienso tratar detalladamente de una ciudad, de que conservo tan vivos recuerdos de gratitud, de amistad, no llevaré mi minuciosidad hasta lo infinito.

Cuatro meses pasé en Málaga y durante su transcurso no tuve un segundo para pensar en lo lejos que estaba de mi país, un momento de tristeza recordando amigos ausentes; siempre me vi rodeado de amistades que, aunque nuevas, con su cariño, con su hospitalidad no tenían otro fin que hacer olvidar á los míos y á mí que no eran nuestros amigos de la infancia, que éramos extranjeros para ellos. Siempre prontos á servir, siempre cariñosos, sus simpáticas figuras no se borrarán facilmente de la conciencia de gratitud de *los y las chilenas*, como cariñosamente nos llamaban.

Aun no hacía cuarenta y ocho horas que habíamos llegado; apenas instalados en el hotel de Roma, que más bien que hotel fué para nosotros nuestro hogar, sin que nunca tuviéramos lugar á una queja, á una incomodidad, aun no habíamos abierto nuestras maletas, cuando todo Málaga impulsado por el mismo sentimiento de hospitalidad, de simpatía por los que llegan á esa tierra, se apresuró á saludarnos, á ofrecerse con el mismo cariño con que se va á saludar á un antiguo amigo que después de larga ausencia vuelve á su país.

Estas primeras impresiones de verse tratado como persona y no como el número tanto de tal piso, me han quedado en la memoria, y cada vez que nombro á Málaga me equivoco y digo: la ciudad hospitalaria por excelencia.

Aunque en otras ciudades de España como Sevilla, Granada, Madrid, fuimos atendidos con igual cariño, conservo más recuerdos de Málaga, debido á que en ella me quedé más tiempo.

Á las siete de la noche llegué á aquellas tierras. Salía al balcón para refrescarme, después de dejar la capa de viaje, cuando sentí que en medio de la calle cantaba un ciego (1) (supongo que lo sería) acompañado por los lastimeros acordes de una guitarra, los siguientes versos :

Malagueños y sevillanos
sostienen una porfía;
dicen que Sevilla, ufanos,
es reina de Andalucía.

Los malagueños contestan:
nuestro cielo es más alegre
y en el mundo no se encuentra
la gracia de estas mujeres.

Con vino de estos lagares
si el Campo Santo regaran
por la salud de mi *mare*,
los muertos resucitaran.

Y al oír aquella canción pensé : si es verdad lo que canta este hombre, ¿ es ésta tierra que se abandone ?... No me equivoqué, pues grande fué mi pena al dejarla. Entusiasmado por esta serenata, rogué al *trovador* que cantaba por amor á su D...inero, que repitiera con otra, no sin acompañar la rogativa de un donativo. Volvieron los preludios de la guitarra á turbar el silencio de la calle á esa hora, y aquella voz cantó los siguientes versos que me recordaron la comida que es-

(1) Los cantores ambulantes en España son por lo general ciegos.



peraba en la mesa y mi estómago que se impacientaba :

Bella es la luz de la aurora
con rayos de rosa y plata,
pero es más bella la noche
y un buen bíftec con patatas.

.

Cansado de aquel viaje de veintidós horas, me había acostado y estaba en los momentos en que comienza el sueño y concluye la lucidez del pensamiento, en que los fantasmas que la imaginación se forja en el dormir comienzan á ocupar el lugar de las cosas reales, cuando una voz que no supe si era fantasma ó realidad, pero muy parecida á la que había oído antes de comer, entonó la siguiente canción :

Eres tonto de noche,
tonto de día,
tonto por la mañana
y al medio día.
No me acordaba,
que también eres tont
de madrugada.

Me quedé dudando si era alguna voz del cielo que me decía aquello como verdad ó si era ejercicio vocal del nocturno trovador.

— De todas maneras, murmuré, espero que su amabilidad no llegue hasta decirlo por mí, y dí media vuelta en la cama, gruñendo por los dos minutos de sueño que me había quitado el que ahora consideraba importuno cantor.

Toda aquella noche soñé con idiotismo, hospicios, manicomios...

De todos los caracteres que las diferentes civilizaciones, romana, morisca y gótica, han dejado en esta ciudad, ninguno ha quedado más marcado que el carácter moro, reflejado, primero en la mayoría de las calles de la ciudad; segundo en la fisonomía de los habitantes.

Y á pesar de ser ciudad tan histórica y antigua, el viajero no encuentra en ella ningún monumento que visitar, ningunas ruinas que admirar, ninguno de esos encantos tradicionales y poéticos que atraen peregrinos y artistas, unos á admirarlos y sacar provecho instructivo de ellos, otros á idealizarlos y sacar provecho pecuniario de los mismos. Málaga sólo permite considerarla bajo el aspecto industrial, y todos sus monumentos son fábricas y bodegas de vino y de aceite.

Y hoy día, Málaga, aun en su aspecto industrial no ofrece el interés de otros tiempos, de mejores días. Una cierta paralización y ruina con respecto á los negocios de vino y pasas, que á juicio de muchos es relativa y

pasajera, ha venido á abatir la prosperidad de muchas casas.

Esta paralización ha resultado de la disminución en la exportación de estos mismos vinos y pasas, y esta reducción en la exportación debida á la amabilidad de la filoxera que con exquisita finura visitó las mejores viñas malagueñas, convirtiendo los campos, cultivados con tanto esmero, con tanta paciencia, en campos devastados de desolación para sus propietarios. Tres años hace que aquella segadora de la prosperidad vinícola cortó las alas á la creciente fortuna de Málaga, y desde entonces, abatida en lo mejor de sus tiempos, no ha vuelto á levantar su comercio, su industria á la altura á que estaban.

De la infinidad de poderosas casas de comercio, de enormes bodegas que tanto abundaban en Málaga, sólo quedan dos que puedan llamarse enormes y poderosas. La casa de Ramos Téllez é hijos y la casa de Scholtz. De estas dos bodegas son la mayoría de vinos Málaga, que se encuentran en los hoteles y restaurants de España.

Muchas otras bodegas hay como las de Clemens y Petersen, Huelin Sanz, Heredia, Gross, etc., cuya calidad de vinos suple su cantidad y se puede decir, sin temor á equivocarse, que todos los malagueños más ó menos pudientes son dueños de alguna bodega y hacen sus pequeñas transacciones comerciales.

Hay creencia general, y ésta la encontramos sin salir de Andalucía, que todo el vino que se produce en Málaga es dulce. Error. En Málaga hay en vinos la variedad más grande que imaginarse puede. Desde el

más almibarado moscatel, hasta el más seco y áspero Jerez, con toda la escala intermedia entre estos dos extremos. El cognac, tan bueno como cualquiera de esos *fine Champagne* que sirven en los restaurants de París, es producido en Málaga por una fábrica perteneciente á los señores Jiménez y Lamothe.

III

Aunque el negocio de vinos es el todo de Málaga, no faltan bastantes fábricas productoras de diversos artículos necesarios para la vida que abastecen la plaza y otras ciudades de España. Entre éstas hay dos principales, de tejidos, pertenecientes á la casa de Larios, ricos propietarios malagueños, que exportaron en un tiempo parte de sus productos á la isla de Cuba, suspendiendo esta exportación desde que estalló la última guerra civil en aquella colonia, guerra que ha trastornado su comercio, su industria, su agricultura, guerra que es ruina de cubanos y españoles.

Aparte del adelanto industrial que estas dos fábricas significan para una ciudad, hacen ellas un bien enorme á la población dándole trabajo á catorce mil personas entre hombres y mujeres, lo cual significa la manutención de catorce mil familias, que por este medio quedan á cubierto de los horrores de la miseria que trae la falta de trabajo. Una fábrica así es una barrera para sujetar la turbulenta corriente del socialismo. Es su desmentido más elocuente.

— ¿Qué dicen los socialistas?

— Guerra á muerte al capital. El capital es el enemigo del trabajo.

— Y el trabajo, ¿ á qué tiende?

Á formar un capital; luego hacer la guerra al capital es hacer la guerra al fin, cuyo medio es el trabajo.

El capital y el trabajo son dos cosas tan inseparables como que no puede subsistir la una sin la otra. El capital necesita del trabajo para producir y mantenerse tal, y el trabajo necesita del capital para pagarse. Si no hubiera capital, ¿quién pagaría al que trabaja? ¿Para qué trabajaría?

Esa guerra mortal al capital no es sino una futil razón que sólo encuentra eco entre los ociosos. Dénele trabajo al que así grita, que con este trabajo haga economías, que forme un capitalito y pregúntesele si es partidario de que lo repartan por igual á todos los habitantes del globo terrestre. Desde ese momento se acabó el socialista, y por eso he dicho que una fábrica que así dé trabajo á la gente es una barrera para sujetar la turbulenta corriente del socialismo.

Apartado un momento del tema que trataba, continuaré mi interrumpida lista de las fábricas malagueñas, citando, una de esencias que ha producido sólo pérdidas, pues se le olvidó á su dueño, al establecerla, averiguar si tendría la suficiente cantidad de flores para sacar el aceite primitivo; otra de mosaicos, y una multitud de pequeñas industrias, como la de barriles, pipas, cajones para el vino, etc., etc.

Fábricas de aceite de oliva se encuentran con bas-

tante abundancia, y concluiré mi reseña fabril fijándome un momento en un establecimiento que un día fué grande y poderoso y que hoy se encuentra en mísero estado por falta de capitales. El trabajo necesita del capital. La casa á que pertenece hizo malos negocios y todas las ramas de aquélla sufrieron las mismas consecuencias que el tronco de donde partían. Me refiero á la que fué Gran fundición de Hierro de Málaga y hoy no es sino gente que se ocupa de fundir hierro en Málaga.

Allí aún, convierten el hierro informe en rejas, patas de banco, catres, rodillos aplanadores de terreno, piezas de maquinarias diferentes, pilotes de muelle, pero estos restos de sus pasados productos apenas alcanzan para mantener la fundición sin morir. La materia prima la obtienen ya fundiendo minerales traídos de algunas minas ferruginosas que hay en el interior de la provincia, ya comprando hierro mohoso y viejo que por inservible se bota en muchas partes. Ellos lo convierten en objetos, cuyo valor está en el trabajo y por muy poco en el material.

Antiguamente alcanzaba el poder de esta casa para mantener una flota de barcos que llevaban sus productos á América del Sur, trayendo á su vuelta producciones de aquellas tierras, y hoy día su decaimiento es tan grande, que el musgo y las telas de araña cubren las paredes de la mayoría de largas salas llenas antes de muestras de la inteligencia de miles de obreros.

¡Tales vueltas da la rueda de la fortuna!

Si á todos estos establecimientos agregamos los innumerables ingenios de caña que alrededor de Málaga

existen, pertenecientes en su mayoría á la casa Larios, poderosos agentes que fueron de la restauración monárquica en España representada por la vuelta de Alfonso XII, tendremos completa á Málaga comercial. Pasemos á Málaga ciudad.

IV

La mayoría de las calles de Málaga, como las de toda ciudad que estuvo bajo la dominación árabe, son estrechas y tortuosas. Exceptuando las principales como; Larios, Nueva, Granada, Carreterías y las Alamedas Principal, Colón y Hermosa, todas las demás no dan paso si apenas para un coche, teniendo los transeúntes que encajarse en los vericuetos de la calle ó en los umbrales de las puertas para librarse de ser atropellados.

El principal y mejor comercio de esta población, de ciento cincuenta mil habitantes, está situado en la lindísima calle de Larios, digna de un París, y en las calles de Granada y Nueva. Fuera de estas calles el comercio que se encuentra baja mucho del nivel de los artículos de primera calidad.

En cuanto á entretenimientos cuenta Málaga con dos teatros, uno de primero, otro de segundo orden y un circo. El llamado Teatro Principal es, contraste curioso, el de segundo orden y está abierto casi todo el año. El Teatro de Cervantes, que es el *principal*, sólo se

abre por temporadas cortas y para Compañías de más ó menos reputación.

Los ociosos de Málaga y otros que no van sólo á pasar el tiempo sino á algo más, como exponer al azar el pan de cada día, tienen su centro en los Círculos : Mercantil, Malagueño y otro cuyo hombre es el Liceo. No sé que se estudie mucho bueno en este liceo. Este último tiene su casa puesta tan bien, ó mejor que cualquier círculo de una gran capital. Hay en él cuadros magníficos de los mejores pintores tanto malagueños como de todo España.

El Círculo Mercantil no se queda muy atrás del Liceo y tiene algunos salones amueblados con verdadero lujo oriental como su salón japonés, su salón de lectura y otros.

El que más humilde es en su aspecto, es el más aristocrático por sus socios. No todo lo que reluce es oro, dice el refrán. Se llama el Círculo Malagueño y en él entretiene las horas perdidas, la más selecta de la sociedad malagueña.

Otro lugar de distracción que no quiero pasar por alto, pues es el distintivo más típico, más característico de una población española, es la Plaza de Toros, magnífico circo que puede contener doce mil espectadores. Veinte y cuatro mil ojos que ansiosos siguen las peripecias de la lucha entre la fuerza bruta del toro y la inteligencia del torero, más fuerte, aún que los cuernos del *bicho*, como llaman aquí al cornúpeto.

Durante los cuatro meses que permanecí en Málaga solo presencié una *novillada*. Novillada es una corrida en que se lidian novillos y en que los toreros están

reemplazados por principiantes en el arte que aun no han tomado la alternativa. Tomar la alternativa es tener diploma de torero. Este diploma consiste en recibir e estoque con que se mata el primer toro de manos de un torero reconocido como tal.

V

Como toda ciudad, Málaga tiene su época predilecta en que todo el mundo se echa á la calle, en que todo es jolgorio y alegría, en que las calles más desiertas desbordan de gente, sus fiestas, en fin, que reúnen en la capital de la provincia, los habitantes de ella y de todos los pueblos de los alrededores. Estas fiestas son las carnavalescas.

Desde el más encumbrado aristócrata, hasta el más humilde operario de fábrica, desde la mujer del rentista, del noble, hasta la mujer del peón caminero, todos según su condición, según sus medios visten en ese día sus más ridículos y multicolores trapos y todos se divierten y bromean entre sí, como individuos de una misma familia, de una misma sociedad, sin que el rentista tenga derecho á ofenderse por las bromas y á veces groserías, que le dirija el peón y viceversa.

El llevar una máscara para impunidad de los insultos que se puedan dirigir al prójimo, no es el fin que se proponen estos enmascarados de Carnaval, ni podría ser cosa consentida en un país civilizado. La máscara no da más derecho que el de las bromas inofensivas,

más derecho que decir cuanto se venga á la cabeza teniendo por único límite, única barrera insuperable, la cultura y la educación. Pobre del que se sirva de su disfraz para ofender la honorabilidad del prójimo. De todos los enmascarados no habría uno soló que no protestara de tal grosería recordando aquel proverbio : « No hagas á los demás lo que no quisieras que hicieran contigo. » La bulla, zalagarda y agudos chillidos de las mascaritas los días domingo, lunes y martes de Carnaval dan á Málaga una animación extraordinaria, una alegría fuera de límites. Así, como aquella animación que atrae tan grande número de extranjeros á la feria de Sevilla, el carnaval de Málaga atrae á todos los habitantes del departamento de Andalucía, no acudiendo los extranjeros porque no conocen sus atractivos.

La Alameda Principal de Málaga, que se podría llamar el *faubourg Saint-Germain* malagueño, es el principal centro de reunión de *mascaritas*. Á sus dos costados forman calle hileras de sillas, en las cuales toman asiento mediante veinte céntimos de paga, todos los que van con la pacífica intención de ver desfilar las grotescas figuras de los enmascarados sin tomar parte en sus bromas ó al menos de recibirlas sin devolverlas.

La calle de Larios es también gran punto de reunión de *mascaritas*, pero éstas pertenecen á otro nivel de sociedad, que no es el de la Alameda. Allí las bromas suele resolverlas un ojo reventado de un palo y un agente de seguridad que le administra un *remedio* al que ha herido.

¿ Me conoces ? dicho con una voz chillona es el grito

del día por todas partes. Individuos que sin tomarse el trabajo de disfrazarse podrían preguntar: ¿me conoces? sin temor que se les identifique personalidad, pretenden que se les conozca á través del disfraz sus facciones nunca vistas, su voz nunca oída.

— ¿Me conoces? me pregunta una máscara gorda y que parecía sofocarse bajo el disfraz.

— No, y me parece difícil.

— ¿Pero, de verdad no me conoces?

— Cuando digo que no te conozco.

— Pues mira, soy fulano de tal, y me soltó un nombre que no había oído en mi perra vida.

— Mucho gusto de conocerlo, pensé en mi interior.

— ¿Verdad, que no se me conoce por encima de la ropa?

— Ni tampoco por debajo de ella.

— ¿Eh? ¿Eh? ¿pero qué no eres fulanito? y oí otro nombre desconocido.

— No, soy zutano.

— ¡Ah!... (y se quedó un rato) Dispense usted; pero la máscara se está destiñendo con el calor y me ha nublado un ojo, el otro lo tengo á medio cerrar porque la máscara me incomoda las pestañas; de manera que no distingo las personas... y se fué corriendo hacia otro lado.

¿Qué tal? ¿Qué disfraz más admirable! hasta llega á hacer desconocidos á los demás.

El ruido de los coches atestados de ridículos figurones, las comparsas que marcan el paso, ya tamboreando en destempladas cajas, ya tocando las castañuelas, los gritos de los vendedores de *carnavalinas*, tubos que

sirven para lanzar agua, titulada de perfumería, cuyo perfume es por lo menos dudoso, esa multitud abigarrada que chilla y ríe para caer apenas llega el miércoles de Ceniza en el más profundo recogimiento religioso, me hicieron pensar y pensé... mucho, mucho; una cadena de ideas desfiló por mi imaginación. El último eslabón era: « En la variación está el gusto ».

No dejan de ser diferentes el Carnaval y la Cuaresma. El uno, el colmo de lo superficial, de lo fútil, de lo que no deja nada; la otra, el colmo de la austeridad, de lo que inclina á la meditación, de lo que deja filosofía... y hambre.

En la noche el Carnaval cambia de aspecto y de forma sin dejar de ser Carnaval. Lo que se veía en la calle se puede ver ahora dentro de las casas particulares, en las cuales, según el rango y posición social de los dueños, se recibe con más ó menos fausto á todos los amigos enmascarados que deseen visitarlos. Se reúnen en todas las viviendas tertulias animadísimas en que los chistes y bromas de buen gusto, son el programa de la fiesta, prolongándose estas reuniones hasta el tercer canto del gallo.

Cada círculo de jóvenes da también un baile y se distingue entre éstos los dos del Liceo en los días lunes y martes de Carnaval, por concurrir en ellos lo más selecto de la sociedad malagueña.

Esto completa esta fiesta característica de Málaga, que entre los andaluces, como he dicho, tiene fama, así como la feria de Sevilla, el Corpus-Cristi de Granada, y otras.

V

Pasemos á dedicar algunas líneas á una original visita que hice al único monumento artístico, sino histórico que hay en Málaga. Hablo de la Catedral. De estilo gótico, este templo parece mirado desde la bahía, proteger toda la población con sus torres y minaretes.

Apenas hube llegado á la puerta, que un muchachito cuyo oficio se podría conjeturar por su sotana, que en un tiempo debió ser roja, se me acercó ofreciéndose de guía.

— ¿El señorito desea visitar la Catedral ?

— ¿Y quien eres tú ?

— Soy para servir á Dios y á usted el monaguillo del Sagrario.

— Y tú, ¿ me vas á mostrar toda la iglesia ?

— Si el señorito no dispone otra cosa...

— ¿Y esa sotana que tienes puesta ?

— El sacristán mayor dice que es roja (yo la veía entre negra y verde) y que aun puede servir por muchos años en los días de trabajo. Un viejecillo, inutilizado por la edad que se dedica á pedir limosna á la

puerta de la iglesia, dice, que cuando él tenía seis años se servía de esta misma para ayudar la Santa Misa.

— ¿Y tienes padre?

— Padre, madre y cuatro hermanillos.

— ¿Y qué hace tanta familia?

— Mi padre trabaja en « La Aurora », mi madre es lavandera, mi hermanilla que tiene un año menos que yo es aprendiz de modista, la que sigue sirve en una casa de costura y el más pequeñito come y duerme, pues aun no sabe andar.

Si así fueran todas las familias andaluzas, pensé en mi interior, cómo prosperaría este país cuyo suelo es tan rico por naturaleza. Pero... y dije en voz alta.

— Bueno, bueno, muy interesante está todo eso, pero muéstrame lo que hay que ver en la Catedral.

Y diciendo esto seguí á mi diminuto guía (no tendría trece años), que parándose á los primeros pasos que hizo en él, á esas horas, oscuro y silencioso templo, tosió, cuadró los pies, cruzó los brazos y comenzó con el tonillo que toman en la escuela los colegiales para recitar su lección.

— Señor, este templo que estamos pisando, es la catedral de Málaga, que consta de tres naves de las cuales la del centro tiene á un extremo el altar mayor y al otro los órganos que sirven para acompañar con sus acordes los salmos y cánticos de alabanza que sus ministros elevan al señor, (1) y...

— Aguarda, vamos por partes, le dije, viendo que

(1) Anótese que pongo todo con minúscula para indicar que no había variación de tono de una palabra á la otra.

el muchacho no entendía una palabra de lo que decía; ¿qué entiendes por salmo?

— Yo no sé lo que es, pero el sacristán mayor dice así, cuando muestra la catedral á los ingleses y ellos deben entender lo que es, porque apuntan en una carterita que tienen.

— ¿Y el sacristán mayor les dice así no más en castellano?

— Sí, señorito, y en seguida ellos preguntan cosas muy enredadas en otra lengua que yo no entiendo. El sacristán mayor dice que cuando preguntan así no hay más que contestar *yes*.

— ¿Y que quiere decir ese *yes*?

— Tampoco lo sé, señorito.

— Bueno, continua tu descripción.

— Y... ¿donde estaba?... con sus acordes los salmos y cánticos al señor y este coro donde se sientan los canónigos ha sido tallado en madera por el célebre artista pintor y escultor alonso cano según los entendidos en el arte este tiene un gran mérito por la finura con que está ejecutado el trabajo si pasamos á las naves laterales...

— Y dime, ¿los canónigos? ¿qué tales personas son?

— Por lo general muy bien alimentados, señorito.

— Te hablo de su moral, no de su físico.

— ¡Tísico! no hay ninguno ni para remedio.

— Te digo que cómo son, si son buena gente, si te tratan bien.

— ¡Oh! señorito, en cuanto á eso... Me han prometido pagar mi educación hasta concluir la carrera de canónigo rentado, y entonces...

— Y entonces no andarás con esta sotana *colorada*.

— ¡Oh no! señorito, los canónigos aquí usan sotana negra, con botones morados, medias moradas...

— ¿Y de qué color son tus medias?

— No uso, señorito.

— Bueno, continúa.

— Unos zapatos relumbrosos con unas hebillas de eso que hacen las pesetas y el sombrero... ¡el sombrero sí que es bonito! lo tienen con unos cordones verdes. Dice el sacristán mayor que son verdes, porque el verde es color esperanza y ellos están esperando ser obispos.

— Bueno, continúa con tu Catedral.

— Por la finura con que está ejecutado el trabajo si pasamos á los buques laterales...

— Cómo, ¿buques laterales?

— Sí, señorito.

— Naves laterales dirás.

— Siempre estoy confundiéndome. ¡Si me oyera el sacristán mayor!... si pasamos á las naves laterales encontraremos algunos cuadros de asuntos religiosos que son dignos de mencionarse...

— ¿Qué es lo digno de mencionarse, los cuadros ó los asuntos religiosos?

— Yo no sé, pero lo que voy á mencionar son los cuadros... dignos de mencionarse dos del divino morales que representan un cristo y una dolorosa algunos de alonso cano y uno moderno que representa la decapitación de san pablo por el artista premiado en la exposición de pinturas de madrid de mil ochocientos noventa y cinco don enrique simonet si dejamos los

cuadros no nos queda en la catedral otra cosa que ver y sólo se ruega á los viajeros que no olviden antes de marcharse la pequeña comisión debida al que con tanta bondad les ha mostrado todas estas magnificencias y vayan ustedes con Dios.

— ¿Has concluído?

— Sí, señorito.

— ¿Y entiendes lo último que has dicho?

— Yo no lo entiendo, pero el sacristán mayor y los canónigos me han explicado que es para que me den unas cuantas *perrillas* (1). Dicen también que cuando son ingleses hay que darles un tironcito de chaqueta y ponerles la mano en la cara ó lo más cerca posible, porque no entienden de palabra. Parece que son como sordos cuando los hablan en español.

— ¿Y te dan mucho?

— Mire usted, señorito, ahora siete meses vino uno que me dió tres perras gordas, pero los que han venido después me dicen unas palabras muy raras y se van.

— ¿Y cómo son esas palabras?

— Me las han dicho tantas veces que ya las sé de memoria, y cada vez que el sacristán mayor me pega porque hago alguna barbaridad, se las suelto.

— ¿Pero, en fin, como son esas palabras?

— *Zanc iu veri mach* (2).

— Muy bien, veo que tienes buena memoria.

— Ay, señorito, de todo me acuerdo, pero cuando

(1). Una perra chica son cinco céntimos y una perra gorda diez céntimos.

(2) *Thank you very much*, que en español quiere decir: «Doy á usted muchas gracias».

ayudo la santa misa se me suelen olvidar las contestaciones.

— ¿Y qué haces cuando se te olvidan?

— Contesto con *Zanc iu veri mach*, y una vez que el padre dijo: *Orate frates*, yo le contesté porque no me acordaba: *Zanc iu veri mach*, y cuando acabó la misa me llamó hereje, animal, sacrílego...

— Y tenía razón. Pero, en fin, ¿no hay más que ver aquí?

— No, señorito, no hay más que ver, pero hay que dar.

— ¿Cuánto quieres?

— Lo que el señorito guste.

— Toma estas dos pesetas.

— Que Dios lo bendiga, señorito, y le dé la salud.

— ¿Acaso me encuentras enfermo?

— ¡Digo! pero por si estuviera.

— Eres hombre prevenido.

— ¿Volverá el señorito?

— No lo creo. Adiós.

— Vaya usted con Dios.

VII

Málaga es una población que para el viajero tiene muchas comodidades. Periódicos buenos, policía muy buena y servicio de coches excelente. Lo único que le falta para ser perfecta es un buen servicio de correos y alguna seguridad en la hora de llegada de los trenes.

El periodismo está muy bien representado por cuatro diarios principales que no desdicen de ningún periódico de capital europea. Lo único que deben éstos tratar de reformar es la hora de publicación. Los cuatro diarios salen por la mañana. Ninguno de ellos se reserva para dar las noticias del transcurso del día. Si salieran dos en la mañana y dos en la tarde, sería una excelente medida. Los nombres de estos diarios son: *El Heraldo de Málaga*, *La Unión Mercantil*, *El Cronista* y *Las Noticias*; el primero, sin color político alguno, el segundo, republicano, el tercero y cuarto conservadores, ó] sea gobernistas (en el tiempo en que estuve en Málaga), todos con redactores de primera nota y con telegramas tan buenos y detallados de todas partes del mundo, que se los envidiarían muchos diarios parisienses que andan siempre preocupados de robárselos á otros colegas.

El servicio de correos, siento verdaderamente decirlo, no está á la altura del periodismo ni de la bondad de la policía. Podría ser muy buen servicio si las horas de salida y de llegada fueran oportunas. El correo se reparte á las ocho de la noche y sale á las siete de la mañana (al revés que en todas partes); de manera que las cartas llevan siempre una fecha atrasada, que se podría evitar, pues nadie se va á levantar á las cinco para despacharlas, y todos las escriben el día anterior. Como llega el correo en la noche, la contestación no puede ser hasta el día siguiente, de manera que todo queda atrasado de un día.

Adviértase que el correo llega á las ocho de la noche cuando no se atrasa el tren, que es una excepción. Generalmente llega con hora y media, y á veces dos horas de atraso, de manera que á las nueve y media ó diez viene á tener la población en su poder la correspondencia.

El servicio de coches de la población es de lo mejor que he visto, encontrándose vehículos á todas horas y en todas partes, y, lo que es más raro aún, sin que los cocheros abusen de sus clientes, siendo todos los de este gremio gente excelente y de muy buenos modales. Y no crea el lector, muy estimado, que esta es cualidad propia de Málaga únicamente. No; en todas las poblaciones españolas que he visitado he notado esta misma comodidad para los viajeros, porque, hablando en plata, una de las molestias más grandes de los que viajan, es la manera como abusan los *aurigas* del extranjero.

La policía urbana es muy buena y está dividida en

tres cuerpos: los municipales, los guardianes y los serenos.

Entre los municipales y guardianes nunca vi más diferencia que la del uniforme. En cuanto á los serenos, son los guardianes nocturnos que andan con una larga lanza cuya punta les sirve para colocar el farolito que llevan colgado en el cinturón, cuando tienen que buscar el número de una casa para abrir la puerta al inquilino que llega.

En España existe aún la tradicional costumbre de entregar al sereno las llaves de la puerta de calle, siendo éste el que les abre cuando se recogen á sus casas.

En general, todos los guardianes son muy atentos, y basta que un cualquiera les pregunte una dirección para que, no contentos con indicarla, le acompañen hasta dejarlo en su destino, sin que jamás acepten remuneración alguna, llegando hasta ofenderse á la menor insinuación á este respecto.

De la policía rural, se puede decir que es la mejor del mundo. Y al hablar de la policía rural, no hablo de la de Málaga en particular, sino de la de toda España. La guardia civil es conocida en todo el orbe como la institución de seguridad pública la más perfecta. El guardia civil es, en España, un verdadero personaje respetado por el pobre y por el rico, por el español y por el extranjero. En cualquier tumulto ó desorden que se presente *la pareja de la benemérita* (1), éste cesa

(1) La llaman en España *la pareja*, porque es de reglamento que deben andar de á dos. Se dice *la pareja de la benemérita*, porque es el título de la guardia civil, y se llama: «La Benemérita Guardia Civil».

al momento, y en seguida los culpables son entregados á quienes deben dar cuenta de ellos. Este gran poder de la guardia civil consist_o en el derecho de vida ó muerte que tienen sobre un individuo que no acuda cuando lo llama por sospecharlo delincuente, sin que tenga que dar cuenta á nadie, más que á Dios, de lo que ha hecho.

Si, por ejemplo, va la pareja por un camino y da el ¡ quién vive ! á uno que pasa por allí, á la tercera amonestación sin respuesta tiene derecho á hacer fuego sobre él sin responder á persona alguna de las consecuencias.

Desde la institución de la Guardia Civil han terminado en España casi por completo las correrías de los salteadores de camino que fueron muy frecuentes en un tiempo.

VIII

Una de las cosas molestosas que hay en todas las ciudades de Andalucía y que, desgraciadamente, está muy desarrollada en Málaga, es la fiebre de mendicidad.

Todo el mundo pide limosna, desde el viejo hasta el niño. El hombre en pleno vigor de su vida, con todas las fuerzas necesarias para el trabajo, prefiere ganarse el pan, pidiendo por caridad á ganarse el pan pidiendo por el derecho que le da al salario, su trabajo. Prefiere recibir pago sin dar trabajo á dar trabajo y recibir pago. La verdad es que no tienen mal gusto y que así quisieran hacerlo muchos, pero se olvidan que al nacer el hombre, desgraciadamente, Dios le impuso el trabajo como condición anexa á su vida, como parte integrante de su naturaleza masculina.

Los mendigos en Málaga son intolerables. Se creen en un derecho sagrado de pedir, y creen á los demás en la obligación sagrada de darles. No se contentan con un « *No puedo por ahora* » « *Dios lo ayude hermano* », « *Para otra vez* ». Le asedian á uno y no le dejan. Al que se hace el desentendido, si va á pie, le

tiran de la chaqueta, si va en coche le chillan en el tono *fortísimo* para llamar la atención, gastando las fuerzas con que podrían trabajar en correr durante largas distancias al lado del coche repitiendo su eterno refrán : « ¡Señorito! ¡por el amor de Dios! ¡Señorito! ¡por caridad! ¡Señorito! ¡que tengo hambre! ¡Señorito! ¡que no tengo madre! ¡Señorito! ¡que no tengo abuela! ¡Señorito! ¡que se me murió un primo segundo de un amigo de mi abuelo! etc., etc.

Todos estos mendigos son en general unos pillos explotadores de la buena fe del público. Para todos ellos, niños, viejos, hombres y mujeres, hay Asilos de mendicidad, pero ninguno quiere ir á ellos. Allí no se puede hacer negocio, allí vegetan como las plantas sin ganar dinero. Mucho más beneficio les resulta al fin del día andar sacando los cuartos al prójimo, con caras compungidas, comedia para la cual son muy hábiles, que ir á amparar su indigencia bajo el techo de la caridad bien entendida.

No olvidaré nunca un incidente que me abrió los ojos y que me dió á conocer á estos limosneros, no dando desde ese día ninguna limosna sin saber á quién la daba.

Caminaba algo de prisa por la calle Larios, cuando se me acercó un niño harapiento, con la cara muy compungida atacado al parecer por la *melancólica llorosa*.

— ¡Señorito! ¡por caridad! para mi *marecita* que no puede moverse

Á pesar de la capa de melancolía en que se envolvía el chico, creí traslucir un pillete.

— ¿Y dónde vives tú?

— Muy lejos de aquí, señorito.

— Pero, ¿dónde?

— En los barrios bajos, señorito, y en seguida me dió el número de su casa y el nombre de la calle.

— Toma esta peseta.

— Dios lo conserve, señorito, y le dé todo lo que necesita.

Me quedé pensando un rato hasta que venció en mi espíritu, la curiosidad y llamé un coche.

— Á la calle tal, número tanto, en los barrios bajos, fué la dirección que dí al cochero.

Bajé frente á la casa que me había indicado el chico melancólico y salió á abrirme una mujer.

— Buenos días, señora.

— Dios guarde á usted.

— Dispense, señora mi indiscreción, pero ¿tiene usted un hijo?

— Si señor, soy viuda hace quince años y tengo un solo hijo, que cuenta veintiuno. El pobre está en Cuba defendiendo la patria. Esas dos velas que tengo prendidas á la Virgen son para que se acuerde de preservármelo de la muerte.

— ¿Y no tiene usted más hijo que ese?

— Nada más, señor.

— ¿Y cómo un muchacho así y así (aquí hice la descripción de aquel pillete) me dijo que aquí era su casa y que su madre no podía moverse?

— ¿Un chico que anda sin zapatos, con una cara de Doloroso y con una bufanda colorada en el pescuezo?

— Ese mismo.

— Pues, mire usted, han venido ya varios caballeros, aquí mismo, á averiguar sobre este chico. El otro día pasó él por aquí y lo llamé para decirle por qué andaba engañando á las personas é incomodándome. Me contestó que él no engañaba á nadie porque él les decía que su madre no podía moverse y era verdad; pues, ¿como iba á moverse si hacía más de un año que había muerto? Que él decía que ésta era su casa porque había sido la última en que había vivido, que desde entonces no dormía sino en la calle, y por último, que el tenía que comer y que de alguna fórmula se habría de valer para sacar con más facilidad el dinero.

— Es todo lo que deseaba saber, señora, y doy á usted las gracias. Monté en el coche y llegué riéndome al hotel.

— ¿Por qué te ríes? me preguntaron. Conté el cuento y todos prometieron no creer más en caras compungidas, en *melancólicas llorosas* ni en madres que no pueden moverse.

IX

Una mañana de febrero estaba aun en mi cama, dormitando, cuando alguien vino á despertarme y me dijo :

— Levántate y vístete de negro.

— ¿ Pero qué sucede ?

— ¿ Te acuerdas de Fulano de Tal con quien estuviste la noche de la fiesta de caridad en el Círculo Lírico-Dramático ahora cinco días ?

— Perfectamente.

— Pues se constipó aquella noche y desde ayer tarde ha pasado á la categoría de cadáver.

— ¿ Se murió ?

— Sí, y hoy en la mañana lo entierran; con que falta una hora para la ceremonia. Apúrate en la *toilette* para no llegar atrasados.

— Pero, ¿ tan pronto ? No hace doce horas que se murió y ya...

— Y ya le echan tierra encima. Es la costumbre en Málaga.

— Bueno es saberlo para irme á morir á otra parte. Media hora después formábamos parte de un cor-

tejo. Y mientras el coche seguía á paso á los demás, sin salirse de la línea, mi compañero y yo cuchicheábamos :

— ¿Has visto alguna vez el cementerio de Málaga?

— No se me ha ocurrido. No es lugar para pasear.

— Pues una vez que concluya el entierro, vamos á visitarlo juntos.

Siguió caminando el cortejo hasta que nos bajamos á la puerta del Campo-Santo. Eran las nueve de la mañana de un mes de febrero en Málaga. El sol calentaba las frías losas de las tumbas y vivificaba, por decirlo así, aquella mansión de la muerte. Coronas secas y otras artificiales, desteñidas por las lluvias eran un calendario, que anunciaba cuán lejos estaba ya el primero de noviembre y eran el único adorno que se veía sobre estos tristes monumentos elevados á la podredumbre del hombre.

Oímos la misa de cuerpo presente, dejamos al muerto en su morada definitiva, y poco rato después todo quedaba tranquilo.

Los parientes que habían despedido en la puerta el cortejo, se despidieron á su vez del cementerio en donde dejaban, durmiendo tranquilo el sueño eterno, entre sus semejantes, un miembro de la familia. Nosotros hicimos el saludo de costumbre, salimos con todo el mundo y volvimos á entrar solos, para visitar el cementerio.

Los pasos resonaban en las murallas; ¡tal era el silencio! y al torcer una bocacalle, sentí ruido de voces y me encontré frente á la tumba del que acababan de enterrar. Al pie del nicho recién cerrado es-

taba sentado un panteonero, su mujer le tenía un porta-vianda y él, cuchillo y tenedor en mano devoraba tranquilamente una carne, rociándola de cuando en cuando (en el paladar) con un trago de aguardiente que chupaba por el gollete de una botella verde. Nos acercamos y seguía comiendo.

— ¡Cómo se ha acostumbrado este hombre! dije al compañero.

— ¿Has visto cosa más original? me contestó.

— Dígame, amigo, dije dirigiéndome al panteonero; ¿cómo puede usted comer tan tranquilamente acabado de enterrar un muerto y bajo su mismo nicho?

— La costumbre, señorito, concluye por dominar otras repulsiones. Y yo he reflexionado que el hombre en todos los actos de su vida concluye por comer.

— ¿Cómo así?

— Como lo oye usted, señorito. Cuando uno nace ¿qué es lo primero que se le presenta? La matrona con una mamadera que le hace tragar al recién nacido.

— ¿La mamadera?

— No; el contenido que es leche.

— Á los pocos días de nacer usted le bautizan á usted. ¿Verdad? Pues para celebrar el bautizo se convida á merendar al cura, á los padrinos y á los amigos de intimidad. Luego se come al bautizarle, que es el comienzo de la vida. Cuando usted hizo la primera comunión, ¿cómo la celebró? Convidando á almorzar á todos los compañeros y aun antes en el colegio en que la hizo los padres lo festejaron con una taza de chocolate con mojicones. Cuando el hombre se casa, ¿cómo se celebra el matrimonio? Con un gran almuer-

zo y aún, el símbolo de la unión es una torta de bizcochuelo. Cuando un amigo emprende un viaje, ¿cómo se le despide? Con un banquete. Cuando vuelve, ¿cómo se le saluda? Con otro. Cuando usted manifiesta interés por una persona, ¿cómo se lo hace conocer? Convidándola á comer. Un individuo, ¿por qué trabaja? Para ganar dinero y tener buena mesa. Todo esto me ha hecho pensar, y cada vez que concluyo de enterrar muertos me siento á almorzar ó á comer, según sea mañana ó tarde, al pie del nicho del último que he enterrado. ¿No he dicho que cuando un amigo emprende un viaje se le despide con una comida? Pues yo, como no puedo hacer comer á los muertos, me siento á comer á su lado para despedirlos al emprender su viaje eterno y como ración doble. Por el muerto y por mí.

—Excelente lógica, ¿verdad amigo? Dije al compañero.

—Para los golosos, me contestó.

—Gracias, por el cumplimiento.

Y nos despedimos de aquel singular filósofo-comilón.

Continuamos nuestro camino y me vino la curiosidad por leer epitafios. Me acerqué á una tumba muy modesta; tumba de la fosa común, que por todo adorno tenía una cruz de madera pintada de negro, en cuyos brazos había una corona de flores ya secas que tenía prendido con un alfiler, un papelito en que con mal trazados caracteres se distinguían unos versos:

¡ Elisa! ¿Quién lo diría
que se convirtiera en llanto
tanto placer, tanto encanto,
tanto amor, tanto alegría?

Jamás creí que algún día
 tu cariño me faltara;
 nunca pensé que llegara
 á ser todo indiferente;
 pues no cabía en mi mente
 que aquel fuego se apagara.

- ¿Qué te parece? Dije al compañero.
 — Que éste es un viudo.
 — ¿Con suegra ó sin ella?
 — Fácil de averiguar.
 — No hay más que buscar por los alrededores de
 la tumba.
 — Aquí hay un letrero.
 — ¿Qué dice?
 — Voy á leer. Dice:

1890

¡ANTONIO, ESPERAME!

Y más abajo tiene algo escrito con lápiz que dice:

1891

¡SIENTATE! DE PIE TE PUEDES CANSAR

- ¿Quién habrá escrito lo de más abajo?
 — Algún guasón (1) que conocía mucho á las mu-
 jeres.

(1) Guasones llaman en España á los bromistas.

- Qué diferencia de la viuda al viudo, ¿eh?
 — ¡Aguarda! que aquí creo haber encontrado la tumba de la suegra.
 — ¿De qué suegra?
 — La suegra del viudo de Elisa.
 — ¿Cómo así?
 — Mira lo que dice aquí.
 Miré y leí lo siguiente :

El cadáver aquí yace
 De la madre de mi Elisa
 ¡ *Requiescat in pace!*

- ¿Parece que hace distinción entre la mujer y la suegra?
 — Así parece.
 — ¿Sabes qué hora es?
 — No.
 — Van á ser las doce
 — Volvamos al hotel.
 — Volvamos.
 — Aguarda, deja leer aquel epitafio que hay allí.
 — ¿Qué dice?
 Me acerqué y leí :

« La deuda que los mortales
 Contrajeron al nacer,
 Pagó, dejando de ser
 Antonio María Corrales. »

- ¿Tienes ya bastante de epitafios?
 — Creo que sí.

— Pues vámonos.

Cuatro minutos después caminando hacia el hotel me preguntó el compañero.

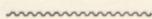
— ¿Qué te deja la visita al cementerio?

— ¡Mucha filosofía! contesté y seguimos nuestro camino.

X

Era el dieciocho de marzo á la una del día. Al pie del carro que debía conducirnos á Granada, nos encontramos reunidos con tantos amigos buenos como habíamos hecho en Málaga. Íbamos á partir. Todos querían reír y hacer alegre el adiós. Por muy indiferente que se sea, entristece mucho el despedirse de personas á quienes se ha tomado cariño, para no volver tal vez á verlas, hasta el valle de Josafat. Por eso, á pesar de tener la risa desbordando en el semblante, no era lo mismo en nuestro interior y sentimientos muy contrarios nos absorbían.

¡Un silbato! y la máquina comenzó lentamente su marcha. Al par que la distancia se aumentaba, disminuía el porte de los que quedaban hasta sólo distinguir unos cuantos puntos negros que batían pañuelos blancos. Por fin los perdimos de vista y caímos en cuenta que de todos aquellos deliciosos cuatro meses que habíamos pasado, sólo nos quedaban tres cosas : una lágrima que nublaba nuestra vista y nos impedía seguir viendo, un algo que anudaba la garganta y nos impedía seguir hablando y un recuerdo de profunda gratitud de Málaga y malagueños.



EN GRANADA

Llegada y primera impresión. — Visita matinal á la Alhambra.
— Palacio de Carlos V y una vuelta por torres y terraplenes.
— La Cartuja. — El seminario del Sacro-Monte. — Los gigantes. — La Catedral. — Á la capital de Andalucía.

I

Noche triste, fría y lluviosa era aquélla en que llegamos á la antigua capital mora, que sólo recuerdos guarda hoy día de sus pasadas grandezas. Calles tortuosas, estrechas, lóbregas por la falta de alumbrado, atravesamos, que revelaban aquella dominación de siete siglos de las costumbres moras.

Después de molernos en los coches un poco más de lo que veníamos en el tren, llegamos á calles más mo-

dernas y céntricas, llenas de gente que en el comercio, compraba en los cafés, consumía y que daban una animación á esta parte de la ciudad que contrastaba visiblemente con el sombrío aspecto de las calles, que para llegar allí, habíamos atravesado.

No puedo dejar de acordarme de las molestias, que en la estación, ocasiona á los viajeros el impuesto municipal sobre consumos. No es solo en Granada, sino en toda España, en toda Francia y en la mayoría de las naciones europeas, pero hasta llegar á esta ciudad no me había cabido en suerte ser actor de este agradable pasatiempo que proporcionan los agentes municipales que escudriñan hasta dentro de *los portátiles* para ver si encuentran un sandwich, un cartucho de caramelos, un trago de Jerez, etc., etc.

Habíamos tenido, antes de salir de Málaga, una ocurrencia que nos pareció feliz en el tren, á la hora de la merienda, pero que reputamos desgraciada al bajarnos en la estación de Granada.

Habíamos introducido en un canasto un pollito incauto (estaba muerto y cocido) con quien gastábamos malas intenciones. Nada menos ni nada más que las de tritularlo y roerlo hasta los huesos. Además venía un jamón, que según afirmaba con su cabeza nuestro hotelero de Málaga, era de York, pero que creo hacían reo al infeliz, de reniego contra su legítima nación española sin que él tomara la menor parte en este crimen de lesa-patria. Algunos panes, sal, unas dos botellas de vino Málaga completaban nuestro *cocavi*.

Por muchas disposiciones gastronómicas que abra el movimiento del tren, no pudimos dar fin con todos

aquellos productos culinarios, y nos vimos obligados á bajar en la estación de Granada con la dichosa canastita al brazo conteniendo los restos de nuestra bacanal ferroviaria.

— ¿Que es esto? preguntó uno del ramo de impuestos sobre consumos, mostrando un cajón algo sospechoso de forma, que parecía contener artículos prohibidos.

— ¿Esto? dije golpeando sobre el cajón. Esto es... y me turbé todo al pensar lo que era. Me daba cierta vergüenza de decir lo que era á una autoridad... municipal.

— Abran esto y vean lo que hay dentro, dió la orden el sargento á los soldados, al creer traslucir en mi turbación un contrabando.

— No tenga cuidado, le dije. Este portátil no se usa desde antes de ayer y *esos productos* se dejaron en Málaga.

— ¿Cuando llegó usted á Málaga?

— Ahora cuatro meses.

— Entonces no hay cuidado que *esos productos* sean de contrabando.

Ya habían los soldados abierto el cajón y habían visto lo que era. Advirtieron á su jefe que no eran exactamente comestibles.

— ¿Y esta cesta? me dijo, mostrándome lo que verdaderamente debía pagar derechos.

— Este canasto viene con nosotros, desde Málaga.

— ¿Pero trae...?

— Sí trae, contesté resueltamente.

— ¿Qué? vamos á ver.

— En primer lugar : la rabadilla, el cuadril, las patas, el espinazo, las alas, los encuentros y el pescuezo, de un pollo. Todas estas piezas desprovistas de carne. En seguida... *salva sea la parte* ¿ Sabe usted ? la parte... de un cerdo. El jamón por otro nombre. En seguida una botella de Málaga, vacía. Una segunda botella de Málaga también... no, ésta segunda está llena. Pedazos de pan, sal, pimienta completan los habitantes del canasto.

— Sírvase usted acompañarme á la oficina y no olvide de llevar la cesta.

Llegamos á la oficina y extendí concienzudamente, en orden de batalla sobre el escritorio del empleado : la rabadilla, el cuadril, las patas, el espinazo, las alas, los encuentros y los pes... el pescuezo del pollo, la *partecita aquella* del cerdo, la botella vacía de Málaga y por último, en la retaguardia, coloqué la que estaba llena. Esperé.

El empleado, doctor en el ramo de impuestos sobre consumos, que era un señor con antiparras verde-oscuras y una gorra de no se de qué, tomó en sus manos una por una las piezas del finado pollo, examinó, de manera á haber ruborizado al cerdo, si éste hubiera estado vivo, aquella parte de él y remeció mucho la botella vacía para darse cuenta cabal de que no le quedaba ni gota que pudiera él aprovechar, por el solo gusto de saber si era vino legítimo ó falsificado.

Por último llegó al término de sus indagaciones, haciendo pagar la exorbitante suma de tres pesetas por derecho de consumos.

¡ Y para tres pesetas que había que pagar ! ¿ Valía la

pena de darse tanto trabajo y sobretodo de darlo á los demás?

Dénse con una piedra en el pecho los chilenos de no tener en nuestro país estos impuestos que son más vejatorios que productivos.



II

Pesado que había sido el viaje y más pesados los agentes del impuestito aquél, ya podrá figurarse el lector para lo que estaba dispuesto una vez que me encontré en los cuartos abrigados que había prontos para nosotros en el hotel de la Alameda.

Traíamos de Málaga todos los libros que nos podían más ó menos instruir sobre los monumentos histórico-artísticos de Granada. Entre ellos venían varios cuyas líneas contenían leyendas fantásticas, cuentos inverosímiles que según afirmaban los autores de aquellos volúmenes, eran hechos acaecidos ya en la Alhambra, ya en palacios de magnates árabes del barrio del Albaicín, ya en los jardines del Jeneralife y otros.

Varias de estas leyendas me metí en la cabeza aquella noche para poder visitar al día siguiente, estos lugares, con ilusiones frescas.

No sé por qué es, pero así sucede. Cada vez que uno visita lugares que algún novelista ó poeta ha hecho teatro de acción de sus personajes, aquel lugar tiene para los que han leído la novela ó la poesía, mucho más interés que para otros. Estamos convencidos que

todo aquello es una ficción, y sin embargo, nos figuramos estar viendo los personajes creados por la imaginación febril de un escritor, en sus momentos dramáticos ó cómicos, al visitar ese lugar.

Por eso fué que á la mañana siguiente, que estaba nevando

Y que más que de mañana
Aspecto de crepúsculo tenía...

me levanté á las ocho con la intención de irme en seguida á pesar de aquél perverso tiempo á hacer una visita al hoy ruinoso y vetusto palacio que fué de los Califas de Granada.

Á la puerta del hotel me salió un individuo, joven, que me hablaba en un idioma que dudo comprenderá el lector.

— Musiú, vulé vu un guía. Ye hable le francés. Vulé vu ye acompañé vu. Ye coné tú listoria de lalhambra.

Me ha tomado por francés, pensé, pero ni chino que fuera, entendería esa maldita jerga que estaba hablando.

— Dígame, amigo, ¿en qué idioma está hablando usted?

— ¿El señorito sabe español? ¿El señorito no es francés?

— El señorito sabe español. El señorito no es francés ni inglés, y el señorito no necesita guía ¿Tienes bastante?

— Pero si el señorito lo permite le acompañaría para mostrarle la Alhambra y los jardines y todo lo que el señorito guste. Soy hijo de un comisario de po-

licía y puedo conseguir al señorito entradas para ver todo lo que hay en Granada.

— No necesito de nadie.

— ¿El señorito tal vez conocè ya los guías?

— Demasiado.

— Pero no todos son lo mismo. Aquí me ve usted á mí. Cuento á los viajeros toda la historia de los reyes moros...

— Á tu modo.

— Pero en fin salgo del paso. Les digo donde tenía enterrados sus tesoros Boabdil de manera que puedan irlos á buscar, y después me contento con la propina que quieran darme.

Estos son los más peligrosos, pensé yo. Suelen salir más caros que los que fijan precio. Y luego añadí en voz alta:

— No necesito de nadie, ¿ha oído usted?

Y proseguí mi camino. Pero aquel, obstinado en que había de servirme de guía, marchaba delante, siguiendo su camino para donde yo iba y como abriéndome paso. El maldito sabía que iba hacia la Alhambra.

Subía por la cuesta de Gomeres, precedido por el incansable porfiado, y cada paso que daba parecía acercarme más á los siglos VI y VII, al tiempo de los Abderrahmanes, Mohamedes y de las Zoraidas y Zenaidas. Al entrar por la puerta de las Granadas me creí transportado doce ó trece siglos atrás y si no hubiera sido por el intruso que me precedía y que no estaba vestido *exactamente al estilo morisco*, la ilusión habría sido completa.

¡Qué aire tan puro y delicioso! ¡Qué aroma y qué

verdor hay en este encantador bosque que rodea el palacio, que á pesar de estar la mañana lluviosa y de tal manera fría que nevó, suplía tan bien lo agradable del sitio que llegué á creerme en un hermoso día primavera!

Lo más hermoso que tiene el palacio es su situación en la más alta meseta de estas cuestas que son las últimas colinas en donde viene á morir la cadena de Sierra Nevada.

Subiendo por el camino que conduce á la morada regia que hoy es morada de cuervos, de lechuzas y otros avechuchos, la primera obra artística que después de atravesar la puerta de las Granadas, llama la atención, es una fuente de piedra tallada con los escudos de las casas reales de Austria y España. Son los escudos de Carlos V.

Al llegar á ella el intruso de mi vanguardia hizo ademán de hablar para darme explicaciones no pedidas sobre la fuente.

— Ya sé lo que me vas á decir, dije tomando la iniciativa. « Que esta es una fuente que está tallada en la piedra por un artista muy conocido... (en su casa) Que se presume fué mandada hacer por Carlos V y que los historiadores afirman, respondiendo con su cabeza y tu confirmas la dicha aserción, que de estos dos escudos, uno es de Austria y el otro de España. » ¿ No es eso? Y repito por última vez; so gandul, que no necesito de tus servicios.

— Ruego al señorito que no me crea como los demás guías. Le acompañaré sin que le cueste una peseta. (Cosa que no salió tal cual...) Le mostraré todo lo que

hay que ver en la Alhambra con el mayor gusto.

Tanta obstinación, tanta tenacidad, en vez de darme fastidio me dió risa, y el muy bribón que no esperaba más, tomó esta hilaridad como un signo de aceptación de un guía que se me imponía. En lugar de marchar adelante, como lo había hecho hasta entonces, marchó á mi lado explicándome una serie de mentiras sobre las distinguidas personas á quienes había guiado por los laberintos de la historia de la Alhambra. Cuando llegué arriba tenía la cabeza abombada con tal cadena de invenciones.

De todos los guías que he encontrado en mi vida no ha habido ninguno que no me haya contado que había servido de *cicerone* al príncipe de Gales. Ciudades que Su Alteza Real Inglesa no ha soñado en pisar, cuentan con cuatro ó cinco de estos sujetos que han explicado éstas ó aquéllas ruinas al futuro rey de Inglaterra.

No sé por qué siempre levantan estas calumnias al príncipe de Gales. ¿Por qué no toman al negus Menelik para tales invenciones? Al menos éste está más lejos para protestar.

Dura era la cuesta, y llegué jadeante á la entrada de ambos palacios.

Porque han de saber mis queridos lectores que son dos Palacios los que ocupan la meseta de la Alhambra. Uno de los califas moros, y otro del *califa* cristiano Carlos I de España y V de Alemania. Este último sin ningún valor artístico. Quedó inconcluso á causa de unos temblores que se dejaron sentir cuando estaba en obra. Estos temblores infundieron tal pánico entre albañiles, arquitectos y propietario, que todos á una

huyeron desistiendo del tal proyecto, por lo demás descabellado y que demostraba mucho orgullo y poco gusto por el arte del que lo mandaba construir. Poco gusto por el arte, porque destruyó la parte más hermosa de la Alhambra para hacerse terreno. Mucho orgullo, porque con él quería demostrar que á Carlos V nadie podía sobrepasar en magnificencias. Que si unos moros habían hecho una Alhambra, él había hecho un palacio, sino superior, al menos igual.

Cálculos de vanidad que salieron fallidos, porque hoy día todos están acordados en que la Alhambra es el primer monumento artístico que tiene España.

Al llegar á la plazoleta que se extiende delante de los edificios, me salió al encuentro un individuo que en el primer momento estuve dudando si tomarlo por tonto, por loco ó por disfrazado para un baile de máscaras.

— ¿Quién será este sujeto? pregunté al guía.

— Éste es, señorito, el príncipe de los gitanos.

El príncipe de los gitanos era un individuo con un sombrero en forma de cambucho, de terciopelo no conservando de tal género sino uno que otro indicio. De sus alas derechas colgaban una serie de *cachivaches*. Una chaqueta corta, que no bajaba más allá del pecho, una faja de un género, conato de seda, unas polainas de cuero amarillo y zapatones negros. En una mano llevaba un largo bastón y en la otra una serie de retratos con el autógrafo de su Alteza. La cara del sujeto si bien no muy blanca, no repugnaba por su obscuridad y unas patillas encanecidas cortadas á la forma de chuletas, contrastaban con lo negro de la epidermis de aquel príncipe.

— Buenos días, *conde* (1), me dijo con una sonrisa y un saludo.

— ¿Á mí me habla? le pregunté.

Hizo un signo afirmativo.

— ¿Usted cree que yo soy conde?

— Sí señor.

— Pues se equivoca usted como el que más.

— Había creído... pero en fin, ¿el señor quiere comprarme un retrato con mi autógrafo? Vale tres *perras gordas*. Soy el príncipe de los gitanos.

— ¿Su Alteza vende todo un autógrafo suyo por tres *perras gordas*? No puede ser. Aquí tiene usted cuatro *perras*... chicas. (2) ¿Le parece bastante?

El príncipe, encantado, me besó la mano, me pasó su retrato con autógrafo ilegible. El retrato no se ha transmitido á este libro porque no vale la pena de gastar el papel de una página para tan *augusto personaje*.

— Estamos en el Palacio, señorito, me dijo el guía. Si quiere pasaremos al « patio de los Arrayanes. »

— ¿Y si no quiero?

— Tendrá que pasar también, porque es la única entrada que hay para ver la Alhambra.

Y el « patio de los arrayanes » se me presentó con su canal de agua cristalina en el medio, sus dos filas de

(1) Esto de llamar conde al primero que se les presenta es muy común en Europa entera. Como abundan los títulos suelen apuntarlo algunas veces y entonces aquellos individuos, encantados de ser tan conocidos, no dejan de comprarle al que así los reconoce en su nobleza. ¡Vanidad cara, algunas veces!

(2) Una perra chica es la mitad de una perra gorda. Una perra gorda = 10 céntimos.]

arbustos y árboles á los lados, la portada del « salón de embajadores » al frente y á un costado la comunicación con el « patio de los leones » que permitía ver el panorama que presentaba éste. Aquella mañana nevaba. Todo el suelo estaba cubierto de nieve; los leones de la fuente tenían en sus lomos una carga de la blanquecina materia y la fuente acumulaba también y dejaba desbordarse aquello que más que agua congelada, parecía algodón en rama.

¡Por fin había llegado á aquel « patio de los leones » de tanta fama en el mundo entero!

Más pequeño de lo que me lo imaginaba por las descripciones que había leído y las fotografías que había visto, me produjo más impresión que el anterior.

Aquel « patio de los leones » que tantos escritores han llamado majestuoso, no lo encontré tal. El « patio de los leones » es algo bonito, precioso si se quiere, pero no tiene nada de majestuosidad ni de grandioso.

Es joya de una corona, pero no la corona misma.

Aquellas ciento y tantas columnitas de marmol, tan finas, tan concluidas, terminadas en su parte superior por encajes de estuco morisco y por la inferior reflejando la brillantez del marmol pulido en los metálicos resplandores de los azulejos, son un encanto, una *monada*, pero no una grandeza, una majestuosidad.

De la realidad del « patio de los leones » á lo que se figura el público que no lo ha visto, van diferencias de impresiones como las que causan : un gran cuadro de galería de primera nota y una miniatura espléndida, en que no se ha perdido, á pesar de lo pequeño del trabajo, ni un solo detalle. El primero nos causa

una impresión de grandiosidad monumental. El segundo nos lleva á admirar lo fino, lo acabado, lo bonito del trabajo. Para apreciar el « patio de los leones » hay que examinarlo como la miniatura, detalle por detalle. La impresión total no está á la altura de las impresiones parciales.

La fuente del centro es bonita, pero según personas entendidas, no puede haber sido en tiempo de los moros, como está actualmente restaurada. La razón es sencilla y poderosa.

Una fuente que servía á los cortesanos, ministros, palaciegos y al califa mismo para hacer sus abluciones de pies y cabeza á la puesta del sol, no podía estar colocado á más de un metro del nivel del suelo, á no ser que se suponga que el Califa y demás usaban de la gimnástica para subir por escaleritas de cuerda á la taza de la fuente y allí mojarse los pies y empaparse la cabeza. ¿Se concibe semejante aberración? ¡El Califa de saltimbanqui! Los ministros, pase. No sería la primera vez en la historia del mundo; ¡pero el soberano!

Mientras pensaba todas estas cosas, mi guía hablaba y hablaba. Aun no había notado que otro sujeto se había añadido á la caravana y que de cuando en cuando tenía polémicas con mi intruso de la cuesta de Gomerres. Vine á caer en cuenta más tarde con motivo de un pleito ruidoso que se suscitó entre ellos.

— Si el señorito desea, pasaremos á la « sala de los abencerrajes ».

— Vamos allá.

Entramos á la sala. Mi guía comenzó la siguiente perorata:

— Esta sala recuerda á los que la visitan una tradición reveladora de la ferocidad y absolutismo de los monarcas árabes. Su fuente del centro denuncia las manchas de sangre de los treinta y dos abencerrajes degollados en la taza de ella por orden del califa. Estas manchas se han conservado para demostrar á la posteridad que no todo era adelanto, civilización y fiestas en el palacio morisco. Aquellos cinco claros que se ven en medio de la mancha de la izquierda y que tienen la forma de dedos estampados demuestran que allí cayó alguna de las manos que cortaron á los abencerrajes para que éstos no pudieran defenderse. Aquel otro claro en la mancha de la derecha es el que dejó el alfanje...

Aquí mi guía fué interrumpido por el otro sujeto que, poniéndose delante de él, le dijo con un tono doctoral:

— No se dice alfanje, se dice cimitarra.

— No *señó*, que se dice alfanje.

— Digo á usted, *cabayero*, que se dice cimitarra.

Viendo que aquello iba á tomar mal camino, interrumpí, diciéndoles:

— Háganme el favor de decirme qué quiere decir alfanje y qué quiere decir cimitarra.

Silencio absoluto. No respondieron.

— ¿Conque no saben ustedes?

Hicieron signo de no comprender.

— ¿Y á qué se ponen á discutir sobre lo que no comprenden?

— Es que, señorito, este *cabayero* (y mostraba á mi intruso con un aire de superioridad, señalándole con el dedo) que lo acompaña no sabe las explicaciones y soy

yo el que tengo derecho á explicar aquí, ¡y nadie más! (volviéndose hacia mi intruso) ¿Sabe usted? ¡Nadie más! (volviéndose hacia mí) Y ese no sabe las explicaciones. Me las ha aprendido á mí.

— Miente, señorito, miente, porque las he aprendido de oírlas á otros. Y voy á decirle á mi padre que ese *cabayero* (mostrando al letrado) me ha tratado mal, ¿*sabosté?* Y mi padre le pondrá en sus cabales, ¿*sabosté?* Y entonces veremos, ¡por la *vía e mi mare!*

— Y qué más me da tu *mare* que tu *pare* ni *toa* tu *sagrá familia*.

— ¿Ni te importa Soria?

— ¡Qué Soria, ni qué Soria!...

— ¡Soria!... el comisario de policía, mi *pare*.

— ¡Cómo! (dulcificando el tono) ¡Soria!... ¿*Tres* hijo del comisario de policía?

— ¡Ya tengo la lengua *podría* de decírtelo!...

— ¿Se trata del hijo de Soria, del comisario de policía? ¡Si estuve en el colegio con él!

(El pobre diablo no sabía leer ni escribir según pude constatar después. Pero el nombre de un comisario de policía lo apresuraba, no digo á esto, pero á ser doctor junto con Soria en ciencias enciclopédicas.)

Á todo esto yo me paseaba para arriba y para abajo sin saber qué partido tomar.

Un excursionista alemán se había parado en la puerta, y de pie, con la boca abierta, el puño del bastón apoyado en la barba, estaba asustado de oír aquella polémica, y sobre todo las groseras exclamaciones intercaladas en el diálogo, que he suprimido porque ru-

borizarían á don Juan Tenorio en persona. Una vez que terminó el pleito felizmente sin otro tiroteo que el de palabras, y habiendo quedado con mi guía, intruso pero legítimo, salimos de esta sala en que se había cometido injusticia tan grande como la de degollar treinta y dos príncipes por dar gusto á un capricho de califa y pasamos á la sala del « tribunal de justicia ».

— ¡Qué rápidamente se pasa en la Alhambra de la injusticia á la justicia! fué lo primero que pensé.

Y aquella sala sombría que tiene aspecto de iglesia con una sola nave, cuyo techo son multitud de arcos triangulares, tenía cierto aire de sobriedad, de estrictez bien combinado con el caprichoso estilo morisco, que no iba mal con su destino. Cada tres ó cuatro metros de trecho en trecho hay huecos como preparados para colocar altares.

Pintados sobre la pared hay algunos frescos, hechos por artistas moros y no moros, de aquellos tiempos, que son curiosísima muestra del adelanto en que se encontraba la pintura en aquellos tiempos (1).

Esta sala conserva un recuerdo histórico de gran valor para los españoles. En ella se celebró la primera misa después de la reconquista de Granada por los reyes católicos.

Luego de salir de las sombras del « Tribunal de

(1) Á propósito de estas pinturas ha escrito un libro parte histórico, parte novelesco titulado « Las pinturas de la Alhambra » un distinguido literato y filólogo granadino, cuyo talento é ilustración pude apreciar personalmente. Don Leopoldo Eguílaz Yanguas. (Este último, apellido árabe, como otros muchos que hay en Granada.)

Justicia » pasamos al pintoresco y bonito salón tan conocido por el « Salón de las dos hermanas ».

No crea el lector que es porque lo hayan habitado dos hermanas. Lo llaman así por su piso que está formado de dos planchas grandes de mármol exactamente iguales en su porte y en su color blanco. Como en el de Abencerrajes, á ambos lados del salón hay departamentos separados del central por columnas, que servían de dormitorio á las princesas moras.

Me figuro que serían muy bonitas.

Este salón comunica con otro más pequeño que tiene ventanas con vista magnífica al valle.

Pero ningún salón de la Alhambra tiene la vista que el « Mirador de Lindaraja » (1). Á los pies, encerrado por los muros de la fortaleza, un pequeño, pero delicioso jardín con sus fuentes de mármol, llamado por el mismo nombre que el mirador. Allá, lejana y perdiéndose en el horizonte, las montañas de Sierra Nevada á cuyas plantas vejeta con vigor la vega riquísima de Granada que se domina en toda su extensión.

Pasaremos al « Salón de embajadores », uno de los mejor conservados que tiene la Alhambra.

Debe haber sido maravilloso cuando estaba amueblado y con sus azulejos y dorados resplandecientes. En una recepción diplomática con todo el fausto de la corte morisca, aquello debió ser episodio de que tomara tema el escritor de los cuentos « Mil y una noches ». Pero hoy día sirve sólo para forjarse fantasías basadas en el recuerdo.

(1) Favorita en árabe.

El « departamento de baños » del Sultán y, de la Sultana es la parte de la Alhambra que se ha restaurado mejor y con más cuidado. De todo él, lo más hermoso es el « saloncito de reposo » para después del baño. Allí, mientras se secaban tendidos en mullidos divanes, dormitaban SS. MM. oyendo á esclavos y esclavas cantar tocando en lo alto del salón.

Así se figuraban que era música celestial, ó al menos que bajaba de arriba.

Hay una parte de la Alhambra que no se puede visitar. La escalera está derrumbada y en ruinas peligrosas la mayor parte. Es « el Serrallo » y una sección del « Palacio de invierno », pues la otra parte fué destruída por Carlos V para edificar su malograda mansión que nunca habitó.

En la parte que se conserva, aunque en ruinas, hay una especie de jaula de hierro en donde dicen personas, que encerraban á doña Juana la Loca en los accesos de furia de su enagenación mental.

Tanto se ha dicho, tantas vistas se han sacado, de tal manera alaban la belleza de este monumento que, al verlo, la impresión que experimenté, fué muchísimo menor que la que me esperaba. No diré que fué una desilusión, porque sería exagerar, pero la sensación verdadera no correspondió á la ilusión formada. El viajero va convencido á ver algo más bello, más conservado, más magnífico que la realidad.

Creo firmemente que todo el que vaya á verla, saldrá pensando lo mismo. Exceptuo esos que se las dan de entendidos en arte y no entienden palabra. Esos

van con la boca abierta de admiración por la Alhambra dos meses antes de llegar á ella.

No quiero decir que no la admiré; muy lejos de ello, pero repito que después de oír hablar tanto y en tan entusiastas términos, al verla, me figuré una de tantas copias como andan por el universo mundo de aquel mismo original que tenía ante mis ojos.

¡Era otra Alhambra la que me había forjado!

Esta impresión muchos me la criticarán, pero en la introducción de este libro prometí mis impresiones en toda la desnudez de su verdad. Helas aquí.

III

— ¿El señorito está contento de su visita á la Alhambra? Aun hay mucho que ver. ¿*Sabosté?* Al *cabayero* que me insultó tengo que pedirle la llave para entrar al palacio de Carlos V. ¿Quiere usted pasar á la portería?...

— Llévame donde quieras con tal que veamos las construcciones esas.

— Pues, ¿*sabosté?* vamos á entrar por esta puerta.

Y efectivamente, entramos por una que no alcanzaba á ser tal; tuve que agacharme sopena de dejar mi cabeza del lado de afuera.

Al entrar en la portería, lo primero que topé fué mi dichoso alemán, el estupefacto aquél del «Salón de los abencerrajes» á quien *el letrado* quería meter á toda costa una media docena de volúmenes por valor de ocho francos.

El pobre diablo apenas hablaba español, y por su aspecto no indicaba andar nadando en dinero. No quería comprar nada, y *el letrado* hacía esfuerzos en una mezcla de palabras inglesas, francesas y españolas para explicar á aquel raído germánico, la utili-

dad; aun, la absoluta necesidad de aquellos libritos para darse cuenta del complicado problema de una Alhambra.

Me apretaba las costillas para no reventar de risa al ver la cara afligida del prusiano delante de aquel *letrado* andaluz. El uno, seco, desembuchando sus negativas con dificultad y más expresando con signos que con el uso de su lengua, el deseo de no comprar aquellos volúmenes. El otro, hablando hasta por los codos, tratando de fascinar al alemán con una elocuencia sin conexión. No le daba siquiera tiempo para decir que nó, y le explicaba lo que contenían y no contenían aquellos libros que él jamás había leído, pero que el que le había encargado de venderlos, mediante cierta comisión, había dicho que eran prodigiosos. Una maravilla intelectual.

— Estos libros, señor, son salidos *de las entrañas de la inteligencia* (textual) de un sabio por excelencia. Don Primitivo Bermejillo (1), ¿sabosté? miembro de la Real Academia Española y encargado por Su Santidad el Papa *de corregir la Biblia*. Una vez el *Emperador de Suza* estuvo aquí; lo primero que hizo fué prosternarse ante Bermejillo y decirle: « Primitivo: dame esos volúmenes, pídamelo que quieras por ellos. Está concedido de antemano ». « Majestad; le dijo Bermejillo; os pido vuestra amistad. » « Concedida » contestó Su Majestad. ¿Y lo que vale la amistad de todo un

(1) He supuesto este nombre, porque el verdadero autor de aquellas obras era un hombre respetable á quien *el letrado*, en sus ansias de vender, calumniaba atrocemente.

Emperador de Suiza no vale ocho miserables pesetas de un alemán cualesquiera como usted?...

— *Pego yoh noh tenga la petseta.*

— Aquí está este señorito, me dijo *el letrado*. ¿No es verdad que usted me va á comprar los libros? Estos libros que este alemán está despreciando. No pierda la ocasión, señorito. Es la última vez que se presenta. ¿*Sabosté?* (1) Las obras de don Primitivo Bermejillo, *corrector del Antiguo y Nuevo Testamento encargado por Su Santidad*.

Mientras *el letrado* me dirigía este discurso, el germánico, aprovechando la ocasión se corría puerta afuera. Éste que lo ve y en un santi-amén, se pone delante de él diciéndole :

— Amigo : usted no se va, ¿*sabosté?* ¿Y mi propina? Recuerde que le conté todos los cuentos de Boabdil y que le he dicho dónde había enterrado su dinero, ... s!

— *Noh tieneh dinero, noh puede darlo.*

Y el pobre germánico dijo esto con tal acento de verdad ; se le conocía tan á la legua su pobreza, que, en un arranque de que no le creí capaz, *el letrado* le dijo :

— Vaya usted con Dios. Si no tiene, pues no me dé ¿*sabosté?* (Y luego volviéndose hacia mí). ¡Pobre diablo! Quería ver y no tenía dinero. ¡Cómo no empeñe la camisa...!

(Estos arranques son muy comunes en España, aun entre la gente más baja. El español es generoso por

(1) ¿Sabe usted? expresión común en Andalucía.

naturaleza, desinteresado hasta el heroísmo y Quijote hasta quince años después de su muerte. Los españoles tienen sentimientos de caballería que no se encuentran en ningún otro pueblo del mundo. *El letrado* con no ser el tipo exacto del buen español, no había podido menos que seguir á sus compatriotas aquella vez.)

— En fin, señorito, me dijo, como si nada hubiera pasado. ¿Me toma usted las obras?

— Esas obras no, pero lo que agradecería sería la obra del cerrajero que hizo la llave de la puerta del palacio de Carlos V.

— ¿El señorito quiere ver el palacio de Carlos? (Se lo echó al hombro como si hubiera sido u hijo).

— Sí, del emperador.

— Pues ¿sabosté? voy en seguida á buscar la llave.

Mientras anduvo por allá, me puse á repasar en la memoria la comedia que había presenciado en la portería y resolví trasmitirla al público. Por eso estaba haciendo mis apuntes cuando *el letrado* volvió, metiendo ruido con un manajo de llaves. Abrió la puerta y júzguese de mi sorpresa al ver lo que vi y oír estas palabras que valieron al *intruso* una mirada furibunda del *letrado* por habérselas, se puede decir, arrebatado de la boca :

— Aquí tiene el señorito todo el Palacio de Su Majestad don Carlos primero de España, de las Indias Occidentales y quinto Emperador de Alemania.

Un patio redondo cuya arquitectura acusaba el estilo romano con algunos detalles góticos, un cierto

aspecto de circo en ruinas era lo que constituía todo aquel palacio.

Unico detalle curioso : El suelo del patio es abovedado, y bajo el suelo que uno pisa se extiende un estanque de agua.

— Á este estanque de agua, señorito, se cayó una vez un inglés.

— ¿ Y cómo se cayó?

— ¿ Ve usted esta abertura que hay aquí?

— Perfectamente.

En efecto, una abertura de cierta dimensión se veía en el medio del patio y entre medias luces, un agua que no convidaba á beberla. Estaba verdosa.

Pues el inglés, según decía el *letrado*, quería verlo todo y enterarse hasta del olor del agua para en seguida apuntarlo en su cartera de viaje como impresiones de su jira por Granada. Se acercó demasiado y... ¡pataplum!... de patitas en el estanque. Allí estuvo media hora hasta que encontraron unas cuerdas, gracias á las cuales pudieron sacar al pobre inglés más muerto que vivo.

Y luego, en términos graciosísimos, salpicados de inconveniencias, me contó toda la serie de incidentes que siguieron. El inglés salió medio ahogado. Lo tendieron en el suelo, cuan largo era, y el *letrado* á punta de darle rodillazos en la barriga, le estrajo la mayor parte del agua verdosa que había tragado. La demás, suponía el que habría salido á estas horas, aunque él no la había visto, desalojarse por la boca. Á cada rodillazo que le daba (*este médico improvisado*) el inglés se encogía como una rana muerta á quien dan un palo en

el lomo, y arrojaba una bocanada de agua. « Por fin volvió en sí y mandó pedir whisky para reponerse. Contestaron que no había, y dijo lo cambiaran por aguardiente. El muchacho á quien mandó no comprendió bien y trajo espíritu de vino. Á falta de cosa menos alcohólica, el inglés tragó un vaso como si fuera limonada. Por fin se encontró en estado de marcharse, y el muy.....ro! pagó la salvación de su vida con una miserable peseta. No valía mucho más este sujeto, añadía el historiador improvisado, pero á mí me hubiera gustado que él, se apreciara en más.

Cansado de comedias entre alemán, inglés, *letrado* é *intruso* me llevé á este último, preguntándole lo que íbamos á ver ahora.

— Vamos, si el señorito gusta, á ver las torres y los terraplenes, me contestó.

Y allá fuimos á dar.

Los terraplenes se extienden sobre las murallas de la fortaleza que rodea la Alhambra. Desde ellos se goza de una vista magnífica sobre la ciudad, sobre los campos, hoy día sembrados de remolacha (1) y sobre la Sierra Nevada y colinas adyacentes, entre las cuales colinas se encuentran dos históricas: « La Silla del Moro », llamada así por haberse sentado en la cumbre de ella Boabdil, último califa de Granada á contemplar las contiendas y revoluciones entre sus vasallos y cortesanos, contiendas que lo habían obligado á buscar

(1) Remolacha es lo que nosotros en Chile llamamos *bete-rraga*, castellanizando la palabra inglesa « *beetroot* ».

aquel refugio lejos de la ciudad para sustraerse á los peligros de estar en el fuego de la lucha. « El Suspiro del Moro » es la otra cumbre histórica. Desde allí contempló, el mismo desgraciado Boabdil, por última vez, la perdida Alhambra. Allí suspiró y lloró. Allí su madre le dijo aquella frase tan célebre en la historia porque demuestra un alma heroica y patriótica : « Lloro como mujer, lo que no has sabido defender como hombre ».

Y mientras lloraba el moro
Lo reprendía la mora
Y los cristianos, en coro
Cantaban su victoria. (1)

Desde estos mismos terraplenes se divisa el Albaicín, barrio aristocrático de aquellos tiempos, donde los magnates tenían sus residencias y serrallos, de cuyas residencias y serrallos sólo ruinas se conservan, viéndose más el carácter morisco en lo estrecho y tortuoso de las calles que en las construcciones.

De los terraplenes, pasé á visitar las diferentes torres ruinosas que alrededor de la fortaleza quedan aún en pie desafiando el tiempo y la intemperie de este clima, malo bajo todos conceptos : frío excesivo en el invierno; calor que pasa de cuarenta grados en verano.

De estas torres, cuatro son las más conocidas : « Torre de Siete suelos » « Torre de las Infantas » « Torre de la Cautiva » y la « Torre de la Vela ».

(1) Estilo poético de cierto Homero de mi tierra.

La « Torre de Siete suelos » llamada así porque tenía siete pisos; cuatro bajo tierra (que yo ni *el intruso* vimos) y tres sobre el nivel del piso (éstos los vimos.)

Acerca de la « Torre de Sietesuelos » se cuentan una serie de leyendas á cual de todas más inverosímil. Todas ellas tienen por base el mismo argumento. Allí hay entierros de plata. Como no encuentran que comer, entretienen el estómago acariciando en la imaginación ideas de grandes banquetes, con el fin de celebrar el descubrimiento de ocho ó diez millones en oro acuñado con la efigie de Alfonso XIII y enterrado por Boabdil en persona. ¡Y échele millones, que la imaginación no se para en pelillos.

La « Torre de las Infantas » se llama así en virtud de una leyenda cuya veracidad deja mucho que desear.

« Se dice que en ella estuvieron encerradas tres princesas con su aya, cristiana convertida al mahometanismo. (¿Háse visto cosa más rara?) Estas tres princesas eran hijas de un rey moro y una princesa cristiana. Habiendo una adivina vaticinado, durante la tierna infancia de las niñas, que éstas se casarían con tres príncipes cristianos, el rey, que se había quedado viudo, las mandó encerrar hasta su mayor edad en un castillo lejano de su propiedad. Cuando llegaron á grandes, vinieron con su aya á habitar esta torre, pero habían visto en el camino tres prisioneros cristianos que resultaron ser nobles españoles, de los cuales se enamoraron.

Enamoradas llegaron á la torre en donde pasó algún tiempo sin que supieran nada de los prisioneros. Pocos

meses después, los españoles aquellos obtuvieron más libertad de su carcelero y venían de noche á dar serenatas á sus tres Dulcineas. Así pasaban los días, hasta que las familias respectivas de los presos resolvieron rescatarlos, y las princesas se resolvieron también... pero á huír con ellos. Ayudadas por el aya, arrepentida de haberse hecho *musulmana*, hicieron en la noche con sábanas y paños un cordón por el cual se descolgó primero el aya y luego las dos mayores. Cuando tocó el turno á la menor, estaba indecisa. Por fin, no atreviéndose á hacer pruebas acrobáticas, resolvió quedarse y arrostrar la cólera paterna. Las demás huyeron. Dada la voz de alarma en la Alhambra, salieron en su persecución, pero no las alcanzaron, porque ya habían pasado un río sin vado. El aya se ahogó en el río. Los príncipes llegaron á sus casas, se casaron con sus respectivas compañeras y... ¡quién sabe quiénes serán sus descendientes!... La menor murió de pesar á los pocos días y el Califa... se quedó sin hijas, tirándose del pelo (era calvo) por habérselas confiado á un aya que cambiaba con tanta facilidad de religión. »

La « Torre de la Cautiva », llamada así también por una leyenda. « Se dice que allí estuvo encerrada una cautiva cristiana, de extraordinaria hermosura, de la cual estaba perdidamente enamorado el Califa. Habiéndose querido casar con ella la noche anterior á la ceremonia, la cautiva se tiró torre abajo. »

Después de visitar estas diferentes torres destinadas en su principio á defender la personalidad del Califa y que hoy día no servirían para defender un ratón de un gato, pasé al Generalife ó Palacio de los ministros y

grandes servidores de la Corona. Como edificio y como ornamentación no hay allí nada magnífico que admirar. Los jardines y juegos de agua que lo rodean son dignos de una visita detenida. Se admira en ellos el buen gusto para cuidar las plantas y la fantasía de los árabes para combinar los chorros de manera que formasen caprichosas figuras.

Un solo salón hay en el Generalife que es verdaderamente hermoso, tanto por la vista que tienen sus balcones como por la arquitectura del interior. Los retratos de los reyes de España desde los fundadores de la unidad del reino, Fernando el Católico é Isabel hasta el principio de la dinastía de los Borbones ó Felipe V, ocupan las paredes.

Los jardines del Generalife son los únicos de toda la Alhambra que están bien conservados y mejor cuidados. Dan una idea vaga de lo que debió ser aquéllo cuando todo el bosque estaba en el mismo estado de cultivo.

De esta mansión, como de todas las demás moriscas, se cuenta una leyenda bonita y fantástica (1).

— No nos queda más, señorito, que volver á Granada.

— ¿ No hay otra cosa que visitar ?

— ¿ En Granada ? ¡ Toma !... Pues ya lo creo.

(1) Excuso contarla porque se encuentra publicada en el libro de Washington Irving, titulado *Cuentos de la Alhambra* junto con todas las demás tradiciones acerca de los diferentes sitios de este Palacio. Esta leyenda se encuentra en la página doscientos cuarenta y tres de la traducción de este libro por el señor don José Ventura Traveset.

— Por ejemplo...

— Hay la Cartuja, la Catedral, el Seminario del Sacro-Monte, las Cuevas de los gitanos, las fábricas de azúcar... Conque ya ve usted que hay *pa* (1) rato.

Yo lo puedo acompañar, ¿*sabosté*? Conozco todos esos lugares.

— Eso lo veremos. Si te necesito, te lo diré. Entretanto no me molestes.

Volvimos á pasar bajo el arco de la puerta de las Granadas, bajo una nieve que esta vez caía espesísima. Teníamos en ese momento cinco grados bajo cero.

(1) El mismo *pa* de nuestro pueblo lo tienen los andaluces.

IV

La Cartuja es lo más opuesto que puede haber de la Alhambra. La una cristiana, la otra mora. La una, residencia de monjes consagrados á la penitencia. La otra, residencia de reyes consagrados á todos los placeres mundanos. La Alhambra en su carácter, respira alegría, jovialidad. Todo en ella son minaretes aquí, columnitas allá, encajes de estuco acullá, brillantes azulejos, deslumbradores dorados y llamativos colores. La Cartuja respira seriedad, rigidez de líneas, cortes de arquitectura hechos (como se dice vulgarmente) á *machote*. Aquello implica devoción, recogimiento; todos sus pasadizos, salones y celdas están llamados al silencio austero de un claustro. Por el contrario en la Alhambra. Salones, patios y cuartos interiores están llamados al bullicio alegre de una fiesta. Una sola cosa tienen de común la Alhambra y la Cartuja. Ambas no están hoy día habitadas por sus legítimos dueños. Ni la Alhambra contiene moros, ni la Cartuja cartujos. El que quiera experimentar las dos sensaciones de la alegría y la austeridad, que se encamine á Granada y en el mismo día, siguiendo una visita á la otra, vaya

á la Alhambra y á la Cartuja. Osaría aún aconsejar á mis lectores, que si van alguna vez á Granada, hagan lo que hice.

En la comparación está la opinión de una cosa. Las cosas tales se encuentran buenas porque comparándolas con las cosas cuales las encontramos superiores á éstas. Si todas las cosas tuvieran el mismo grado de bondad, no habría distinción entre unas y otras y no podríamos opinar, porque no tendríamos ningún punto de comparación. En dos cosas igualmente buenas ó al menos que así nos parecen (no todos tienen el mismo gusto) debemos buscar otro punto de comparación que no sea la bondad. Éste puede ser su estilo, su carácter. Comparando este estilo con aquél, recíprocamente, es que podemos formar de cada una la opinión aislada.

Llegué á la puerta de la Cartuja á eso de las tres de la tarde. Me encontré con una serie de gradas que había que subir, cuya serie de gradas estaba ocupada por una turba de chicos y chicas harapientos que corrían aquí y allá para calentar sus mal abrigados cuerpos. El frío, sin embargo, no les impedía interrumpir su ejercicio para ponerse, tranquilos, de pie, uno en cada grada á los lados de la escala, esperando con la mano estirada que pasaran los visitantes al antiguo Convento para pedirles por todos los santos y santas de la Corte Celestial, por san Bruno, patrono de la Cartuja, cuya estatua adorna el pórtico de entrada, y por san Canuto, que no la adorna ni es patrono de nada.

Repartiendo *tiros de á perra chica* se consigue atravesar este paso de las Termópilas, que si no es con pe-

ligro de la vida como aquél, es con peligro del bolsillo... mal acondicionado.

Un sujeto nos abrió la puerta y con mucha política nos invitó á entrar. Por corresponder á tan amable invitación fué, que resolvimos refugiarnos de la turba de harapientos que alborotada con lo dado pedía más, poniendo entre ella y nosotros la barrera insuperable de una puerta de Convento. Una vez dentro, nos encontramos con un zaguán en el cual había reunida *una recua de Cook* (1). Esperaba que se completara el número (eran quince y se necesitaban veinte) para que el sujeto que nos había abierto la puerta se decidiera á guiarnos. Este sujeto mientras más hubiera juntos, menos veces tenía que explicar y el mismo beneficio le reportaba. *La recua de Cook*, paga propina como una sola persona. Los ingleses no tienen que preocuparse de nada. *El pastor de la manada*, paga por todos ellos. Por eso era (lo vine á comprender á la salida) que nuestro *cicerone* explicaba á nuestro grupo con poco entusiasmo oratorio.

La elocuencia de un *cicerone* está en razón directa con el número de *perras* que hay dispuestas á morderle las manos.

Nosotros éramos cinco y *la recua* quince, luego completábamos veinte. La política del *cicerone* había terminado desde el momento en que estuvimos reunidos. Nos alineó de á dos en tres... grupos y partimos.

(1) Cook es un agente que hace viajar en todo el mundo á los ingleses y americanos, por manadas, mediante una cierta suma que cada uno paga. Cook se encarga de todo. Pasturaje, pesebrera y equipaje.

La procesión llevaba el siguiente orden. 1.º *El pastor de la manada Cook*. 2.º Dos grupos de á seis ovejas cada uno. 3.º Otro grupo de á ocho. Nosotros cinco y tres ovejas descarriadas. 4.º *El cicerone*.

— ¡Á la derecha!... nos gritó éste y á la derecha torcimos todos.

Las tres ovejas descarriadas eran dos ingleses y una inglesa. Uno de ellos era indudablemente el marido de la inglesa, porque la trataba con menos política que el otro.

— Aguarden ustedes, dije á los compañeros. Nos vamos á divertir con estos tres. No saben ni entienden palabra de español.

El inglés (marido, al parecer, de la inglesa) llevaba en la cabeza una gorra de viaje y en la cara una nariz, colorada como si le hubieran aplicado una ventosa, cuya nariz montaban con gallardía unos quevedos. El resto de su cara parecía una barriga azotada con horquillas. Un pantalón corto (alias *knickerbockers*) y unos zapatos de subir montañas (como mandados hacer para visitar la Cartuja) completaban su *toilette*. En la mano llevaba un cuaderno de apuntes en cuya página primera estaba escrito en grandes letras : *Monuments of Granada* (1). En seguida venían una serie de patas de gallo pequeñas cuya significación no alcanzaba á distinguir por sobre su hombro, vía por donde descifré el rótulo de los apuntes.

La inglesa llevaba un sombrero de paja (á propósito para aquel día en que había nevado), forma de los de

(1) En castellano : Monumentos de Granada.

hombre. Bajo sus alas se distinguía una manzana roja que hubieran estirado amansándola y á la cual hubieran hecho ojos, nariz y boca á mordiscones.

El otro inglés era alto, seco, pálido, recién salido, al parecer, de una prensa en que lo hubieran repasado entre dos rodillos. Llevaba un traje que le sentaba tanto como una enagua á un general de ejército.

De repente se adelantó el *cicerone*, abrió una puerta con cierta llave que traía en su bolsillo y entramos en una sala limpia de polvo y paja. Las paredes estaban blanqueadas. Al frente había una cruz que por un momento creí de madera, pero á medida que nos acercamos me desengañé. Era pintada. Verdaderamente que su perspectiva era admirable. Silencio absoluto de los circunstantes. *El pastor de la manada Cook* se coloca á un costado de sus ovejas. *El cicerone* avanza hasta colocarse bajo la cruz y luego tomando un aire de gravedad, tosió, metió su llave en el bolsillo y levantando una mano empuñada con excepción hecha del primer dedo, elevó los ojos como pidiendo al Cielo inspiración para su discurso (que sabía de memoria hacía más de quince años) y por fin con voz grave y doctoral, dijo :

— Esta es la sala de cena de los reverendos cartujos. Como ustedes ven, sus paredes están blanqueadas para indicar la inocencia de los pensamientos que deben cruzar la mente de los reverendos que se sientan á comer. Aquel púlpito que hay á la derecha, servía para que un hermano leyera algo devoto y filosófico, durante las colaciones, que no permitiera apartar la atención á cosas mundanas.

Mientras tanto todos los ingleses apuntaban. Sólo los tres de mi grupo permanecían, con el lápiz en suspensión, la boca abierta y la vista fija en el *cicerone*.

— *I d'ont understand a word of what he's saying* (1), le dijo la inglesa á su marido.

— *Never mind; we'll soon catch a word and we'll make up the rest. 'Tis very easy?* (2)

— Esta cruz continuó el *cicerone* es pintada como ustedes vende...s de allí.

— *He's speaking about the cross. He says « vende ».* ¿*What does it mean?* (3) Y sacó un diccionario donde buscó la palabra *Vende* y leyó : *Vende from the verb Vender. To sell* (4). ¡Oh! *They sell the cross* (5), exclamó y apuntó :

« Los españoles venden sus monumentos »
Una magnífica cruz se vende en la Cartuja
de Granada.

— Pero hay tal perfección en su pintura, continuó el *cicerone*, que los más expertos se equivocan. Hay momentos en que ¡lástima grande! esta cruz no queda la misma que ahora.

La *extraña propiedad* de esta cruz *cesa* desde que entra el *sol* por esa *ventana*.

(1) No entiendo palabra de lo que está diciendo.

(2) No importa. Luego pillaremos una palabra y completaremos lo demás. Es muy fácil.

(3) Está hablando de la cruz. Dice *vende* ¿Qué quiere decir

(4) *Vende* del verbo *Vender*. Vender.

(5) ¡Oh! ¡Venden la cruz!

— *The strange thing about this cross is that it was the property of Julius Cesar*, apuntó y después dijo : *It d'ont undersland the rest.*

— *It seems*, contestó la inglesa, *something about the soul of Queen Anna* (1).

— Cómo será lo perfecto de su perspectiva, continuaba el orador, que cuando no entra el sol por la ventana, los pajarillos se equivocan y vienen á pararse allí. No encontrando apoyo se caen al suelo y algunos se matan. Las palomas son las más empeñadas...

Me vino tal tentación de risa con los apuntes del inglés, que no pude ver ni lo que siguió apuntando ni oír lo que siguió diciendo el orador. Volvimos á salir en el mismo orden de entrada, y cuando concluí de reírme me encontré en la Iglesia del Convento. Allí me puse serio. El lugar así lo exigía. La iglesia de la Cartuja es magnífica. Sus puertas (justo es comenzar por donde entré) es una de las cosas que se admira en ella.

De caoba, con incrustaciones de oro, plata, marfil nácar y carey, cada uno de sus batientes se podría colocar en un marco como obra de arte del mejor gusto, del más fino y delicado trabajo.

Una vez dentro de la Iglesia la procesión se disolvió, yendo cada uno por su lado á examinar las curiosidades allí contenidas. ¡Mas valía así! De otra manera con aquellos compañeros ingleses, no había sido posible guardar la seriedad y compostura que exigía lo sagrado del lugar.

(1) Lo extraño de esta cruz es que fué propiedad de Julio César. — No entiendo lo demás. — Parece algo así como el alma de la reina Anna.

Dos sitios de la iglesia son los que atraen más número de personas á visitarlos. Estos son : El Sancta-Sanctorum y la Sacristía. Si riqueza y magnificencia hay en la Iglesia, estos dos recintos la sobrepasan en mucho.

El *Sancta-Sanctorum* es todo de mármol, parte rojo apagado, parte verde oscuro, sacado de los yacimientos que hay en Sierra-Nevada y tallado con el más exquisito esmero. Incalculable es el lujo que en reliquias y en santos contiene este pequeño palacio de Dios. Entre los santos figura un san Bruno, de Alonso Cano, igual al que había visto en el pórtico de entrada, que es una de las obras artísticas con que se llenan la boca los guías.

— ¿ No ha visto usted el san Bruno de la Cartuja?.. Pues... ¿ y qué ha visto usted ? ¡ Si este hombre no conoce Granada, ni sus curiosidades, ni *Cristo que lo fundó!* ¡ Digo!... ¡ No ver á san Bruno! ¿ La gran obra de Alonso Cano ? ¡ Qué hígados ! ¡ Qué hígados ! ¡ Irse de Granada sin ver á san Bruno!...

Y así le largan un discurso de media hora. Á poco más llaman salvaje, indio al que no ha tenido el gusto de encontrarse en presencia del venerable santo de mármol.

Dejando á un lado la broma, la verdad es que estando en Granada y en la Cartuja sería una lástima dejarse perder la ocasión de admirar esta escultura. Hay cierta expresión de humildad y grandeza conjuntamente esculpidas en la actitud de aquel santo varón, con su traje talar y sus cabellos cortados en cerquillo, que denuncia el cincel maestro de Cano, sin dar lugar

á duda. No es posible confundir sus estatuas, siempre de asuntos religiosos, con otras. Ese trozo de mármol inerte tan hábilmente transformado en un monje, de fisonomía suave y de expresión mística, me inspiró veneración.

Acabé de convencerme que todas las cosas entran por la vista. ¡Hasta la devoción!

Junto con abrirse la puerta que daba paso á la sacristía, abrimos la boca de sorpresa. Cuando me hablaron del lujo de la sacristía de la Cartuja pensé:

— ¡Bah! No ha de ser superior al de la de San Agustín de Quillota. Por lo empecinado que soy en aquello de « ver y creer », como santo Tomás, fué que mi sorpresa sobrepasó mis cálculos.

Y fué grande

Al ver que aquella sacristía
De reyes, palacio parecía.

Quedé un momento sin avanzar ni retroceder.

Me daba miedo pisar en aquellos mármoles tan relumbrosos. Temía ensuciarlos.

Al ver que todos *los de Cook* sin parar en más mientes que si estuvieran en un potrero se abalanzaron, pisando el suelo (cosa que me parecía un sacrilegio), no me pude contener, y dirigiéndome al sacristán, un ultra-andaluz, le dije:

— ¿Y cómo deja usted que pisen el suelo? ¡Este suelo!

— ¿Quiere usted que vuelen estos animales? me

dijo. Pues cuando vuelen me lo avisa usted para despedir á los frotadores.

Y se echó á reír. Entonces fué que me decidí á entrar, aunque pisando en la punta de los pies.

No habría andado diez pasos que ya había echado á la espalda mis escrúpulos. Un resbalón en aquel suelo que tanto quería cuidar y que casi me costó desbaliarme la nuca, me curó de todo y decidí pisar fuerte y firme. Si hubiera podido andar con pies y manos, como los chicos de cuatro meses, lo habría hecho.

De cómo el instinto de conservación concluye con los escrúpulos.

¡Y no era sólo el piso! La sacristía toda era de mármol. En la paredes blanco y en los zócalos oscuro.

Los armarios que guardan los ornamentos, algunos tan ricos en bordados de oro y en piedras preciosas que no es posible calcular su valor, están contruídos con las maderas más raras y preciosas, cuyas maderas llevan incrustaciones de oro, plata, concha de perla y carey en la misma forma que las puertas de la iglesia. Miniaturas por célebres artistas adornan de cuando en cuando el cajón de una cómoda, la puerta de un ropero.

Los trechos de pared que el tallado de mármol ha dejado en claro, están ocupados por cuadros.

Allí hay del divino Morales, de Alonso Cano (escultor y pintor), de Murillo y otros.

Estaba observando una pintura, cuando alguien me golpeó en el hombro. Volví la cara y me encontré con mi sacristán ultra-andaluz que me dijo :



— ¿ Es usted, señorito, el que no quería que pisasen el suelo ?

— Yo mismo.

— ¿ Y cómo es que ahora le pisa usted más que nadie ? Hace cinco minutos que todos *esos* se han marchado y usted aún...

— Tiene usted razón, le dije ; pero estaba admirando esta pintura.

— Es soberbia, ¿ *sabosté?*

— Magnífica.

— ¡ *Pus mie usté!*... (1) Más acá hay otra mucho *mejó*.

Y me llevó á ver una que estaba á la entrada, al lado de la puerta.

— Esta es soberbia, me dijo señalando con el dedo. Después de esto se acabó el arte, ¿ *sabosté?*

La pintura era buena, pero no para tanta exageración.

— Pues un americano *mú* rico, *mú* rico, que vino aquí se quiso llevar (y á medida que hablaba iba saliendo puerta afuera) este cuadro, y ofreció doscientos mil reales (2) por él (ya habíamos salido de la sacristía), pero no se lo quisieron vender, ¿ *sabosté?* (Aquí comienza el sacristán á cerrar tranquilamente la puerta) Le *diheron* que por ningún dinero. (Dió una vuelta á la cerradura) Y el americano se marchó á su casa (se mete la llave al bolsillo) por el mismo camino por donde había venido, ¿ *sabosté?*

(1) Modo muy común en Andalucía decir : Pues mire usted.

(2) Cincuenta mil pesetas.

De cómo el ultra-andaluz me sacó de la sacristía sin echarme. De seguro que el cuento del americano era un embuste más gordo que San Pedro de Roma.

Cinco minutos después me junté con los compañeros y salimos por donde entramos. Nos dió paso el *cicerone* que había hecho los honores de entrada y del comedor de la Cartuja en donde estaba la cruz.

— ¿ El señorito recordará que le expliqué la cruz del refectorio ?

La indirecta era muy directa. Se le dió su propina, y mientras salíamos, recordando aquello de *la cruz del refectorio*, dije á un compañero :

— ¿ Sabías tú que el refectorio era una cruz ?

— Para los golosos como tú es recompensa, me contestó.

Me quedé con dos palmos de narices, y desde entonces tengo fama de goloso.

V

El día siguiente á aquel de mi visita á la Cartuja, me recibió tan mal como el primero. Lluvia y tempestades. El sol brillaba sólo á intervalos. Entre dos nubes plomizas dejaba ver su roja y sonriente cara :

— « ¿Cómo han amanecido ustedes? parecía decir. Yo estoy sin novedad y muy divertido con mis compañeras las nubes. Recuerdos á la familia. Hasta otro rato ».

Y desaparecía para volver á burlarse de los pobres mortales, durante dos ó tres minutos.

— « ¿Qué tal? Les hago falta, ¿eh? Pues aguantarse, que hoy no me da la gana de mostrarme mucho ».

Así se llevaba jugando á las escondidas.

Á pesar de día tan revuelto, teníamos la intención, que se llevó á cabo, de visitar el seminario del Sacro Monte, visita para la cual estábamos invitados por un caballero granadino que, como buen español, fué cariñoso y hospitalario hasta donde se podía serlo con nuestra *caravana de chilenos*. No contento con acompañarnos, nos tenía sus propios coches á la puerta.

Partimos, y por una feliz casualidad, me tocó hacerle compañía en su *coupe*.

Comenzaron los caballos con mucho brío, pero luego se les quitó la gana de andar tan apresurados, ó mejor dicho: les quitó esta gana la cuesta, que comenzó á hacerse muy empinada. Á medida que subíamos, el panorama se extendía. Á medio camino ya podíamos divisar el valle de Granada en toda su magnificencia. Á izquierda del camino divisé una larga escalera de piedra, bastante mala, la cual subían de rodillas y rezando una serie de personas.

— Dígame, señor, pregunté. ¿ Qué significa esa escala y esas personas que van subiéndola de rodillas ?

— Le llama la atención á usted, ¿ verdad ? Pues esa escalera la llamamos en Granada el *Vía Crucis*. Allí vienen á hacer penitencia algunas personas, ya para sacar una alma del purgatorio, ya para no entrar ellos después de su muerte. Una vez que concluye la escalera (que tendrá sesenta metros de largo), viene un camino erizado de piedras agudas. Hasta no subir ambas cosas, no se ponen de pie.

— Pues tienen razón de llamar esto el *Vía Crucis*. Se necesita una buena dosis de fanatismo para emprender esta ascensión y evitarse la del Purgatorio. No sé cuál será peor.

— ¿ Ve usted allá, continuó, un camino angosto que termina en un puente, á la orilla de la quebrada ?

— Sí lo veo, contesté.

— Pues ese puente va hasta una gruta, y allí vive un ermitaño.

— Yo creía que el tiempo de los ascetas había pasado hace ya algunos siglos.

— Ha pasado, me dijo, para muchas partes del mundo, pero en Granada hay aún ejemplares, como puede usted constatar. El hombre que vive allí al frente es un asceta.

— ¿De manera que Granada anda siempre en los extremos? ¿Ayer ultramora, y hoy día ultracatólica?

Por fin, llegamos á la cumbre de la colina en que está edificado el seminario. Los compañeros que venían en coche de alquiler con un rocín, mantenido en equilibrio por milagro patente, no llegaban aún. Los demás estábamos todos arriba, sin percance. Pasaron diez minutos. Alarmados, resolvimos mandar un plenipotenciario á saber lo que sucedía. Fuí nombrado, y me puse en marcha á cumplir mi misión. Había andado muy poco, cuando en una vuelta que daba el camino me encontré con el espectáculo trágico-cómico siguiente: Rompía la marcha el cochero con el rocín, completamente extenuado. Lo traía casi arrastrando, y la pobre caballería apenas si podía con sus arneses, cuyos tiros y riendas le colgaban por todas partes y servían para enredársele en las patas traseras, enredo que le valía un azote del cochero cada vez que se llevaba á efecto. Más atrás, venía la *manuela* empujada cuesta arriba por los tres pasajeros. Uno de ellos hacia el oficio de caballería mayor.

Se había introducido entre las varas y allí cruzando por bajo los brazos cada uno de los maderos hacia fuerzas descomunales para hacer rodar la *manuela*.

Los otros dos empujaban desde atrás apoyando sus espaldas en la caja del coche y andando como los canchales, á reculones.

Casi me morí de la risa á la vista de aquella escena.

— En lugar de estarte riendo podías venir á ayudar, dijo uno de ellos.

— Ya falta muy poco, contesté. Por este poco ayudaré.

Y me enganché en las varas, delante del otro de manera que formamos un *tiro tandem*.

Cuando los demás nos vieron aparecer sudorosos, lo primero que dijo uno de ellos :

— Este tiro lo pagaría cincuenta reales. Vale la pena. Sólo la pareja de delante no es muy igual. Hay una caballería más grande que la otra.

Todos reímos de la broma y se procedió á enganchar el rocín en su suplicio después de lo cual entramos á la portería del Seminario y preguntamos por el Superior. Los varones de la comitiva fueron notificados que podían pasar á su cuarto. Las damas debían quedarse en el salón de recibo.

— Porque las mujeres perturban el orden en los seminaristas, decía el lego que transmitió la orden.

Pasamos al cuarto de señor Rector, que es siempre un canónigo. (Esta es condición indispensable para el profesorado y con más razón para la dirección de este Seminario.) Nos encontramos con un caballero de una amabilidad exquisita. Á pesar de su enfermedad que lo tiene postrado, se pone de pie y en términos muy corteses nos invita á sentarnos. Lo imponemos acerca de

nuestro deseo de visitar el Seminario y todas las curiosidades que contiene, á lo cual contesta con una cortesía, tirando al mismo tiempo del cordón de la campanilla. Apareció un lego, moreno, andaluz de tomo y lomo, de mirada viva é inteligente.

— Hermano Mateo, le dijo el Rector. Acompañará usted á estos caballeros y á las señoras que están en el salón de recibo á visitar lo que hay visible del Seminario. (Y luego volviéndose á nosotros.) Entiendo que los dormitorios, comedor, clases y estudios de los alumnos no tienen ningún interés para ustedes. El hermano Mateo les llevará á ver lo curioso que hay, ya que ustedes se empeñan en que vale la pena.

Dimos las gracias y nos contestó que no era despedido, pues á la vuelta de nuestra visita nos esperaba en el salón de recibo.

No habíamos andado diez pasos fuera del cuarto del Rector, que el hermano Mateo, nuestro improvisado *cicerone*, nos dirigió la palabra :

— Si los señoritos son tan amables que... Vuelvo en seguida. Sólo el tiempo necesario para buscar la linterna, alumbrarla y estoy aquí.

Y se fué.

— ¿ Para qué queremos linterna ? pregunté.

— Vamos á bajar á las cuevas de San Cecilio, me dijo uno. Pues si eso es lo que curioso que hay aquí y de ahí le viene el nombre de Sacro-Monte. Hace pocos años se descubrieron en este sitio unas excavaciones, y buscando se encontraron con que eran las cuevas en que los moros habían quemado á san Cecilio, san Leoncio y otros mártires. En estas cuevas los cristia-

nos practicaban su religión á escondidas de los moros. Cuando los moros descubrieron aquello, quemaron después de haberlos degollado á todos los cristianos que encontraron. ¿Te enteras? Ultimamente han transformado estas cuevas en capillas, donde se conservan los cuerpos de algunos de los mártires. Y eso es lo que vamos á visitar. Comprenderás ahora que no vamos á meternos bajo tierra sin llevar luz.

No había concluído de hablar mi compañero cuando apareció el hermano Mateo, más complacido y hablador que nunca.

— Ya me tienen ustedes aquí. ¿Mucho les he hecho esperar? ¿Me he retardado un poco, etc.? Me alegro que no lo hayan encontrado ustedes tanto. Cuando los señores gusten...

Nos pusimos en marcha.

— Diga, hermano, cuando tocan á silencio, ¿qué hace usted?

— Pues, como si no tocaran. Siempre tengo que servir de guía á los visitantes á las cuevas; el Señor Rector cree que soy el hombre á propósito para este oficio. Dice que tengo cierta facilidad de palabra... ¡Aguarde usted! ¡Aguarde usted! Este no es el camino. Se me olvidaba que vamos con señoras y no podemos pasar por el interior del seminario. Pues como iba diciendo...

No le oí más, pero sabía que estaba haciendo abuso de su *facilidad de palabra*. Así me lo indicaban sus gestos.

Llegamos á la entrada de las cuevas. El hermano Mateo se puso al frente de la comitiva con su linterna

en la mano derecha que mantenía lo más alto posible para alumbrar mejor. Así pasamos revista á todas las capillas. Siento decirlo, pero la verdad ante todo. Aquellas capillas han sido decoradas con tan mal gusto como despilfarro. Los colores azul hermoso y rojo vivo van muy mal con el Carnaval, pero con santuarios y relicarios... Creo que se ha hecho con la mejor fe del mundo pero no convienen los colores chillones con la seriedad y sublimidad de la religión. En los altares de las capillas, rodeados de vidrio por los cuatro costados para facilidad de los devotos que desean verlos, están los cuerpos de los Santos. Los esqueletos han sido cubiertos de cera de manera que, imitando el cuerpo humano, no repugnan como otros á la vista. Por fin llegamos á la última de las capillas. El hermano Mateo no cesaba de explicar y repetía dos veces sus explicaciones, por que decía, que ó los de atrás no habían oído ó los de adelante no habían puesto atención. Por angas ó por mangas él hablaba. Alrededor de la última capilla había un pasadizo. En las paredes de él, embutidas y separadas del resto de la roca había dos piedras delante de las cuales se paró el hermano Mateo y dijo:

— Á estas dos piedras se les atribuye una gran virtud. De la primera á la derecha se dice que todo el que la bese se casa, quiera ó no quiera. De la otra cuentan, que besándola, el casado queda viudo y el soltero no se casa. Como puede verse las dos están sumamente gastadas por los besos.

Todos allí éramos solteros. No todos besaron la piedra casamentera. Ninguno besó la que tenía la rara propiedad de dejar cebollón.

— Dígame hermano Mateo, le preguntó uno de los que allí había. ¿Cuál de las dos piedras besa usted?

— Yo, contestó, no beso ninguna. Ambas es inútil. La casamentera porque tengo voto. La que deja cebollón porque sin necesidad de besarla quedaré célibe. Pero si usted se empeña besaré ambas, una después de otra. Así, los efectos se contrarrestan.

Todos deseábamos ya salir al aire libre. Desafío á cualquiera á que una hora después de estar bajo tierra no sienta deseos de encontrarse en el gran día, al aire libre.

Llegamos al salón de recibo y como lo había prometido, allí nos esperaba el canónigo rector. Después de recibir todas las atenciones que un dueño de casa puede hacer á los que le visitan, nos retiramos sumamente agradecidos de tan amable acogida. En la puerta estaba el hermano Mateo.

— ¿Reciben propina los legos en España? pregunté á mi compañero.

— Yo no sé, me contestó, pero puedes probar.

Me acerqué al hermano Mateo y con mucha cortesía le dije :

— Para la manutención del Seminario y de las cuevas de San Cecilio.

Le pasé dos pesetas. Modesta suma para tanta manutención. Comprendió y me dió las gracias.

El coche que había tenido el honor de ser tirado cerro arriba por nosotros, estaba á la puerta. El rocín descansado.

— Como no tengamos que meter la caballería al

coche y tirar á Su Excelencia á domicilio... dijo uno de los que montaba, que era el que había encontrado entre las varas.

— Es de esperar, que siendo en bajada se portará *como gente*, le contesté.

VI

— Una perrica, ¡señorito! Una perrica que no he *comío na* ¡Qué guapo es el *cabayero*! ¿No me da una perrica siquiera? ¡Señorito! ¿Le digo la suerte?.....

Á derecha, á izquierda, por delante y por atrás del coche oíamos la misma canción. Partía de una serie de bocas. Estas bocas eran las de gitanos de todas partes, edades y sexo. Mujeres, hombres, niños y viejas de esta raza nómada se habían agrupado alrededor de nuestros coches y no nos dejaban respirar á pedidos. Todos querían, y á medida que se les daba, aumentaba el número de pedigüeños hasta que impidieron á los coches seguir, so pena de aplastar media docena de aquellos impertinentes.

¡Los gitanos! ¿Y quiénes son los gitanos?

He aquí una pregunta que implica muchas otras y que es bien difícil de contestar.

¿De dónde son los gitanos?

Actualmente : de todas partes y de ninguna. Están en toda Europa y no son europeos.

Los franceses los llaman *Bohemios*, creyéndolos originarios de Bohemia.

Los alemanes los llaman *Zigeuner*.

Los ingleses *Gypsies*, creyéndolos de origen egipcio.

Los suecos y dinamarqueses *Tártaros*.

Los italianos *Zingari*.

Los turcos *Tchingenes*.

Los húngaros *Pharach nepek*, que quiere decir « pueblo de Faraón. »

Los árabes los titulan *Charami*, cuya traducción es ladrón.

Los persas los llaman *Siah-Hindon*, que quiere decir « indios negros. »

Y en español los llamamos *Gitanos*.

Ellos se dan los diversos nombres : Se llaman *Pharaones* pretendiendo venir de Egipto, como lo hicieron creer en Europa, en la Edad Media, inventando la fábula de haber salido de su país en peregrinación para expiar ciertos crímenes, probablemente con el fin de hacerse tolerar. También se llaman *Roma*, plural de *Rom* en gitano el hombre, *Kola* (los negros) y *Sinte*, que recuerda el nombre de la patria que más lógicamente se les atribuye : el Sindy ó las orillas del Indus, en la India.

Los gitanos aparecieron en Europa á principios del siglo xv. Se atribuye esta emigración á las crueldades de Timour-Leuk ó Tamerlán en la India el año 1400. Aparecieron en Valaquia y Moldavia en 1417, en Alemania y en Suiza en 1418, en Francia y en España en 1427. El número de gitanos que hay en el mundo hoy día se calcula entre tres y cuatro millones. Los europeos los han mirado como una raza impura que se ha desterrado voluntariamente. Confirman esto las

costumbres actuales de ella contrarias á la higiene prescrita por las religiones indias.

Por ejemplo : Los gitanos comen carne de animales muertos de enfermedad.

El origen de los gitanos es muy discutido. Sin embargo, su origen indio es el más lógico.

Lo prueba : 1.º, la semejanza de tipo con pueblos del Sindy como los bazígours, los pontchipirios y los correwas; 2.º, la semejanza de lengua con estos mismos países. Á pesar de que la lengua gitana se compone de un gran número de voces, tomadas de lenguas extranjeras como del turco, griego, latín, italiano, valaco, húngaro, alemán etc., conserva ella mucha afinidad sintáctica con las lenguas indias derivadas del sánscrito y del persa. Comparemos algunas palabras gitanas con algunas indias. Tenemos : El sol : en gitano se llama *Cham* y en indio *Kam*. La plata : en gitano es *Rup* y en indio *Ruppa* : El pelo : en gitano *Bal* y en indio *Bal* y así podría citar miles de palabras.

Otros autores pretenden que los gitanos existían mucho antes del siglo xv en Europa. Algunos creen que los *Sigynes* de que habla Heródoto y los *Siginnes* de los historiadores Strabón y Apollonio, son estos gitanos. Pero están en contradicción entre ellos, porque Heródoto y Apollonio los citan como habitando las orillas del Danubio, y Strabón, por el contrario, los coloca en el Cáucaso.

Los autores que sostienen la anterioridad de la irrupción en Europa de los gitanos á la época generalmente fijada, dicen que esta irrupción se vino á notar en el siglo xv, porque las invasiones de los turcos los expul-

saron entonces de Oriente, en donde estaban diseminados.

Lo cierto es que los gitanos están en todo el mundo exceptuando el Nuevo Continente. En la Hungría y en los países eslavos es donde más abundan.

Una serie de orígenes fantásticos se han inventado. Hay quien los hace descendientes de los *Atingants*, heréticos griegos; otros creen que vienen de la antigua provincia de África, llamada *Zengitane*; otros, que son los expulsados por Julián el Apóstata, de Síngara, ciudad de la Mesopotamia; otros toman el nombre alemán de *Tziganes*, por alteración de sarracenos, y consideran á los gitanos descendientes de los adversarios de las cruzadas; otros dicen que los gitanos son los restos de los hunos de Atila.

En un solo punto están de acuerdo todos: en que los gitanos son orientales.

Escritos no se les conoce, pero son aficionados á hacer versos y los improvisan cantando. Como ejemplo citaré el siguiente, sacado del *Diccionario Enciclopédico de Larousse*:

¡Mitidika! ¡mitidika! wién üng quâtsch.
Ba nu, ba nu; n'am toche fatsch.

Cuya traducción :

¡Chiquita! ¡chiquita! ven aquí.
No; nada tengo que hacer ahí.

El gitano no vive en ninguna parte fijamente. El gitano no tiene patria, y sin embargo en Granada, cosa

digna de observarse, los gitanos se han creado un barrio, una población aparte en donde tienen sus viviendas fijas. No como en otros países en que su casa es una carreta con cuatro ruedas, cubierta como el carro de carga de un tren, por cuyo techo sale una chimenea y en cuyo interior está la familia que come, duerme y trabaja en aquel vagón tirado por uno ó dos caballos. Esa es la patria ambulante del gitano. Esa es su ciudad natal, porque probablemente aquel carro perteneció á su padre, en él nació y ha echado al mundo sus hijos el actual propietario.

En aquella carreta viajan por todo el mundo. Se encuentran mal en Francia, se van á España; se marchan á Rusia, y si no han llegado á América es porque su carreta no tiene los elementos de flotación necesarios para poder navegar.

Con los gitanos de Granada no sucede lo mismo. Allí se ha formado, como lo he dicho, una población que si no es muy civilizada, al menos tiene la esperanza de tomar costumbres de gente con el roce de los granadinos.

Muchas novelas se han inventado sobre la ferocidad de esta raza, muchos cuentos en que un gitano mal intencionado se ha robado un niño de buena familia, de padres ricos, acostumbrado á dormir en mullida cama, para enseñarlo á saltimbanqui, para quebrarle los huesos y hacerle fácil las pruebas acrobáticas, para hacerlo dormir á la intemperie, pero todo eso es invención. Yo creo firmemente á un gitano capaz de robarse un buey, un carnero, un saco de patatas para devorarlo tranquilamente en compañía de su *augusta*

esposa y *distinguidos* hijos, como lo haría un cualquiera de otra raza, pero no creo en gitanos ladrones de niños para martirizarlos por el puro gusto de verlos sufrir. Los gitanos no son pillos, los gitanos son pobres y buscan que comer sin reparar en los medios á veces *non sanctos* de procurarse alimento.

En una de las colinas que dan comienzo á la Sierra Nevada, se ven una serie de cuevas que parecen hechas en el cerro por ratones gigantes. Algunas tienen cubierta su entrada por unas cuantas tablas unidas, que giran sobre clavos metidos en anillos de hierro, que figuran una puerta. Entremos en una de estas cuevas. Cegados por la luz del sol no podemos ver nada en aquel callejón oscuro, pero aguardando un momento nos apercibimos que aquello es un pasadizo largo cuya terminación parece ensanchar y estar más alumbrada que la parte en que nos hemos detenido. Avanzamos aún y llegamos á aquel ensanchamiento.

¿Cuál no será nuestra sorpresa al encontrarnos con un cuarto cuadrado (más ó menos se entiende) cuyas paredes están blanqueadas y en cuyo techo una larga claraboya sin vidrio le da luz, ventilación, y es al mismo tiempo conductor del humo que despiden una hoguera colocada en el centro?

Sobre la hoguera hay unas cuantas ollas de barro que despiden vapores denunciadores de algo comestible. Aquello es la cocina. En las cuatro esquinas, cuatro catres desvencijados acusan un dormitorio.

Sillas, una mesa de palo, ordinario y viejo todo, dicen á gritos que aquello es un salón. Unas cuantas suelas de zapatos, unas tiras de cuero y otros utens-

lios demuestran que aquello es un taller de zapatero.

¿Y qué es este cuarto?

Todo, absolutamente todo. Cocina, dormitorio, salón, comedor y taller. Allí vive toda una familia. Es una casa cuyo arquitecto fué el marido, cuyo maestro de obras fué el marido, cuyo albañil fué el marido, cuyo carpintero fué el marido y cuyo propietario es el marido.

¿Quién le puede disputar su vivienda? ¿Quién es el dueño de un pedazo de las entrañas de la tierra? El que se ha hecho un hueco para vivir.

Juntemos doscientas ó trescientas cuevas en las mismas condiciones que ésta y tendremos el barrio gitano de Granada.

Y allí hacen vida independiente del resto de la población, pero necesariamente algún roce tienen que tener con ella. Este roce los civiliza.

¡Vaya si lo necesitan!

Júzguese del salvajismo en que está esta raza por la manera cómo llevan á cabo lo que nosotros llamamos la ceremonia del matrimonio. Para dar comienzo á ella, se reúnen todos los parientes y amigos de los futuros esposos en la cueva del padre de la novia. Forman un corro y en el centro se coloca la pareja, enamorada ó no, que también á pesar de ser tan salvajes, tienen la costumbre tan civilizada de casarse por interés. Todos tienen los ojos fijos en el novio que á la vez contrae y oficia. Tiene un cacharro en la mano derecha y á una señal dada lo tira al suelo. Se rompe en mil pedazos y el novio procede á contarlos. Los

contrayentes quedan casados por tantos años como pedazos se haya hecho el cacharro.

Cuentan (no sé si será verdad) que el novio tira el cacharro lo más suavemente posible para poder remudar fácilmente de esposa y tener vida para romper muchos cacharros en pocos pedazos.

VII

— No, amigo, de ninguna manera. Yo no bajo. ¿Y si doña Juana que estaba loca furiosa se me precipita y sin más dimes ni diretes me larga un palo que me deja los huesos tiernos como una breba madura? No, no estoy para bromas.

— Pero doña Juana muerta y enterrada desde varios siglos atrás, ¿qué te puede hacer?

— ¿Y cómo sabes si el fin del mundo no va á venir cuando estemos allá abajo? Viene la resurrección de los muertos, no alcanzamos á salir, se levanta doña Juana y ¡zás! zás! como en los títeres.

— Confiesa tu miedo á los muertos, será mejor, y deja en paz con esa lógica tan poco lógica.

Entonces por demostrar que no era miedo ó algo parecido dije :

— ¿Yo miedo? ¿Á mí me dices que tengo miedo? ¡á mí! ¿en mi cara? No conoces lo que es mi persona. Pues vas á verlo.

Y tomando más bríos que si se tratara de conquistar el mundo, bajé los escalones. Comenzé á sentir el frío

de la bóveda y no sé si fué por esto que tirité ó por la vista de aquellos cinco ataúdes.

Porque eran cinco los muertos. Fernando el Católico, Isabel, Felipe el Hermoso, doña Juana la Loca y un infante, don Miguel, que se mató corriendo á caballo.

¿Qué muerte para un infante de España ! ¡Morir como un jockey !

Y á todo esto dirán los lectores. ¿ En dónde estamos ? ¿ De qué está hablando este distinguido autorcillo ?

Pues mis queridos amigos. ¿ Quieren ustedes saber dónde estamos ?

En la muy bonita Catedral de Granada, de estilo renacimiento, que consta de cinco naves y de tal número de capillas, que los nombres de la mayoría de ellas se me han olvidado. Como en todas partes ; lo mejor me quedó más grabado en la memoria.

Lo mejor en la Catedral, es la capilla de los Reyes Católicos. De ella y la tumba de estos monarcas y sus hijos, que está en dicha capilla, estaba hablando cuando recordé el olvido que había hecho de deciros dónde estábamos.

Ya que lo sabéis, no molestarme y preparaos á oír cosas... no estupendas.

Había ya bajado el sacristán con una luz que dejaba ver una bóveda baja. Alrededor de ella, unos que parecían bancos de piedra, en donde había tres ataúdes colocados : dos grandes y uno pequeño. El pequeño sabemos que lo ocupa el infante equitador. El de la derecha entrando, contiene los huesos del que fué Felipe el Hermoso. No daría yo actualmente una perra chica por su hermosura. El de la izquierda está relleno

con la reina loca, doña Juana, hija de los Católicos.

Á aquella era á la que temía cuando bajé. Felizmente, pronto me convencí que la pobre estaba metida en tres cajones, uno dentro del otro, como las cajitas de prestidigitación. El más interior es de plomo, el que seguía de madera y el exterior de plomo forrado en acero de Córdoba con grabados.

Es de advertir, que tanto del cuero como de los grabados, se conserva sólo la tradición, pues la materia ha desaparecido muchos años há, gracias á la acción de los elementos que todo lo destruyen: el tiempo y los curiosos. La acción del tiempo no necesito explicarla. La de los curiosos puedo describirla con mucha facilidad, porque pertenezco al gremio. Yo soy de los que quiero verlo todo, y si me preguntan por qué, no podré dar otra razón que la de los niños de tres para abajo: « Porque sí ».

El curioso llega á ver algo de interés. Pongo por caso el ataúd de Fernando el Católico. Comienza por preguntas sosas, cuya respuesta conoce de antemano:

— Dígame, ¿ y éste es un ataúd ?

— Sí, señor.

— ¿ Y aquí está el pobrecito de Fernando el Católico ?

— Sí, señor.

— ¿ Y era católico Fernando el Católico ?

— Sí, señor.

— ¿ Y su mujer también ?

— Sí, señor.

— ¿ Y era casado Fernando ?

— Puesto que tenía mujer...

Mientras pregunta la vela con que se alumbraba la es-

cena, está ceroteando el ataúd y poniéndolo imposible.

— Y dígame... continúa el curioso, ¿aquí está enterrado Fernando el Católico?

— Cuando digo á usted que éste es su ataúd.

— Es que podría ser éste su ataúd y él haberse marchado á enterrar á otro sitio...

— ¡Pues es verdad! contesta el muy bruto del guía. Porque todos los guías son brutos.

— ¿De manera que usted tiene la evidencia que el Rey Católico no se ha movido de aquí dentro?

— Más ó menos...

— ¿Y ésto es cuero?

Al mismo tiempo saca su navaja y corta un pedacito para convencerse.

— De Córdoba, con grabados, contesta el guía.

— Pues es verdad.

¿Valdrá la pena de buscar una botellita de goma para pegarlo? Nó; se pierde mucho tiempo.

Más vale guardárselo tranquilamente en el bolsillo, como recuerdo de su visita á aquel lugar.

— ¿Y esto que queda aquí debajo, es plomo? continúa el curioso.

Se evidencia escarbándolo con el dichoso cuchillito.

— Sí, señor.

— ¿Y quién compró este plomo?

— Pues no conozco el comprador, contesta con toda seriedad el guía.

Mientras tanto, el curioso continua su exploración con el consabido cortaplumas hasta que da en la madera.

— Y dígame... ¿ Esto que sigue, qué es ?

— Madera, señor.

— ¿ Será roble americano ?

— Pues no podré decir á usted...

Si en ese momento no llega otro visitante que pide al guía le explique cómo es que los ratones no se han comido la nariz del infante don Miguel, el curioso deja, sin más auto ni traslado á Fernando el Católico y familia, sin más ropa que la que tenía Adán, señora é hijos.

Ya sabemos cómo trabaja la acción del curioso.

Si digo que á esta tumba la visitan diez personas al día, de las cuales diez, habrá por lo menos, una curiosa, se comprenderá que actualmente á aquellos ataúdes les queda tanto cuero de Córdoba como cuero con facciones les queda á los que están dentro.

Medio á medio de la bóveda había una especie de entarimado de piedra sobre el cual estaban colocados los ataúdes de los Reyes fundadores de la unidad de España.

— Á la izquierda está el rey Fernando, dijo el sacristán, y á la derecha la reina Isabel.

— ¿ No se habrán equivocado ? preguntó uno. Los dos ataúdes son iguales.

En esta duda salimos de la tumba de aquellos reyes. Sobre la bóveda están colocados los monumentos fúnebres.

Uno representa á Fernando é Isabel acostados con las insignias de su majestad ; el otro representa á Felipe y doña Juana en la misma posición que los anteriores. Los cuatro reyes tienen el león de Castilla

á sus pies. Ambos monumentos son de mármol blanco y de mucho mérito artístico.

— Los señores, pueden pasar á la sacristía, dijo el sacristán invitándonos á sus dominios.

— ¿Y qué hay que ver allí? le pregunté.

— *Pús* la mar de *cosah*. Ya verá usted. Sin ir más allá; ¿ve usted ese armario?

— Sí.

— Va usted á decirme, después que lo abra, si no hay que ver en la sacristía.

— E incontinenti, se fué al armario como gato á bofe. Sacó una llave del bolsillo, dió dos vueltas á la cerradura, sistema edad media y... efectivamente, tenía mucho que ver.

— Esta es la espada de campaña de Fernando el Católico, dijo el sacristán, mostrándonos una lámina de acero, bien conservada, con su puño de oro en forma de cruz griega, completamente liso. Esta Virgen y este cofre de plata pertenecieron á Isabel la Católica. En ellos llevaba sus alhajas durante la campaña contra los moros. Del interior de la Virgen, que es *hueco* y del cofre *que lo es también...*

— Cosa más rara, pensé; un cofre hueco.

— ... Sacó las joyas que dió á Colón para llevar á cabo su proyecto de ir á las Indias por otro camino. Esto que hay más abajo, es el altar de campaña de los Reyes Católicos. Estos hábitos sacerdotales y esta capa, pertenecieron al cardenal Mendoza, que acompañaba como capellán á Sus Majestades. Con este altar y estos ornamentos, se dijo la santa misa durante todo el sitio de Granada, y después de la toma de la

ciudad, sirvieron para celebrar en acción de gracias en la sala del « Tribunal de justicia » de la Alhambra. Estos misales, pertenecen al mismo servicio que los ornamentos, y remarquen los señores, que todas las letras mayúsculas con que comienzan las oraciones, son de oro cincelado. Todas las pinturas que en cada hoja se pueden observar, son hechas á mano, porque en aquellos tiempos no había oleografía.

— Qué nueva más estupenda nos está comunicando el bueno del sacristán, soplé al compañero de al lado.

— De seguro, me contestó, que si le presentamos una oleografía y una pintura á mano de aquellos tiempos, no las sabe distinguir. ¿Aun no te convences que el oficio de los guías es hablar por boca de ganso?

— Y con boca de ganso añadí.

— ¿Qué dice el señorito? ¿Había que ver en la sacristía? ¿No es un tesoro este armario?

— ¿Y eso es todo? dije con un tono de desprecio para picarlo á que me mostrara más.

— Aguarde usted. Voy á mostrar á usted algo único en el mundo, que no se ve en ninguna parte.

El que no conozca á Rubicundo Páez, sacristán de la Real Capilla de la Catedral de Granada, su servidor, dijo inflándose cómo un pavo, morirá sin ver la maravilla más grande que se ha visto desde que el mundo es mundo. ¿Ve usted esta mesa? ¿Ésta que tengo en la mano es una llave? ¿Verdad? La mesa es de mármol rojo con vetas blancas; la llave es de hierro.

Pues golpeo la mesa con la llave y vea usted el sonido que da...

Golpeó y aquella mesa de mármol dió un sonido interior, parecido al de una campana de iglesia que llama á muerto. Volvió á golpearla, la golpeé yo y siempre dió el mismo sonido. No era como decía don Rubicundo : « La maravilla más grande que se ha visto desde que el mundo es mundo » pero era cosa curiosa, digna de verse, ó mejor dicho, de oírse.

— Es todo cuanto tenía que mostrar á usted nos dijo, y salió á acompañarnos hasta la puerta de calle.

Allí, haciendo una inclinación profunda á la vista de la moneda de dos pesetas que iba á caerle entre las manos, pronunció las siguientes palabras sacristanales :

— El señorito recordará que en la sacristía de la Capilla de los Reyes Católicos en esta la Catedral de Granada, tiene un amigo y servidor. Rubicundo Páez, su humilde sacristán.

Y repitiendo la misma reverencia, desapareció por la puerta del medio del soberbio templo.

VIII

— ¿Cómo es posible que nos dejen ustedes tan pronto?

— ¡Qué quiere usted don Leopoldo! pero nuestro programa. Figúrese que en abril tenemos que estar en París. Estamos á veintidós de marzo; aun no hemos visto Sevilla y luego una temporadita de Madrid, ver Toledo, el Escorial... Usted comprende que no podemos quedarnos más tiempo.

— ¿De manera que se marchan ustedes mañana?

— Á las nueve, si Dios quiere.

Así hablábamos, la víspera de partir, en el salón del hotel de la Almeda, con nuestro tan cariñoso amigo don Leopoldo Eguílaz.

Á la mañana siguiente estábamos en camino para la capital de Andalucía, centro de lo flamenco y de los toreros buenos. Á las nueve y cinco minutos decíamos adiós á la ciudad de las mil torres.



EN SEVILLA



De Granada al hotel de París. — Aspecto general de la ciudad. — La Catedral. — La torre de la Giralda. — El Alcázar. — La casa de Pilatos. — Una visita al Museo. — De cómo visitamos los principales estudios de pintores sevillanos. — Una exposicion retrospectiva de pinturas. — Lo que es la Cartuja de Sevilla. — El Palacio de San Telmo. — El paseo de las Delicias y la Venta de Eritaña. — Los tres teatros de Sevilla.

1

Hizo su carrera celeste el sol y se escondió. Las estrellas se dejaron ver junto con su mamá la luna (al menos así lo parece cuando se les ve). La noche era muy bonita, pero no se está para romanticismos con diez horas de tren en el cuerpo.

¿Y que me dicen ustedes del movimiento aquél en

todos sentidos que hace girar la cabeza sobre los hombros como molinillo de chocolate, saludando involuntariamente á los viajeros del frente, de los costados y hasta los paisanos que se agrupan á la orilla de la línea para ver pasar el tren?

Si fuera en Europa como en Chile, que los animales pastan al aire libre y se les puede ver desde el vagón, nos habríamos visto obligados á saludarlos con la cabeza, como se saluda á un antiguo compañero de colegio.

¿Es esto para inspirar poesías é ir pensando en la belleza de la luna, en la brillantez de las estrellas, en la habilidad de Hércules para morder á su ama y hacerle saltar la leche hasta formar la *Vía Lactea*, en las constelaciones y todo lo que por allá arriba hay, ó es para ir rabiando contra todos los trenes habidos y por haber, que van bailando el *can-can* sin fijarse en que llevan dentro personas serias y decentes?

Atravesando valles, ríos y túneles, dejando atrás pueblos, aldeas y estaciones, devorando la distancia, caminábamos, y á pesar de la variedad del paisaje, renovado cada pocos minutos, no dejamos de pensar en lo eternos que se hacen algunos viajes.

— Por eso me gusta viajar de noche, decía alguien que iba en el carro. Se acuesta uno en una ciudad y despierta en la otra.

Por fin, allá á las nueve y media de la noche, ¡después de doce horas y pico de tren! ¡Doce horas! el conductor que pasaba por fuera del vagón, sin caerse por milagro de la costumbre, asomó su cabeza por la ventanilla, y con una voz de urraca dijo :

— Vamos á llegar á... (Y aquí cortó la voz el silbato que anunciaba la llegada).

Iban á cumplirse nuestros deseos de llegar á la tierra de María Santísima y de Poncio Pilatos (1), al centro de lo andaluz, á la tierra de don Juan Tenorio, á orillas del río en que se ahogó don Rodrigo, á la ciudad de la Giralda, de la Torre del Oro (que no tiene nada de este metal) y del puente de Triana.

— ¿Aquí es donde están las cigarreras bonitas? preguntó un viajero mientras paraba el tren.

— Así dicen, le contesté.

— Pues si son bonitas las cigarreras, han de andar muy malos los cigarros, dijo filosóficamente mi interlocutor, y mientras terminaba de hablar, dió la máquina aquel suspiro de cada vez que se detiene y... ¡Estábamos en Sevilla!

Multitud de calles atravesamos que hacían notar inmediatamente la superioridad de esta ciudad á las otras de Andalucía. Verdad es que ésta tiene tanta población como Málaga y Granada juntas. Málaga tiene una población de ciento veinte mil habitantes, Granada ochenta mil y Sevilla doscientos mil. Bien alumbrada y bien pavimentada Sevilla gusta, y es simpática al primer golpe de vista. Aquella noche estaban llenas de gente y de animación sus calles.

— Dígame, pregunté al cochero que nos llevaba. ¿Siempre está Sevilla tan animada?

— En los meses de primavera, sí, señorito. En el

(1) Según dicen, Poncio Pilatos era español. Hay quien afirma que era sevillano. Al menos casa tiene aquí.

verano y en el invierno no hay mucha gente. Vienen para la Semana Santa, se quedan para la Feria y luego se marchan, porque comienza á hacer un calor que se derrite el fierro al sol.

Este es andaluz de tomo y lomo, pensé yo.

— ¿De manera que esta especie de torre de fierro que hay aquí se va á derretir? le pregunté mostrándole una construcción que más adelante supe era una pasarela para evitar que la gente fuera atropellada por los coches durante la Feria.

— Como manteca que se pone al fuego, me contestó, tan tranquilo como si hablara con la misma veracidad de la Biblia.

— ¿Y que calor hace aquí en el verano?

— De ochenta á noventa grados, á la sombra, me dijo con toda sangre fría.

— ¡Que barbaridad! no pude menos de exclamar.

— ¡Cosas de andaluz! dijo el compañero de coche. Reduce á la mitad y esa será exactamente la temperatura del verano en Sevilla.

Á todo esto el coche llegó á la Plaza del Pacífico y allí estaba el Hotel de París con su conserje esperándonos á la puerta. Nos bajamos, y lo primero que me llamó la atención, no sé por qué, fué un caballero de barba blanca, melena blanca y gafas que se paseaba para arriba y para abajo por el patio de mármol.

— ¿Quién es ese señor? pregunté al conserje.

— Ese, me dijo, es el gran compositor francés, el señor Saint-Saëns.

No me había equivocado, murmuré. Creí que era algún músico ó literato por su aspecto.

Toda aquella noche, lo poco que los mosquitos me dejaron dormir, soñé que estaba tocando *le Cygne* en mi violoncelo (1).

(1) Del *Carnaval des animaux*, por Saint-Saëns.

II

He aquí una ciudad bien curiosa, pensé al salir al día siguiente á dar una vuelta por aquellas calles.

¿Es esto moderno, antiguo, estilo árabe, renacimiento ó gótico?

No; esto es Sevilla, original, única en su especie, que no se parece á nada ni se le parece nada.

Todo en ella es original: sus casas, sus paseos, sus plazas, sus habitantes.

Sevilla se compone de una serie de calles más bien estrechas que anchas, habiendo sólo en el centro de la ciudad calles en que puedan caber dos coches uno al lado de otro. La misma de las Sierpes, centro del mejor comercio, punto de reunión á todas horas del día y de la noche de los habitantes tanto ricos como pobres de la ciudad, no puede ser transitada sino por la gente. Los coches, tranvías, etc., llegan sólo á las embocaduras de ella, por un extremo con la plaza de San Francisco y por el otro con la Campana.

¡La Campana! ¿Y creen ustedes que allí hay algo que se parezca á una campana?

La Campana es una calle muy corta, que hace cruz

con la calle de las Sierpes, que está llena de cafés, dulcerías, tiendas pequeñas y por donde tienen que pasar en Semana Santa todas las procesiones que se dirigen á la plaza de San Francisco. Esto es lo que se llama en Sevilla « la Campana ».

Preguntando un día á un sevillano muy bromista por qué llamaban á aquélla « la Campana », me contestó:

— Será porque hay muchísimo ruido de copas en los cafés que hay allí.

— Muy enterado quedo.

— Pues, contentarse, hijo... ¿Por qué le pusieron á usted Agustín?

— Porque así se llama mi padre.

— Pues ésta, que no tenía padre que se llamase Agustín, le pusieron Campana. Eso es.

Una de las cosas más curiosas que tiene Sevilla es su calle de las Sierpes.

Allí se reúnen los cómicos á charlar y discutir sus asuntos escénicos, domésticos y amorosos. Una vez que pasé por delante de uno de estos grupos oí que decían:

— Te digo que no haré el papel *de inglés* (1).

— Que tendrás que hacerlo.

— ¡Cuando te digo que no lo haré!

— ¿Y á qué tanta resistencia? ¡Hombre, *por Dió!*

— ¿Tú crees que Celestino Pérez va á hacer el papel de *inglés*, cuando les tiene horror á los *ingleses*?

Ayer, no más, me andaban persiguiendo una media

(1) Llaman *ingleses* en España á los acreedores.



docena, y voy á meterme perseguidor de mí mismo . . .

— Pero, hombre, si en las tablas todo es ficción, le contestó el otro con acento catedrático.

— ¿Y qué me cuentas con eso? Pero te digo, *por la vía e mi mare*, que si me veo al espejo de *ingle*, me fastidia tanto *el inglés*... del espejo, que le doy una tunda...

— Bueno, ¿y qué?

— Que aumentan *mis ingleses* con el empresario, que me hace pagar la descalabratura del espejo. ¿Te enteras?

— ¡Calla! pues es verdad.

.

Allí se pasean los toreros con contrata, y los sin ella forman corrillos esperando que algún empresario compasivo se acerque á ofrecerles tres mil pesetas por corrida. Porque ellos no salen á la plaza por menos. Y lo dicen en voz alta :

— Pues si á mí no me dan las *tre mi peseta* que he *pedido* no toreo ni hago *ná*. ¿Si el *bicho* me *cohe* y me da un arañazo? *Er bruto* del empresario no da *comía* á la familia.

Al poco rato se acerca un empresario á uno de éstos que no torear por menos de tres mil pesetas y les ofrece contratarlos por ocho corridas á razón de cien pesetas por la serie. Se dan por muy felices bendiciendo á *aquer bruto* del empresario como lo calificaban cinco minutos antes.

.

Allí las floristas, con sus mantones, sus claveles en la cabeza y su canasta llena de flores al brazo, detienen

á los transeúntes para dirigirles cumplidos con segunda intención. Esto es muy común entre las vendedoras andaluzas:

— *Cabayero*, ¿un clavel? (poniéndoselo al transeúnte en el ojal) ¡Qué bien le va! ¡Si parece un príncipe!... ¿Cómo? ¿No lo toma usted? ¡Un clavel de Sevilla! *Cabayero*, ¡ay! qué guapo es... etc., etc.

Pero cuando se rehusa firmemente á comprar el tal clavel, ¡libre Dios á señoras de estar por ahí cerca! Parece imposible que una mujer pueda decir una tan gran sarta de palabras soeces. Desde ese momento el *cabayero* ni es guapo ni es *ná*, y es... todo.

.....

Allí los señores graves se pasean; los concejales con sombrero de pelo, los alcaldes, tenientes alcaldes, inspectores de policía, etc... añaden al sombrero alto un bastón con borla de oro. Allí se discute la política local y general de España. Allí deshacen y hacen (con la boca se entiende) del equilibrio europeo y de todos los equilibrios habidos y por haber. Allí Cánovas, Sagasta, Castelar y Montero Ríos, quedan unos *nenes* con sus ideas políticas y de progreso al lado de las ideas que ellos (los paseantes de la calle de las Sierpes) emiten como si tal cosa. Martínez Campos, Weyler, López Domínguez y todos los capitanes generales de este mundo y del otro no sabrán jamás lo que es táctica militar, no conocerán nunca el secreto de la victoria, mientras no se consulten y reciban lecciones de ellos (los paseantes tácticos de la calle de las Sierpes). La reina María Cristina y todas las reinas del universo no saben lo que es monarquía ni lo sabrán jamás mientras no se lo pregunten á

ellos (los paseantes estadistas de la calle de las Sierpes). Muchos de ellos probablemente confundirán á los monarquistas con los anarquistas. Ambos terminan en *narquistas*. Todo anda malo mientras ellos no tomen las riendas del gobierno, y si no critican á Alfonso XIII es porque está aún demasiado tierno para sacarle el cuero.

.

Otros señores están en las grandes vidrieras de los Círculos, que dan sobre la calle. Allí cigarro en boca, delante de unas mesitas en donde hay vasos de manzanilla ó de anisado con agua, pasan en revista á todos los transeúntes, y dudo mucho que se escape alguno sin recibir su poco de crítica. Cuando pasaba por delante de estas grandes ventanas, se me figuraba ver una enorme pecera, con pescados que no están quietos ni un momento.

Porque el movimiento es grande y entran, salen, conversan, se ríen, gesticulan, beben, critican, y el personal que siempre obra lo mismo, se va renovando. La calle de las Sierpes es una verdadera carrera de baqueta, porque á ambos lados hay de estas vidrieras; de manera, que si uno se libra de la crítica al pasar frente al « Ateneo », no se libra al pasar por el « Círculo de Labradores » ú otros cafés que tienen las mismas peceras.

Continuemos nuestra revista de los paseantes de la calle de las Sierpes:

Esos muchachos que van ahí, ¿ qué hacen ? Dirigen chicoleos, miradas picantes, maliciosas y provocativas á las muchachas. Ahora es una bonita. ¡ Cómo ! ¿ También echan piropos á las feas ?

— Nosotros, los sevillanos, me decía un habitante de esta dichosa tierra en donde la alegría es familiar y la tristeza no se conoce, no nos fijamos en que sean guapas ó feas. Basta que sean *muhéres*. Donde vemos faldas, nos entusiasmos, y si viniera el Pontífice Romano con todos los cardenales, arzobispos, obispos, canónigos y curas á decirnos que no galanteáramos, le haríamos tanto caso como el sol nos haría á nosotros si le *dihéramos* que se parara.

.....
¿ Qué más se ve en la calle de las Sierpes ?

¡ Qué memoria la mía ! Me olvidaba lo principal, el punto culminante, lo que ha dado el giro que tiene al mundo. Porque, sin la mujer, ¿ habríamos salido alguna vez del Paraíso ? Sin ella, ¿ andaríamos ahora con levita y pantalones, ó andaríamos allá, en aquellos jardines teniendo por toda *toilette* la consabida hojita de parra ? Las mujeres que pasan por la calle de las Sierpes son innumerables. Todas con sus mantillas negras y su gracioso andar.

¡ Su gracioso andar ! He aquí un punto digno de tratarse. Pregunto yo á los que hayan estado en Andalucía, si han visto en el mundo más gracia para andar que la que tienen las andaluzas.

Y para concluir con la calle de las Sierpes, diré : que ninguna calle en el mundo he visto que tenga el sello de originalidad, el tipo característico que tiene ésta.

.....
De las plazas de Sevilla se puede decir que todas son originales. Á mí las que más me gustaron fueron las de San Fernando y del Duque de la Victoria. La plaza

de San Francisco, que es donde está situado el Ayuntamiento, edificio magnífico, de estilo renacimiento, es muy grande y todo lo que se quiera; pero la falta de árboles, de fuentes, de adornos, la hacen verse como una gran pampa en que hubieran amontonado tranvías, coches, gente, etc. Mucho movimiento, poca animación, explica claramente las impresiones que me produjo esta plaza. Por el contrario, la plaza de San Fernando, á donde da el otro frente del Ayuntamiento, es una de las más bonitas que he visto. Toda plantada de palmas, con jardines, iluminación de luz eléctrica, simétricamente cuadrada y rodeada de edificios espléndidos. La plaza de San Fernando, para poderla apreciar, hay que verla de noche, iluminada con sus luces de arco. Entonces es cuando creo difícil que cualquiera me encuentre una plaza más pintoresca.

— ¿Por qué han puesto á esta plaza el nombre de San Fernando? pregunté á uno que estaba allí.

— Porque el patrono de Sevilla es ese santo, me dijo.

Entonces vine á caer en el por qué de la repetición de aquel nombre para tantas cosas en esta ciudad.

La plaza del Duque de la Victoria es también muy hermosa. Tiene cierta semejanza con la de San Fernando, siendo superior esta última. En ella está situado el círculo más aristocrático y el teatro más popular. El « Casino Sevillano » y el « Teatro del Duque ». Con este motivo la plaza tiene mucho movimiento durante la noche.

Á la plaza del Pacífico harían muy bien en cambiarla de nombre; en primer lugar, porque el mar Pacífico

es el más grande que hay en el mundo, y la plaza ésta es la más chica de Sevilla; en segundo término: de lo que menos tiene esta plaza es de pacífica. Estando situados en ella los mejores y más grandes hoteles con sus respectivas sucursales, es un entrar y salir de ómnibus, coches, carretones de equipaje de los viajeros que llegan, etc., que por lo muy pequeña que es, forman una algazara y unos enredos de vehículos que aturden; sobre todo, en primavera, cuando la afluencia de forasteros es enorme.

Puede calcularse la cantidad de gente que va á la Semana Santa, feria y corridas de toros, por este solo dato:

No hay hotel aquí que no tenga una sucursal, en donde aloja el exceso de viajeros, y, á pesar de esto, tienen que alojar á algunos en los salones, porque las piezas no alcanzan.

— El aspecto de Sevilla es uno de los más originales y característicos, me decía un amigo antes de venir aquí.

Y, efectivamente, tenía razón.

¿Cómo puede compararse el aspecto de esta ciudad con el de esas capitales europeas, en que todas las calles son tiradas á cordel y todas las casas tan iguales, que sucede con frecuencia, por no fijarse en el número, que se introduce uno en la vivienda del vecino, cayendo en cuenta de su error al encontrarse en su dormitorio con caras desconocidas?

Para el americano del sur que ve en su país en una calle, todos los estilos habidos y no habidos, que también se suele inventar, Sevilla no ofrece tanta novedad.

como al americano del norte, al inglés, al alemán ó al francés.

Pero á pesar de todo la encontré original. Probablemente sería, que después de un año de ausencia de América no tenía bastante presente en la memoria el aspecto de aquellas calles para poder compararlo con éstas.

Todas las casas son en general muy bajas. La mayoría de dos pisos, abundando las de uno, raras las de tres y contadas las de cuatro. Generalmente todas ellas están pintadas de colores claros, la puerta de calle es muy ancha y permite ver el interior del vestíbulo que es siempre un patio de mármol con fuente en el centro, plantas y macetas á los alrededores, sillones de paja por todas partes, en cuyos asientos se suele divisar alguna andaluza, bordando, leyendo ó trabajando con los ojos en un oficio muy común en Andalucía. El de hacer el oso, ó sea lo que los chilenos llamamos *pololeo*, los peruanos *piquineo* y los ingleses *flirt*. ¿Está bien explicado?

Á los balcones de estas casas no falta nunca una hilera de macetas, ya con plantas de claveles (que se dan preciosos) ya de rosas, ya de enredaderas, que dan á los frentes de las casas el aspecto de un jardín... vertical. Si á esto agregamos una bonita cabeza de sevillana que con mantilla se asoma por uno de los balcones, tendremos el jardín completo.

Los sevillanos están obligados á buscar todos los medios posibles de combatir el calor. Por eso adornan de muchas plantas el frente de sus casas y de mucho mármol el interior.

(Se recordarán los ochenta á noventa grados á la sombra del cochero andaluz.)

Bonito, encantado efecto hace, pasar por las estrechas calles, hechas á propósito para el calor y divisar á derecha é izquierda los interiores de las casas, inundados de luz, de claridad y de alegría. Porque, la verdad sea dicha, nada conozco que alegré más un lugar que las flores y las plantas. Si las ponemos sobre un suelo blanco, entre blancas paredes, y hacemos cruzar multitud de chorros de agua que se eleven de un surtidor para caer en mil y mil gotas, turbando la limpidez y tranquilidad del agua de la fuente, esas flores y esas plantas doblarán de encanto, se verán más frescas, más lozanas, más hermosas.

Eso es lo que pasa en los patios de estas casas, y por eso dije que era bonito, encantador el efecto que hace mirarlos al pasar por las estrechas calles de la población.

Y díganme ahora los lectores: ¿se parece esto á algo que hayan visto, á algunas de esas ciudades en que por todo interior de casa se ve un pasadizo oscuro en que resalta la cara patilluda del conserje rigurosamente vestido de oscuro?

Qué se prefiere como paisaje, ¿la cara de un conserje, que por lo general no es bonita ó un patio de mármol, con fuente, plantas y flores?

Si me pusiera á comparar punto por punto el aspecto de Sevilla con el de cada una de las ciudades de Europa, no encontraría más paridad que la que ambas son habitadas por mortales.

III

¿Cuál es el mejor monumento artístico con que Sevilla cuenta?

Indudablemente que todos son muy buenos, pero á la altura de la Catedral no llega ninguno.

Es magnífica.

Hay algunos, cosa que me parece un tanto exagerada, que la comparan con San Pedro de Roma.

El edificio es de estilo gótico, tiene reminiscencias del carácter romano. Pertenece al estilo árabe aunque no en su totalidad, la torre de la Giralda, que es torre de la Catedral.

Esto, según los entendidos, que si á mí me preguntaran sobre estilos, tendría que dar por toda respuesta aquella del catecismo de don Gaspar Astete :

« Doctores tiene *el estilo* que os sabrán responder », ó la más generalizada que no está en ningún catecismo, pero en todas las bocas :

« Vaya usted con su música á otra parte ».

Pero entendiendo, no es imposible dejar de admirar aquel edificio en toda su magnificencia.

¿Cómo puede uno quedarse impasible al ver aquellos

finísimos arcos, verdadera filigrana de piedra, que se cree poder hacer saltar con el dedo meñique, y que sin embargo sostienen en equilibrio murallas, minaretes y columnas; aquella infinidad de estatuas talladas en la piedra, esculpidas por grandes artistas cada una, una maravilla; aquellas ojivas, aquellas finas barandillas que coronan los muros de este hermosísimo templo de la cristiandad?

Y si esto es lo que veo por fuera, si esto es lo que admiro sin entrar, ¿cuál no será mi sorpresa al ver su interior?

No es posible dejar de admirar aquella catedral. Si estuviera situada como Nuestra Señora de Lourdes, sobre un montículo, y tuviera alrededor suficiente espacio para admirarla, tal vez entonces se podría decir lo que encontraba exagerado:

« Esta catedral no desdice mucho de San Pedro de Roma », pero embutida entre calles angostas y teniendo por toda elevación ocho ó diez gradas de una escalinata, no es posible poder apreciar su magnificencia.

— ¿Qué haces ahí de pie como un estafermo? (1) me dijo el que venía conmigo á visitar el templo.

— Estaba admirando, contesté, y pensando en la falta que hace á la catedral tener una plazoleta alrededor.

— Más falta te va á parecer que le hace el que concluyen la reparación de la nave del centro.

(1) Aquí debo advertir que no me acuerdo si me lo dijo en estos términos exactamente ó en otros. Por lo menos el « estafermo » queda dudoso.

— ¡Cómo! ¿La nave del centro está en reparación?

— Desde el año 1882. Hace catorce años.

— ¿Y por qué se demoran tanto?

— Voluntad sobra, pero capital falta; es la primera razón. Y te daré otra no menos poderosa:

La pobre nave y las columnitas tan pequeñas (vas á juzgarlas) estaban en un estado de ruina declarado, y en aquel año, sin avisar á nadie, resolvieron acostarse después de estar de pie durante tantos años. Felizmente, al poner la cabeza en la almohada, no había nadie por allí cerca y no tuvimos que lamentar ninguna descalabradura.

— ¿De manera que no vamos á poder ver la nave central?

— No, porque el paso está destruído por las piedras que se emplean en reparar y las que han caído para ser reparadas.

— ¡Qué lástima!

— ¡Y vaya si es lástima! Figúrate que el retablo del altar mayor es una maravilla. Todo tallado de madera con las estatuas de una infinidad de santos. El coro que te habría gustado muchísimo, la verja de hierro cincelado y... la mar de cosas (1).

— Mejor, no me hables desde que no podré ver...

— Pero no te aflijas, que te queda buen número de cosas. Y por naves no ha de quedar. Pues, ¿no son cinco?

— ¿De manera que veré cuatro?

(1) Frase muy común en Andalucía.

— Sin contar el número de capillas, de cuadros y los anexos de la catedral.

Á todo esto habíamos entrado á la iglesia. Los techos tenían tal altura que se perdían en la media claridad que reinaba. ¡Qué imponente espectáculo el de aquel enorme palacio de Dios con sus colosales columnas de piedra, sumido en la vaga oscuridad de luces rojas, azules, amarillas y blancas dadas por las magníficas ventanas cuyos dibujos se deben á Ticiano, Rafael y Miguel Ángel! ¡Aquellas cuarenta capillas que encierran en su pequeño espacio tantas riquezas como tienen otras catedrales!

— ¡Esto es magnífico! exclamé.

Y como el náufrago en medio del Océano que no sabe hacia qué lado nadar, no sabía yo tampoco por donde comenzar.

¿Que hay primero, allí, donde todo es primero? Si no hubiera sido por la buena ocurrencia mía de hacerme acompañar por un amigo sevillano que había conocido en Eaux-Bonnes (Pirineos bajos) me habria quedado allí, un buen rato, perdiendo tiempo precioso, sin saber á qué lado acudir. Él fué quien me sacó de apuros.

— Camina, me dijo, que por alguna parte se empieza. No hay que ahogarse en una taza de leche.

— Pero si esto no es una taza, sino una lechería completa. ¡Y qué lechería!

— Aquí, me dijo, hay una capilla que vale más que todas las otras juntas. Á ella vámos.

— ¿Sería indiscreto preguntarte dónde está?

— Pues mira, justamente detrás del altar mayor.

— ¿Y se llama?

— La Capilla de los Reyes. Está separada del resto de la Catedral, por tres gradas y una reja de hierro.

¡Qué hermosa es la reja aquella, de caprichosos dibujos, coronada por las estatuas de san Fernando y Axataí, éste último entregando al primero las llaves de la ciudad de Sevilla.

Un gran pintor español, don Francisco de Pradilla, inmortalizó en un cuadro la escena de « Boabdil entregando á Fernando el Católico las llaves de Granada ».

Un gran escultor coronó esta magnífica reja inmortalizando igual escena. Sólo cambió la llave de Granada por la de Sevilla, el moro granadino por el moro sevillano, el rey católico por el rey santo.

Porque han de saber ustedes que á los Fernandos cupo en suerte recuperar las ciudades de Andalucía que estaban en poder de los moros. El rey Fernando el Católico recuperó á Granada. El rey Fernando el Santo recuperó á Sevilla.

Entremos á la Capilla. Á derecha é izquierda nos encontramos con un ataúd metido en un nicho abierto. Los cubre un paño, cuyos bordados de oro no permiten ver su color. Los muertos deben ser reyes ó de casta de tales, porque en cada esquina están bordadas las armas reales y una corona de monarca.

— ¿Quiénes son los enterrados allí? pregunté al amigo que me acompañaba con tanta amabilidad, procurándome, por primera vez en Europa, la satisfacción de no tratar con los imbéciles de *cicerones*.

— Son, me contestó, los reyes Alfonso X y su esposa la reina doña Beatriz.

Alrededor de la capilla había doce estatuas que según me indicó el mismo amigo, representaban las personalidades de doce reyes cristianos anteriores á Jesucristo.

Tiene tres altares : uno mayor y dos á los lados.

Demasiado se sabe lo que es un altar, pero cuando tiene otras curiosidades que las propias de tal, es digno de ser tratado con más detención. Los altares laterales nada tenían de curioso.

El mayor, mucho.

Ante todo sobresalía una estatua de la Virgen, que me dijeron era la Virgen de los Reyes. La estatua era de madera y no me hubiera llamado la atención si no hubiera sido por el lujo de que estaba rodeada.

Un palió de oro y plata macizos, le servía de techumbre, y en el centro de este palió está engastada la esmeralda más grande del mundo. Su valor no baja, según se me dijo, de dos millones de pesetas, suma enorme, para ser cuidada por un sacristán.

Verdad es que está bien asegurada. Cada vez que por algún motivo se cambia de sacristán viene un notario y un joyero. El joyero reconoce que la esmeralda es siempre la misma, y que no ha sido substituída por un vidrio verde. El notario extiende una escritura por la cual se entrega la esmeralda al nuevo guardián bajo la responsabilidad de éste por pérdida, daños y perjuicios.

— Y dígame, pregunté á aquél. ¿ Muchos sustos pasa usted con esta dichosa alhajita?

— Algunos, me dijo. Suele suceder que sueño que se la han robado y despierto con sobresaltos.

— ¡Pues debe ser muy divertido!

— ¡Ojalá fuera la esmeralda solo! Tengo que responder por muchas otras joyas que se pueden llevar con mucha más facilidad. Los collares de perlas y de oro, los anillos de rubíes, de brillantes, de zafiros que tiene puestos la Virgen. Pues de todo eso también respondo.

— ¿Y de noche, qué hace usted?

— Dejo un sustituto que me responde á su turno de la seguridad durante la noche.

— Bajaremos abajo, me dijo mi amigo.

— ¿Qué es eso, abajo?

— ¿No sabes que debajo de este altar hay una bóveda?

— Por lo visto, en todas las capillas reales de España hay bóveda, observé.

— Y hay mucho que ver en ésta. Aquí están los restos de don Pedro el Cruel, del infante don Fadrique, de Alfonso XI y otros.

— Pero entonces... ¿todo es igual? En la capilla real de Granada me mostraron una bóveda; en la bóveda había reyes é infantes muertos. Vengo á Sevilla, entro á la Catedral, me salen con otra Real Capilla, que tiene otra bóveda, que tiene otros reyes y otro infante muerto!...

— ¡Qué quieres! Irás á otras partes y siempre tendrás que ver lo mismo. Todas las Catedrales se parecen. Pero en la bóveda de ésta hay algo más que los muertos. Está el altar portátil, la Virgen de marfil, el pendón y la espada de campaña del Rey Santo.

— ¡Mejor que mejor! Sólo faltan los ornamentos y misales del cardenal Mendoza.

— ¿Qué dices?

— Digo que lo mismo vi en la sacristía de la Capilla Real en Granada. El altar portátil, la Virgen no de marfil, pero era de plata, el pendón y la espada de campaña del Rey Católico.

— Aquí es del Rey Santo y en otra Catedral será del Rey Arcángel.

— ¡Qué quieres! volvió á decirme. ¡Todas las Catedrales son iguales!

— ¿No me niegas que viendo una Catedral se ven todas?

— Absolutamente.

Salimos de la bóveda en este común acuerdo, mientras el sacristán decía á los visitantes que habían quedado dentro :

— Bien puede gloriarse Sevilla de tener por patrono un gran Santo, un gran Rey y un gran guerrero en una misma persona.

El sepulcro de este triple personaje es el mayor atractivo de la Capilla Real. La mayoría de los viajeros sólo consiguen ver el exterior sin poder dar satisfacción á la curiosidad de ver el cuerpo incorrupto, *secundum sacristanem*, del Santo.

El sepulcro es una urna de plata del largo de un ataúd ordinario, tres veces su alto, con incrustaciones y riquísimos relieves del mismo metal. La coronan algunas figuras caprichosas de oro macizo con piedras preciosas.

Esto es lo que, generalmente, ve todo el mundo,

pero nosotros, gracias á la amabilidad de don Enrique de Leguina, gobernador de la Provincia, pudimos penetrar más en los misterios de la urna y ojeamos el cadáver del Santo.

El sacristán nos había dicho que se conservaba intacto, pero bien diferente cosa era en realidad. Es preciso tener una fe muy ciega para verlo así.

De la cabeza, puedo decir, que en el cráneo, pegados al hueso como con goma, había unas cerdas, indudablemente restos de pelo. En lugar de ojos dos cavidades; partículas de carne, secas como *charqui*, colgaban de las órbitas. Cejas, nada, y en la frente, hueso limpio y puro de polvo y paja, de color cartón ordinario. La nariz había desaparecido totalmente; sólo los nasales y la concha que separa las dos cavidades se mostraban en vergonzosa desnudez. Debajo de estos huesos se observaban otras cerdas, restos de bigote. En seguida venía una cavidad más grande de cuya oscuridad salían unos huesos amarillos y puntiagudos. Eran los dientes. De debajo de esta caverna y de las que fueron en un tiempo las mejillas, se desprendían unos pelos, color castaño claro que eran indudablemente los mejor conservados. Las manos en esqueleto y los dedos parecían barquillos triturados. De los pies es mejor no hablar. Resaltaban más la fealdad de aquel cuerpo unos vestidos de raso llenos de bordados de oro.

No sabría explicar el por qué, pero basta adornar mucho una cosa fea para que la notemos más horrible.

Un vidrio rodeaba el cuerpo de manera que el olor

no se percibía. No creo que hubiera tampoco, puesto que hace siglos que murió.

¡ Reyes! ¡ Santos! ¡ todos se pudren! pensé al salir de allí.

— ¿ Y ahora, qué vamos á ver?

— Si me pongo á mostrarte las cuarenta capillas de la Catedral, no concluimos hoy, mañana, ni pasado. Lo mejor será que te guíes por lo que te digo. Ve sólo aquello que tiene más interés.

— Seguiré tu consejo.

— Pues entonces vamos á la Capilla del Baptisterio.

La Capilla del Baptisterio está separada del resto de la Catedral por una reja de hierro, muy inferior bajo el punto de vista artístico á la de la Capilla Real.

Dos altares tiene. En uno de ellos está colocado el famoso cuadro « San Antonio » de Murillo.

— ¿ Ves ese remendado que tiene la figura del Santo, que toma toda una esquina del cuadro?

— Sí.

— Pues esa parte fué cortada con cuchillo el año 1874 por un americano del norte que se la llevó á su país. Nunca se supo el nombre del ladrón, pero para felicidad del arte se encontró el pedazo de lienzo en una casa de Agencia en New-York. Cuatro meses después volvía san Antonio á su sitio después de aquella peregrinación al país del Uncle Sam, hecha tan poco á su gusto. Felizmente se encontró un buen artista que hizo la restauración con espléndido resultado; este artista fué Martínez Cubells.

— ¡ Más vale que haya sido el pedazo de cuadro! ¿ Y si se le ocurre á aquel endiablado llevarse la esmeralda?...



¡Pobre sacristán! ¿Y ahora dónde vamos? Estoy enteramente confiado á tu discreción.

— Pues entonces á la Sala Capitular.

Y á la sala Capitular fuimos. De forma elíptica, de piedra tallada, así mismo que los asientos del derredor, esta sala está decorada con exquisito gusto. La parte de pintura es de mano de Murillo. (Por el hilo se saca la madeja.)

Allí están sus más famosos cuadros. La Concepción, los retratos de san Fernando, de santa Justa, santa Rufina y otros.

Á pesar de ser la misión eclesiástica misión de paz, en aquella sala, segun dijo el sacristán, había habido últimamente recios debates entre los canónigos.

— ¡Gracias á Dios! añadió, que ahora ha venido don Marcelo Espínola (1) de arzobispo. Él tiene la mano firme y la inteligencia grande. Él pondrá en orden todas las cosas.

Salíamos por la puerta principal de la Iglesia cuando en el suelo me llamó la atención un letrero que decía :

« Á Castilla y á León
Nuevo mundo dió Colón. »

(1) Don Marcelo Espínola pasó de obispo de Málaga, que era cuando estuve en dicha ciudad, á Arzobispo de Sevilla, cuando llegué á esta última.

IV

Estaba almorzando cuando vino el conserje.

— Señorito : lo buscan.

— Diga usted que estoy almorzando. ¿ Quién es ?

— El mismo señorito que vino ayer.

— ¡ Ah ! Dígale usted que suba.

Al poco rato llegó.

— Venía á buscarte para que fuéramos á ver la Giralda y lo demás que no alcanzamos á ver ayer.

— ¿ Tan temprano ?

— ¡ Como ! ¿ Temprano á la una y media ? Acuérdate que hay mucho que ver.

— Pues apenas concluya iremos.

Un cuarto de hora después bajábamos del coche frente á la puerta de la Catedral por donde habíamos salido el día antes. Pero no entramos por la misma, sino por la de la torre.

Comenzé á andar allí dentro por unos caminitos pavimentados con ladrillo pequeño, dando vueltas como quien rodea una manzana. Tenían una inclinación muy suave. Al final de cada uno había un número.

Habíamos llegado ya al número diez, cuando extra-

ñado de no encontrar aún la escalera hice la observación al compañero.

— ¡Cómo! Pero si aquí no hay escaleras, sino rampas (1) que llegan hasta arriba. Cuando cuentes treinta y cinco de esos que llamas tu caminitos, estaremos al final de la torre. Sólo quedará la parte más nueva en que están las campanas.

— Si hubiera tenido la menor idea de esto, era de haber subido á caballo.

— No andas errado.

Y como vió que me reía, añadió :

— Y no lo creas broma. Los moros sabían mucho y si hicieron esta torre así, es justamente para no cansarse y poder subir á hacer la guardia en sus cabalgaduras.

— Éste, me dije para mí, es entonces el sistema más primitivo de ascensores.

Íbamos en la vuelta número 15 cuando sentimos una voz femenina cantando. Debía estar en alguno de los balcones, porque parecía venir de fuera. En el aire no podía mantenerse. Nos acercamos más. Era un tango á secas :

« En el fondo de la mar
Suspiraba una carreta.
El *reló* de la *catedrá*
Estaba *tehando carceta*
Debajo de un *meloná*. »

— ¿Quién será la cantatriz esta? Si será bonita...
En esta curiosidad me acerqué al balcón. De medio,

(1) Rampas ó planos inclinados.

lado, hacia la calle, estaba una señora, regularmente entrada en carnes y en años. Tenía unas gafas colocadas, casi en la punta de su larga nariz y no separaba la vista de una media que debió ser negra en otro tiempo (ahora verde) y que zurcía acompañando su trabajo de aquel canto original.

— No la perturbes.

— Deja no más.

— Nó, hombre, nó. La hablarás cuando bajemos.

— Bueno, pues cuando bajemos.

Y continuamos nuestra ascensión. Por fin llegué al número 34 y alrededor de los números 32, 33, 34 y 35 había puertas; una de ellas estaba abierta y la cama que había allí declaró mudamente que aquel cuarto era un dormitorio. Un hombre estaba sentado, leyendo *El Noticiero Sevillano*. Apenas nos vió se puso de pie, vino á ofrecerse y nos abrió la puerta que daba sobre la primera meseta de la Giralda.

¡Qué magnífico golpe de vista! Sevilla y sus alrededores á vuelo de pájaro compensaban bien el cansancio con que llegamos arriba. El Guadalquivir serpenteando al rededor como para eludirse el trabajo de pasar por la ciudad. Por fin se resuelve y entra separando un barrio.

Los campos verde esmeralda más allá, el redondel de la plaza de Toros aquí, el paseo de las Delicias con su ir y venir de coches... ¡Todo! ¡Todo lo vi como en un enorme antejo de vistas!

— ¿Qué te parece?

— Soberbio, contesté. ¿Y podrías decirme á qué altura estamos?

— Á cien varas del suelo. Esta es la altura que le dieron los moros. Aún puedes subir donde están las veinticuatro campanas, pero no verás mucho más.

— ¿Vale la pena?

— Yo no lo creo. Todo lo que hay son las campanas, esas que echan á vuelo juntas en Corpus Cristi y un reloj antiguo con un mecanismo muy curioso para los relojeros.

— Para ver eso no vale la pena de subir escaleras.

— Así me parece, y te diré que el resto no es árabe. Dicen que son tres estilos revueltos. Soy como tú que no entiendo palabra de esto. Los llaman estilos jónico, corintio y dórico.

— Mucho gusto de conocerlos. ¿Y por qué es que á los moros se les ocurrió hacer estilos *tónicos* y *cólicos*?

— Jónicos y dóricos dirás.

— ¡Eso es! ¿Por qué se les ocurrió concluir de otra *laya*?

— ¿Qué es eso *laya*?

— ¿No sabes lo que es *laya*?

— No.

— De otra *laya* quiere decir de otra manera, en Chile, y también en España.

— ¡Ah! Pues porque no fueron los moros los que concluyeron la torre.

— ¿Como así?

— Esta torre se comenzó en el año 1000 por un arquitecto moro de nombre Hever. Entonces llegaba hasta donde estamos. En el siglo xvi otro arquitecto, cristiano, de nombre Fernando Ruiz, le añadió lo demás.

— Ahora entiendo. Pero es curioso, dije volviendo á admirar el paisaje. ¡Cómo se extiende la vista hasta tan lejos!

— No solamente es curioso, sino digno de estudio; porque si te fijas un poco verás que en todas las ciudades de origen moro, hay un punto de observación, más alto que los demás de la ciudad. Aun buscaban lugares donde hubiera ríos y prominencias para edificar sus ciudades. Aquí, en Sevilla, no tenían la prominencia, pues hicieron una torre, en Granada la tenían, pues no hicieron.

— Querer tener un río, lo comprendo, para dar agua á la población; pero una prominencia...

— ¿No recuerdas la historia de aquellos tiempos en que la mejor razón era la espada? Tenían absoluta necesidad de tener un observatorio para ver cuando se acercase el enemigo.

— Realmente; es muy curioso.

— ¡Digo!...

Si los moros sabían que mientras á más altura se coloque un observador, más campo abarca, ¿por qué es que no se puede suponer que tuvieran una idea de la redondez de la tierra?

Mientras así dialogábamos, el individuo que habíamos encontrado en aquel cuartucho entre las rampas 32, 33, 34 y 35, no nos despegaba la vista.

Si hay alguna cosa que moleste cuando se tiene una conversación, es un desconocido que se pone á mirar fijamente y á escuchar lo que se dice.

— ¿Qué se le ofrece? le pregunté sin poder por más tiempo sujetar los nervios.

— Nada, contestó.

— ¿Y por qué está usted ahí?

— Es mi deber no moverme mientras haya un visitante.

— ¿Y por qué?

— Así tengo orden de hacerlo.

— ¿Pero por qué tiene usted esa orden? le grité con impaciencia.

— Porque han venido muchos que con el pretexto de visitar se han suicidado.

— ¿Y usted cree que tenemos intención de echarnos á volar como si fuéramos papagayos?

— Eso no lo sé yo, pero es mi deber quedarme aquí.

— ¿Y desde cuándo hay esa orden? interrumpió mi amigo. Yo no la conocía.

— Desde poco tiempo. Un guardia civil que se mandó torre abajo y se desparramó como una gaseosa, fué quien tuvo la culpa.

— Puede usted estar tranquilo, que no tengo tales intenciones.

Comenzé á bajar las rampas, y al llegar á la n.º 15 volví á sentir la cantora que está vez vociferaba:

« Los gitanos v gitanas
 Cuando estrenan un *vestio*
 No se lo quitan *der cuerpo*
 Hasta que lo ven *rompio*. »

— ¿Ahora me dejarás acercarme...

— Si quieres...

— Buenos días, señora.

— Muy buenos.

— ¿ En que está usted ocupada ?

— Pues zurciendo las medias á mi *marío*.

— ¿ Y quién es su marido ?

— *Pus micoste er* guardián de allá arriba.

— ¡ Ah !

— Es muy... Rompe *toas* sus medias y *tóos* los días tengo que estar zurciendo. Como sube y baja tanto...

— Es evidente. Si yo fuera guardián no tendría nunca las medias enteras. Hasta luego, señora.

— Vaya usted con *Dió*.

V

Y gracias á él, llegamos sanos y salvos al Alcázar.

— Ahora tienes que ir á sacar el permiso, me dijo mi compañero.

— ¿Qué permiso?

— El permiso para entrar al Alcázar. Allí está la oficina de la Intendencia de la Casa Real.

Pasé adelante. Un portero me indicó la oficina y entré.

— Deseaba un permiso, señor, para visitar el Alcázar.

— Pase usted á la oficina de al lado.

— Deseaba un permiso, señor, para visitar el Alcázar.

— Dirijase usted al secretario. Primera puerta derecha.

— Deseaba un permiso, señor, para visitar el Alcázar.

— Perfectamente.

— ¡ Ah, por fin !

Me extendió un permiso, y cuando fui á leerlo decía: para un solo señor.

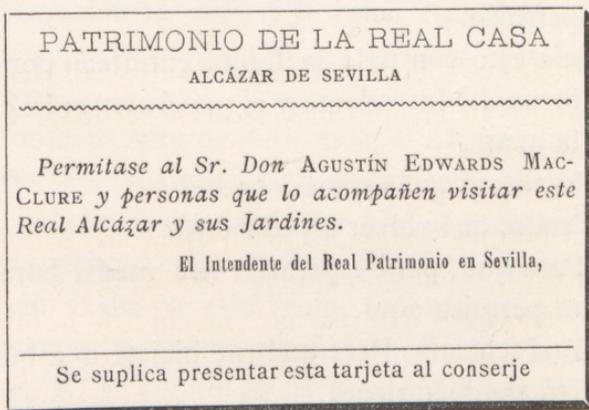
— Excuse usted, pero es para dos señores el que necesito.

— ¿Pero no me dijo usted un permiso, señor?

— Quise decir, señor, un permiso.

— ¡Ah! excuse usted.

Y con la sonrisa en los labios y más calma que si tuviera todo un siglo por delante, me extendió otro que decía :



— Sírvase usted pasar á la oficina del lado para que lo firme el señor Intendente.

Pasando á la pieza del lado :

— ¿El señor Intendente?

— Está en frente.

— Hasta en consonancia me mandan de un lado para otro.

— ¿El señor Intendente?

— Su servidor, señor.

— ¿Podría usted hacer el servicio de firmarme este permiso?

— Con el mayor gusto.

Por fin, salí de allí con el permiso en una mano, el sombrero y el bastón en la otra. Sudaba como si hubiera conquistado América y Oceanía, de tanto correr para arriba y para abajo, en aquellas oficinas. En mi precipitación me limpié la frente con el permiso.

— ¿Qué haces? me gritó, el compañero.

— ¡Calla!... pues es verdad; me estaba limpiando con el permiso.

Y decía esto con toda la frente entintada por la reciente firma del Intendente y el papel arrugado é ilegible en la mano.

— ¿Y ahora, qué vamos á hacer?

— Tendré que volver á pedir otro.

— ¿Para qué, para esperarte otra media hora? Yo tengo un permiso aquí.

— ¿Y si tenías? ¿Para qué me hiciste ir á buscar?

— Y tú también tienes.

— ¿Yo?

— Sí, y con el retrato del rey en persona.

— No te entiendo.

— ¿Tienes una peseta?

— Me parece que sí.

— Pues ese es el mejor permiso.

— Entiendo.

Llegamos á la puerta y allí estaba el conserje para exigirnos la entrada.

— Mire usted, le dije, mostrándole el permiso redu-

cido á una bolita de papel. Aquí tiene usted la entrada.

Y junto con el papel le pasé una peseta.

— Está perfectamente, contestó.

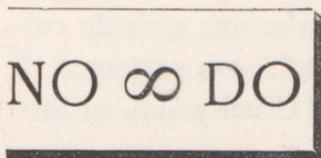
— Creo que hasta ha entendido lo escrito, dijo mi amigo.

Y pasamos avante.

El Alcázar de Sevilla es un monumento interesante. No tiene la fama que la Alhambra de Granada, pero vale la pena de una visita. Está mucho más conservado y mejor restaurado, que el palacio granadino. La restauración se debe á la reina Isabel II. Se puede constatar esto leyendo los letreros góticos de las puertas.

Como la torre de la Giralda, el Alcázar fué terminado por los españoles. Á tres monarcas le debe el arte este palacio. Comenzado por Abd-el-Azis, hijo del gran Muza, primer califa de España y fundador de la dominación árabe en este reino, fué continuado por san Fernando, tercer rey español de este nombre, que murió en él, y por fin lo terminó y embelleció don Pedro I, el Cruel.

Los reyes de España que reinaron entre Fernando III y don Pedro I lo habitaron. Entre ellos se cuenta Alfonso X, el Sabio, que legó á Sevilla su escudo.



NO ∞ DO

En la figura el 8 tendido que hay entre las sílabas NO y DO es una madeja; de modo que tenemos la sílaba NO, madeja y la sílaba DO. Cons-

truyendo la frase tendremos: *nomadejado*, abreviación de « No me ha dejado », que acredita la fidelidad de

esta ciudad hacia sus reyes en tiempo de disensiones interiores en España.

Don Sancho y Alfonso XI, padre de don Pedro el Cruel, habitaron también el Alcázar.

Al advenimiento de don Pedro, sufrió grandes transformaciones. Aquel monarca hizo construir nuevos departamentos, restauró los antiguos, plantó jardines y puso aquello en el pie en que se admira hoy, pues no se ha emprendido ninguna reforma posterior.

Pasamos por una galería oscura y baja, entramos á un patio y aun no veía yo nada que se pareciera á un edificio moro.

— Aguarda, me dijo mi amigo, que ya llegaremos.

— ¡ Gracias á Dios ! exclamé al ver una fachada con ventanas pequeñas, pero que, en fin, eran de corte moro.

Entramos á un vestíbulo por una de esas puertas antiguas con grandes clavos. Me hallé en un pasadizo largo, regularmente angosto y cuyo techo de artesanos estaba en parte tan *cacarañado*, que no quedaba más que el sitio donde había estado la madera, y en otra tan bien restaurado, que parecía recién construído. Allí había : una mesa con una carpeta verde y tres empleados, probablemente de la misma Intendencia del real patrimonio. Los empleados estaban colocados sobre tres sillas y la mesa soportaba una serie de cuadernos, guías (libros no confundir con personas), de vistas y retratos de don Pedro el Cruel y toda su interesante familia.

Se puso de pie un empleado, que, gorra en mano, porque llevaba una gorra, se acercó :

— Señores, el permiso.

— ¿Qué permiso?

— El permiso para visitar este real Alcázar.

— ¡Ah! ¿Habla usted del permiso para... ¡Ah, ah!
¿El permiso decía usted? Muy bien, muy bien. Es usted muy amable...

Y mi amigo, viendo que yo no podía salir del paso, interrumpió:

— El permiso á que usted se refiere lo exigió el conserje. Él lo tiene.

— ¡Ah! perfectamente; pasen ustedes adelante.

Y yo para componerla:

— ¡Qué hombre usted! ¡Qué empleado! Exige el permiso. ¡Qué empleado! ¡Qué emplea...!

— Señores, los guías para visitar el real Alcázar.

Y en mi confusión, creí que era algo que había que presentar, y parodiando á mi amigo, le dije:

— Se los entregué al conserje. El los tiene.

— ¿Pero qué estás diciendo? Te pregunta si quieres comprarle uno de los guías que tiene sobre la mesa.

— ¡Ah, dispense usted! ¿Me hablaba de los guías?

— Sí, señorito.

— ¡Ah, entonces es diferente! Tratándose de los guías...

Y para componer ésta no vi más solución que la de comprar.

Ya creía haber salido de aquellos pantanos, cuando el empleado que quedaba se levantó á su turno de la silla en que estaba embutido, y con una voz atiplada, dijo:

— Señorito, las vistas de este Real Alcázar.

— No las necesito.

— Una vista de don Pedro el Cruel.

— ¿Había fotografía en aquel tiempo?

— No lo sé, pero yo tengo fotografías.

— ¿Y para qué quiero yo á don Pedro el Cruel?

Puedes quedarte con su imagen.

— Una instantánea del asesinato del infante don Fadrique, señorito.

— No, hombre, no. No necesito nada.

— La familia de don Pedro el Cruel y doña María de Padilla, iluminadas.

— Te digo que no quiero nada.

— ¡Qué majadero es! observó mi amigo, y luego añadió: ¿Ustedes también pertenecen al real patrimonio?

— Sí, señor.

— Pues son ustedes una herencia regia.

Y nos internamos en el patio de las Doncellas.

— ¿Y este patio, qué te parece?

— Es muy bonito, contesté.

— Este patio, según algunos, vino á ser terminado por Carlos V y su hijo Felipe II. Añaden aún, que fué completamente rehecho por estos dos monarcas.

— Sin embargo, le dije, conserva toda la elegancia del estilo morisco.

Y era verdad. Sus arcos piramidales, en que el dibujo atraviesa el grueso del muro, dejando pasar la luz por todos sus intersticios, son bellísimos; sus ochenta y dos columnas de alabastro, cortadas con toda la elegancia de este estilo, son soberbias: la galería del derredor con su techo de artesonados, que no

tiene por qué tenerle envidia á ninguno de la Alhambra, es hermosa, y el conjunto es bello, soberbio y hermoso.

— Verdaderamente, pensé, es curioso que no se hable del « Patio de las Doncellas » del Alcázar, como del « Patio de los Leones » de la Alhambra. ¿Sabes tú por casualidad de dónde le viene el nombre de « Patio de las Doncellas »?

— No lo sé con seguridad, me contestó, pero se dice que era en este patio donde los califas recibían un tributo de cien doncellas que los reyes de España, reducidos entonces al principado de Asturias por su derrota, les mandaban. De ahí, se dice, que es el origen de este nombre.

— El origen es muy lógico y no veo por qué se pueda dudar de él.

Íbamos entrando al « Salón de Embajadores ». En el umbral de la puerta había una mancha, que la fantasía del que la ve, puede darle el color rojo.

— ¿ Ves esta mancha ?

— Sí.

— Pues cuentan que es la sangre del infante don Fadrique que fué asesinado aquí. Confirma esta creencia la historia, que dice que el infante salía del « Salón de Embajadores » cuando los maceros de su hermano, el rey don Pedro, le cogieron por su cuenta y le enviaron á dar noticias á Dios de sus acciones, antes de lo que él tenía pensado.

Mientras, examinábamos el salón, que era bonito.

Pero no me llamó la atención, pues sucede que todo

lo árabe se parece tanto, que no fijándose mucho se puede confundir un cuarto con otro.

Lo que sí no se puede confundir es el « Patio de las Muñecas » con el « Patio de las Doncellas », por su tamaño. Nombre mejor puesto que el de este patio, no conozco. Su aspecto, su porte, todo él parece una casa de muñecas... moras.

Volvamos á pasar por el « Salón de Embajadores » y entremos en una serie de cuartos, más cuidados que los demás y con sus pinturas y dorados completamente intactos.

— ¿ Por qué está ésto tanto mejor cuidado que lo demás ? pregunté.

— ¿ Qué, no sabes que aquí han nacido muchos personajes modernos ?

— Pues no lo sabía.

-- Antes que se concluyera el Palacio de San Telmo, donde habita actualmente la duquesa viuda de Montpensier, vivían los duques aquí y estaba ésto amueblado ad-hoc. Aquí nació la actual condesa de París y casi todos los hijos de este matrimonio.

— ¡ Ah, mira, mira ! lo que hay allí.

— ¿ Qué ?

— ¡ Mira !

— ¡ Un moro !

— Y vestido con los arreos reales.

— De veras.

— ¿ No estaremos soñando ?

— ¡ Si será el alma del gran Muza ! dije horrorizado de la idea.

— ¡ Pero... si es un moro de carne y hueso !

— Acércate más.

Se acercó mi amigo y sentí que se reía á carcajadas.

— ¿De qué te ríes? dije asustado, creyéndolo atacado de histérico.

— Ven á ver.

Avancé y... también me dió risa. El gran Muza era un modelo que estaba pintando un artista. Nos saludó con mucha amabilidad y se rió con la descripción que le hicimos de nuestra sorpresa al encontrar un moro en aquel Alcázar, que había dejado de pertenecer á tales, tantos siglos atrás.

— ¿No decías tú que era el ánima del gran Muza?

— Sí.

— Sólo que este señor invoca el ánima de la gran Musa para su cuadro.

— ¿Y qué es eso? Equivocación de sexo y de una letra... ¡Pshe! De menos hizo Dios al hombre.

— Antes de dejar el palacio quisiera que te fijaras en una cosa.

— ¿Á qué te refieres?

— Fíjate que de cualquier lado que mires verás los arcos y las columnas simétricas y no encontrarás nada fuera de línea.

— ¡Calla! pues es verdad.

— Y con esto hemos terminado con el Alcázar.

— ¡Cómo! El permiso hablaba también de unos jardines.

— Muéstrame donde dice eso, dijo mi amigo sacando una peseta.

— En el permiso sellado, no, pero en el escrito, sí.

— Bueno, pues, á la salida preguntaremos por los tales jardines.

Al salir, dirigiéndome al vendedor de la instantánea de la muerte de don Fadrique :

— ¿ Podría usted decirme dónde están unos jardines ?...

— Hay muchos en Sevilla, me contestó el muy animal.

— Me refiero á los del Alcázar, continué, absorbiendo una buena cantidad de aire para tomar paciencia.

— ¡ Ah ! ¿ Usted quiere ver los jardines del Alcázar ?

— ¿ Y ahora no más se entera usted ?

— Pues los jardines esos de que habla usted... Porque... ¿ fué usted quién me preguntó ? ¿ Eh ?

— Sí, hombre, sí, concluya usted.

— Pues aquí están, me contestó, presentándome una serie de vistas.

Si no me sujetan le había descargado un *sopapo*, que lo habría metido con vistas, y todo debajo de la mesa. Mi compañero, viendo que yo perdía la paciencia, se dirigió al de las guías para averiguar el camino que habíamos de seguir :

— ¿ Podría usted guiarme á los jardines del Alcázar ?

— Aquí tiene usted un librito con un plano donde puede ver usted el camino, le contestó presentándole un cuaderno de su comercio.

Esta vez me tocó á mí sujetarle el brazo al compañero que quería embutir al vendedor de guías en la pared para que lo confundieran con los bajos relieves. Por fin resolvimos dirigirnos al cobrador de permisos.

— ¿Podría usted indicarnos el camino para los jardines?

Y al propio tiempo se le pasaron dos *permisos de los sellados*.

— Con el mayor gusto, nos contestó, y acompañó hasta dejarnos en manos de un regador más bruto y más cerrado que un banco de piedra, el cual se encargó de mostrarnos todo el jardín.

— Es curioso, me decía mi compañero. Tantas veces como he venido al Alcázar y ninguna se me había ocurrido visitar los jardines.

— Y por no habérsete ocurrido casi dejamos acharrados dos individuos del Patrimonio Real.

— Dígame amigo, pregunté al regador. ¿Usted pertenece al Patrimonio?

— ¡Yo *ar* demonio! ¿Señorito, *por Dió* no lo crea usted?

— Si yo no creo nada, hombre, dije sin poder aguantar la risa. Tranquilícese usted.

Los jardines del Alcázar están muy bien cuidados. No creo que fuera, gracias á aquel regador, pero el caso es que estaban bien cuidados. Las construcciones que hay en él y que son aquellas á que un jardín da lugar, tienen el estilo romano.

— Dígame, pregunté al regador. ¿Son muchas las curiosidades que hay aquí?

— No, me dijo, no hay más que una y después otra, y en seguida otra y después otra.

— ¿No hay mas otras?

— No, señorito.

— ¿De manera que son cuatro?

— He dicho que no es más que una y después otra, en seguida otra, y después otra.

— Á ver. Nóbremelas usted.

— El baño de la *Surtana*; los baños de doña María *Padiya*, que los acaban de desenterrar.

— ¿Estaban en el cementerio?

— No; aquí en Sevilla.

— Bueno ¿Y en qué parte de Sevilla?

— Vaya una pregunta, ¿Qué, no *estamo* en los *jardine der Arcaza*? *Pús* aquí *mesmo*.

— ¿Y cuál es la otra y después la otra?

— El *labrinto* de plantas y las sorpresas de agua.

— Vamos por partes. Primero veremos el baño de la Sultana.

— Vengan ustedes por aquí.

Nos llevó por caminos angostos y bonitos hasta que enfilamos con uno más grande, y nos hallamos frente á frente del baño de la Sultana. Resuelto á embromarle la paciencia al regador le dije :

— Dígame, aquí, para entre los dos. ¿A qué hora se viene á bañar ella?

— ¿Quién? señorito.

— La sultana, pues, hombre.

— No se baña.

— ¿Y para qué es el baño entonces...?

— Yo no sé pero cuando hace mucho calor me meto yo con Florentino y nos refrescamos.

— ¿Y quién hace de Sultana, tú ó Florentino?

— Ninguno de los dos, señorito.

— Pues debías ser tú, porque tiene cara de turca.

— Muchas gracias, señorito.

No hay de qué, hombre. Cuando se te ofrezca; ya sabes la casa.

El baño de la Sultana era una fuente de mármol blanco y como todo lo árabe de fino y elegante corte.

— Y ahora. ¿dónde nos lleva? ; Salomón!

— Me llamo Eudoro, señorito.

— Pues entonces. ¿dónde nos llevas? ; Eudoro!

— Donde ustedes gusten, señoritos.

— Pues vamos á los baños de doña María Padilla.

Como es lo otro que sigue...

— Vamos allá, dijo mi amigo.

El baño de doña María Padilla ha sido recientemente descubierto y no desenterrado como decía Eudoro. Haciendo unas excavaciones para el jardín se encontró una entrada á un subterráneo; continuando la exploración dieron con unos calabozos y prisiones, y más adelante descubrieron un gran baño que según inscripciones é indicios, supieron era el baño de doña María Padilla y su corte, que tenía el buen gusto de bañarse oyendo las lamentaciones de aquellos infelices, privados de la luz del sol y de su libertad.

¡Bien dicen que sobre gustos no hay nada escrito!

— ¿Cuántas *otros* quedan? preguntó mi amigo.

— Dos. El laberinto y las sorpresas de agua.

— ¿Por dónde vamos á comenzar?

— Por el laberinto.

— En ese hace mucho tiempo que estamos. Desde que nos endosaron el regador éste...

— Diga, Eudoro, ¿puede usted llevarnos al laberinto?

— Sí, señorito.

— Pues vamos.

Cinco minutos después:

— ¿Y esto es el laberinto? Pero si esto no es laberinto ni es nada.

— Es que han podado los árboles, pero cuando estaban grandes...

— ¿Se salía con la misma facilidad? ¿eh?

— ¡Tales son los laberintos modernos! exclamó filosóficamente mi amigo.

Y la verdad es que laberintos en el siglo XIX...

— Queda un *otro* todavía, dije yo.

— ¿Y cuál es?

— ¡Qué memoria tienes! Pues las sorpresas de agua...

— Que son *der tiempo é on Peoercrué*, interrumpió Eudoro.

— ¿Qué dice Eudoro? preguntó el compañero.

— No le entiendo palabra. ¿Qué dices, Eudoro?

— Digo que las sorpresas de agua son *der tiempo é on Peoercrué*.

Por afinidad sacamos que quería decir que eran del tiempo de don Pedro el Cruel.

— Esta maldita costumbre que tenemos los andaluces de comernos la mitad de las palabras. No nos entendemos nosotros mismos.

— No lo hacemos mal tampoco nosotros los chilenos.

Las sorpresas de agua consistían en unas cañerías, colocadas bajo el suelo, á las cuales abren agujeros por todas partes, de manera que con la presión salga un chorrillo fino por cada agujero, que parezca brotar del suelo. Nos contó el regador que él sabía de origen fide-

digno, que aquellas sorpresas las había hecho *don Peoercrué*, para dar broma á unos convidados que tenía un día.

— ¿Quedan más *otros* todavía? pregunté.

— No, señorito, contestó Eudoro. Ya se acabaron.

— Pues entonces, adiós.

— Vaya usted con *Dió*.

Al poco rato volví atrás:

— Hombre: se me había olvidado; pero aquí tengo una peseta que estoy con miedo que se apolille. ¿Podrías guardármela tú?

— Sí, señorito, me contestó.

Y se la guardó en el bolsillo.

Decididamente: hasta los más brutos, cuando se trata de la propina, entienden las parábolas.

VI

— ¿Tendremos tiempo de ir á casa de Pilatos?

— ¿Recibe á esta hora? pregunté.

— Lo que no sé es, si es hora de visitar, porque tiene horas fijas.

— ¿Y no recuerdas cuáles son esas horas?

— Espera: que el *guiita* ese que compraste de tan buena voluntad á la entrada del Alcázar, ha de indicar.

— Cuando menos se piensa, sirve lo que uno ha creído inútil.

— Es hora aún, dijo mi amigo hojeando el guía.

Y en un coche nos dirigimos á casa de Pilatos. No se crea la que habitó este distinguido sujeto. Es una copia de aquélla, y pertenece á los actuales duques de Medinaceli, que la tienen abierta al público durante ciertas horas del día. El estilo que se observa desde que se entra en el patio, es el árabe. Su construcción data del siglo xv, según me dijo mi amigo, que es muy versado en la historia de antigüedades sevillanas.

Entramos á un patio con magnífica galería á su alrededor, cuya galería tiene un zócalo de azulejos antiguos, de reflejo metálico, que los modernos no han

podido imitar por más que se han empeñado en ello. En las paredes, veintiún bustos de distinguidos é históricos personajes españoles, cuyo traje y cara contrasta visiblemente con el estilo morisco del edificio. Una fuente de alabastro ocupa el centro, como en todo patio árabe. En los ángulos del frente hay unas inmensas efigies que representan la diosa Pallas.

Pasemos á la capilla de este edificio. ¡He aquí un contraste curioso! ¡Capilla católica en palacio moro! El altar y demás adornos propios de una iglesia, colocados bajo un techo árabe, entre arabescos y sobre azulejos.

En esta capilla hay copias de dos reliquias de gran mérito para un católico. La una es reproducción de la columna de mármol donde ataron á Nuestro Señor Jesucristo para azotarlo, y la otra, de la mesa sobre la cual Judas contó los treinta dineros, precio de su Divino Maestro.

— Fijate, me dijo mi amigo, en los techos de todas las habitaciones. Son magníficos y pintados por Pacheco.

— ¿Y quién es ese señor?

— Un célebre pintor español. Pero donde debes poner toda tu atención es cuando lleguemos al cuadro de Ribera. Ese es soberbio.

— ¿También hay cuadros de Ribera aquí?

— Uno; pero que vale por muchos.

Íbamos entrando al salón, llamado «Salón del Pretorio», y mi amigo volvió á llamarme la atención, esta vez, sobre los artesonados y arabescos de la habitación.

— ¡Preciosos! exclamé; y luego añadí : Ahora iremos al segundo piso.

— Si esto no tiene segundo piso.

— ¡Cómo! ¿ Y la escalera que estoy viendo ahí?

— Esa conduce al principal.

— Es verdad. No me acordaba que estoy en España y que aquí no entienden por primero y segundo piso, sino por planta baja y principal.

— En seguida segundo piso.

— Si estos españoles, le dije riendo, no saben hablar español. Son muy enrevesados. El tercer piso lo llaman segundo, el segundo principal y el primero planta baja. Voy á poner cátedra para enseñarles á hablar.

— Así como quien pone una tienda de ultramarinos...

— Ni más ni menos.

— Pues yo voy á Londres á enseñar inglés á estos ingleses que no saben hablar, contestó riendo. Dejando á un lado la broma. Fíjate en la escalera que vamos subiendo.

Era verdaderamente regia. La media naranja, de rico artesonado de madera, que forma el techo, es un encanto.

Al final de la escala, me encontré con un cuarto, de estilo romano.

— Este cuarto, me dijo mi amigo, es copia exacta del cuarto de guardia de la casa de Pilatos, en donde estaba san Pedro con los soldados, cuando negó á Cristo las tres veces.

— ¡ Mira, mira! interrumpí.

— ¿ Otro moro?

— ¡No un gallo en una jaula! Allá, al frente.

— Si es pintado. Acércate y verás.

Efectivamente. Detrás de una ventanilla con barrotes de hierro habían metido un lienzo, con la imagen de un gallo.

— Y se acabó la casa de Pilatos, dijo el compañero.

— ¿No hay más que ver?

— Ni tampoco se puede ver. Son cerca de las seis y está oscureciendo.

— Y el coche que nos espera.

— Pues vamos.

En menos de lo que cantó el gallo (las tres veces) llegué al hotel de París.

VII

Falta me hizo al día siguiente aquel amigo tan bueno para visitar el Museo Provincial de Pinturas. Era tan buen *cicerone*. ¡Y tan barato!

Quisiera ó no, tuve que conformarme con la voluntad de El.

Llegué á la plazoleta donde está el Museo. La estatua del célebre Murillo levantada por la ciudad, en justa recompensa de su genio, adorna el centro.

Como en todos los Museos, los cuadros se pueden dividir en dos secciones. Los antiguos y los modernos. Entre los antiguos dominan los Murillos y se puede decir que el Museo se ha hecho para los cuadros de este autor, y no los cuadros para el Museo. Pequeña relativamente, es la colección, pero la cambiaría, sin hacerme de rogar, por muchas, que he visto, mayores. No hay un cuadro que se pueda desechar por bueno; todos hay que aceptarlos como magníficos. No hay diferencia de calidad; y ya que no existe esta diferencia, llamaré « cuadros *regalones* (1) del público », los que tienen más fama. Estos son dos :

(1) Los *regalones* nuestros se llaman mimados en España, que es la palabra castiza.

La primera Concepción que pintó Murillo y su « Virgen de la Servilleta » entre los antiguos.

(Algunos amigos que me reputan muy gastrónomo, me observaron, cuando les conté que era la « Virgen de la Servilleta », la que me había gustado más en aquel Museo, que esta preferencia era porque su nombre tenía algo que ver con la comida. Cierto es que tengo gustos culinarios, pero no llega mi afición hasta confundir el arte con una cosa tan prosaica como los panes de cada día).

Si es curioso que haya una Virgen de la Servilleta, más curioso es saber el origen de su nombre.

Cuentan que estando Murillo alojado en un convento de frailes, pintó aquel cuadro. La mañana antes de partir, después de haber sido muy bien tratado, estaba tomando su desayuno, cuando un lego se le acercó :

— ¿Cómo es posible, señor, que se marche usted sin pagar en parte siquiera el alojamiento y los servicios que se le han prestado...?

— ¿Cómo quiere usted que le pague, si no tengo un cuarto partido por la mitad...?

— Si el señor me pintara cualquier cosa, se lo agradecería más que los cuartos.

— Pero no tengo tela...

El fijándose en la servilleta de que se había servido para el desayuno, añadió :

— Si usted encuentra un medio de estirar esta servilleta entre cuatro maderos y hacer con ella un lienzo, pintaré lo que pueda.

El lego, más contento que una pascua, no digo uno,

cien mil medios encontró de estirar esa y todas las servilletas habidas y por haber. En un cuarto de hora estuvo lista, y tres horas después terminaba Murillo una de sus mejores obras.

¡Cuántos hoteleros hubieran querido que Murillo no tuviera cuartos y les pagara con una pintura! Aquel alojado del convento será con toda seguridad el que haya pagado con más largueza en el mundo. Creo que si se ofrece cien mil francos por aquel cuadro, no lo venden ó pierden en la venta.

Hay otro pintor célebre, cuyos cuadros están en este Museo y tienen la particularidad de ser tan iguales á los de Murillo, que es preciso ser sumamente experto, para no equivocarlos. Éstos son los de Sebastián Gómez ó el Mulato, como lo llaman en España; primero esclavo y después discípulo y amigo de Murillo. Una Concepción fué el primer cuadro que pintó, y acerca de ella se cuenta una curioso anécdota :

Sebastián Gómez tenía todo su día ocupado en la limpieza de la casa de su amo y en otros diferentes trabajos á que su esclavitud le obligaba, de manera que sólo la noche estaba libre. Mientras Murillo dormía, Sebastián cogía los pinceles de su amo y á escondidas en su cuarto, pintaba como podía. Al amanecer ponía los pinceles en su lugar y escondía el cuadro debajo de la cama ó detrás de la puerta. Á la noche siguiente volvía á las mismas, hasta que, en una de éstas, estando el cuadro casi concluído, no se supo por que rara casualidad, Murillo necesitó algo y llamó á Sebastián. Absorbido por el trabajo que ejecutaba en su cuarto no oyó la voz del amo. Á la quinta ó

sexta vez, Murillo, creyendo que Sebastián se habría muerto ó estaba con un ataque, se levantó de su cama para ir al cuarto del esclavo. Extrañado al acercarse, de ver la pieza iluminada, resolvió continuar de puntillas, metiendo el menos ruido posible, para no llamar la atención. Abrió la puerta con todo sigilo, y cuál no sería su sorpresa al ver al mulato, al esclavo, al hombre sin estudios, sin conocimientos, inclinado sobre una tela ejecutando una obra maestra. Se acercó de él y golpeándole el hombro, le dijo :

— El que de tal manera pinta no merece ser esclavo, sino compañero. Abrázame.

El susto que se llevó Sebastián al oír la voz de su amo, se desvaneció con aquellas cariñosas palabras.

Al día siguiente Murillo le dió la libertad que corresponde á todo ser humano, y Sebastián Gómez fué una gloria para el arte y para España, pasando sus cuadros al Museo de Sevilla donde se les puede hoy admirar.

Otras pinturas hay en este Museo de diferentes autores como Cano, Zurbarán, Herrera el Viejo, Martín de Vos y de Roelas.

Entre los modernos, son dignos de mención : *La primera misa* y *La muerte de San Fernando*, cuyos autores no recuerdo.

En *La primera misa*, tenemos : en primer término, un joven sacerdote revestido de los sagrados ornamentos, que acaba de cantar su primera misa y está abrazado á su madre, una viejecita de condición humilde. El padre del joven clérigo, está de pie con el sombre-

ro entre las manos. En segundo término: los sacerdotes que han celebrado en la misa, junto con el recién consagrado, y los amigos de la familia.

Es un cuadro tan tierno y conmovedor, que el que lo mira, se entusiasma. Dan ganas de meterse cura para ser actor de esa bellísima escena.

En *La muerte de San Fernando*, está el rey, arrodillado, horriblemente pálido, retratadas en su fisonomía las expresiones que el avance de la muerte va imprimiendo. Aquel santo, al par que sufre horribles dolores físicos, está pensando en las felicidades morales de su pronta entrada en la gloria.

Esta expresión difícil de dar, está muy bien caracterizada. Contribuye al éxito el fondo del cuadro, que es un salón del Alcázar, donde ocurrió la muerte del rey. Hace un bellissimo contraste el estilo moro de la habitación con la ceremonia religiosa de la santa misa y de la sagrada comunión que por última vez le administra un sacerdote.

No son sólo cuadros los que ocupan el Museo Provincial de Sevilla. También hay estatuas y reproducción de las obras maestras como la *Venus* de Milo, etcétera, etc. Una colección arqueológica de cacharros, piedras de todos tamaños y de todos tiempos ocupa una buena sección; pero he visto tanto de éstos, que me he prometido no detenerme un momento ante un cacharro roto del tiempo de Calígula ó un trozo de pilastra del tiempo de los Faraones. Por lo general, todos son iguales y están en el mismo estado miserable. Mucho tiempo ha que les tengo horror á los arqueólogos, desde que un señor, aficionado, me tuvo

tres horas, con dibujos y discursos, explicándome la forma de una piedra por si acaso la encontraba en el cajón de la basura. Él me la iba á agradecer como oro en polvo, y estaba resuelto á colocarla en unos estantes con vidrios para evitarle un resfrío.

VIII

¿Cuál es el mejor salvoconducto para entrarse en cualquier parte sin que tengan el derecho de llamarnos intrusos?

El extranjerismo.

¿Qué extranjeros tienen en todas partes (menos en Inglaterra) más entrada y más *toupe* para entrar?

Los ingleses.

Dicen que el hambre abre la inteligencia de tal manera, que hasta los tontos tienen ideas luminosas. Lo mismo sucede con las ganas de ver una cosa que es un hambre moral.

Habíamos salido con mis dos hermanas mayores y mi hermano y nos bajaron unas ganas locas de visitar los estudios de varios pintores, que eran los mejores de Sevilla. Estas ganas llegaron á constituir un verdadero hambre moral, y por consiguiente se nos abrieron las inteligencias en proporción á las ganas. Mis tres hermanos proponían diferentes medios de entrar. Con propinas dadas al portero, diciendo que íbamos á elegir cuadros, etc., etc. Yo desechaba, como caporal de

la caravana, todos aquellos proyectos, muy divertidos pero irrealizables.

— ¿Qué haremos? decía mi hermano.

— Y yo me muero de ganas de ver el estudio de García Ramos, decía mi hermana mayor, aficionada al arte pictórico.

— Yo no me muero, añadía la otra, sino que ya re-viento por ver esos estudios.

— Y yo, añadí, ya estallo, me muero y me desbor-do por verlos.

— ¿Qué haremos? volvía á repetir mi hermano.

— ¡Una idea! exclamé yo.

— ¿Cuál? dijo la mayor.

— ¿Á ver? dijo la menor.

— ¿Qué es? exclamó el menor.

— Oigan ustedes: dije yo con tono doctoral. Nos hacemos los ingleses. No hablamos sino inglés. ¿Nos preguntan algo? Como tapias. No entendemos palabra de español. Yo soy el intérprete que habla un poco de francés. Supongo que entenderán el francés.

— Ya está, exclamaron los otros tres á un tiempo.

— Pero, observó la menor de mis hermanas, yo no voy á poder aguantar la risa.

— Ni yo tampoco, dijo la mayor.

— Yo sí, dijo mi hermano.

— Y yo, les dije, conservaré todo el tiempo una seriedad estoica, como conviene á un británico. Para que se acostumbren comenzaremos desde este momento á hablar inglés entre nosotros.

Y á partir de ahí nuestra conversación continuó en ese idioma.

— Ahora, procedamos á una *toilette* británico-touriste. Nosotros nos doblaremos los pantalones para arriba, como si estuviera lloviendo en Londres, echaremos el sombrero atrás y tomaremos el bastón con el puño para abajo. Las niñas que se prendan los vestidos con alfileres de manera que los hagan diez centímetros más cortos, que se pongan el sombrero colgando del moño como de una percha, que arruguen el velo y se abran la chaqueta, poniendo todo el peso que puedan en los bolsillos para que caiga bien sin gracia. Todos andaremos con las piernas abiertas y mirando no exactamente al techo, pero por ahí cerca.

En estos preparativos llegó el coche á la puerta de los estudios. Para felicidad de nuestros proyectos, el lacayo era rubio, cosa rara en un sevillano, y tenía aspecto de inglés. Le hicimos colocarse el sombrero de copa bien á los ojos y le enseñamos á ponerse tieso como si se hubiera tragado una bayoneta.

— Si te preguntan algo de allá arriba, le dije señalando los estudios, no contestas palabra. Como si no entendieras ó fueras sordo. Tú eres inglés á partir de este momento.

— Muy bien, señorito.

— Y usted, dije al cochero, explicará si le preguntan algo, que nosotros somos ingleses y andamos con nuestro lacayo inglés, para que pueda usted saber dónde queremos ir. Añadirá usted que el lacayo es sordo como una tapia.

— Muy bien, señorito.

— Ahora, continué dirigiéndome á la *troupe*, po-

demos subir tranquilos. Ya están bien aleccionados. ¿Las *toilettes* están listas? ¡Adelante!

Comenzamos á subir las escaleras. Mis hermanas iban muertas de la risa y metían tal ruido, que al llegar al primer descanso de la escalera, tuvimos que parar la ascensión y esperar que se les pasara la hilaridad. Por fin llegamos arriba, y un joven salió á recibirnos. Todos saludamos con la cabeza y yo me adelanté para dirigirle la palabra en un francés revuelto con español é inglés.

Le preguntaba si se podía visitar el estudio, le decía, que éramos extranjeros, cosa fácil de notar, que mis hermanos no hablaban palabra de español y que yo era el intérprete.

¡Y qué intérprete! Yo mismo no me entendía lo que estaba diciendo, y si no hubiera sido por la mímica, no me habrían comprendido.

Me dijo que el señor García Ramos no estaba, pero que mientras tanto podíamos visitar otros estudios.

— No comprende, le contesté.

Volvió á repetir lo dicho, y volví á contestarle lo mismo, hasta que resolvió ir á buscar un amigo que tenía en el otro piso, que había estado tres semanas en Francia y otro poco de tiempo en Italia, que sabía algo de francés y que podía servir de intermediario.

No hizo más que salir, y todos mis hermanos juntos conmigo, casi reventamos de la risa. Cuando volvió el joven con su amigo, todos habíamos vuelto á la seriedad excepto mi hermana menor.

Este era un grave accidente, pues teniendo un tipo poco inglés, porque mi hermana es morena como yo,

podían creer que habíamos ido á burlarnos y no á visitar sus estudios.

La verdad de la cosa era que teníamos vergüenza de presentarnos de intrusos y resolvimos tomar la máscara de ingleses.

Llegó el intérprete y volvió á repetirme lo que había dicho el joven. Contesté que estaba muy bien, y me turbé un poco al oír una observación que en español hizo el joven á su amigo :

— La rubia y el rubio tienen tipo inglés, pero la morena y el que habla tienen el tipo andaluz.

— Pero si son más cerrados para entender hasta en francés... Son ingleses de seguro.

Mientras tanto cavilaba yo sobre cómo meterles cualquier embuste que explicara nuestro color, no inglés, sin que ellos se apercibieran de que había entendido su conversación. Mi hermana seguía riéndose, y no había medio de hacerla callar. Aquella risa me sugirió una idea, la cual transmití al intérprete en un francés más inglés que el que pudiera hablar un inglés en persona :

— Mi hermana se ríe mucho porque nació en un viaje que hicimos á Zanzíbar. Con el clima de los trópicos nació muy morena y con los sesos fundidos por el calor, de manera que se lo pasa riendo todo el día. Yo nací al doblar el cabo Buena Esperanza, en un viaje á Australia, antes que abrieran el istmo de Suez. Y ahora, añadí en inglés, dirigiéndome á mi hermana: Puedes reírte todo lo que quieras, que no lo encontrarán extraño.

— Si quieren ver algunos estudios pueden ustedes pasar, dijo el intérprete en francés.

— ¿Qué está diciendo? preguntaron en coro mis hermanos.

Les contesté que el intérprete aquel hablaba tan mal el francés que apenas se le entendía.

Lo cierto es que pasamos á otro estudio donde había muchos jóvenes dibujando. Durante el camino hasta aquel estudio, el joven con su amigo se quedaron un poco atrás y oí que hablaban en español:

— ¡Qué ingleses más cerrados!

— Y á mí que á ratos se me figura que son andaluces.

— La verdad es que las niñas no tienen cuerpo de inglesas.

— No, dijo el otro. Por lo intrusos deben ser ingleses.

— ¿Echémoslos de aquí?

— Insúltalos en español.

— ¿Y qué saco? ¿Para que no entiendan? Como si les echara flores.

Yo sudaba frío, y mis demás hermanos, que iban más delante, no alcanzaban á oír, lo cual era una felicidad, porque no habrían conservado su sangre fría.

Llegamos al otro estudio, cada uno comenzó á mirar dibujos por su lado. Mientras tanto, mi hermano preguntaba á más y mejor, en inglés, las cosas más extravagantes. Vaya ésta de ejemplo:

— *That's made of marble* (1)? le preguntó delante de un dibujo al lápiz.

(1) ¿Eso es de mármol?

— *Yes* (1), le contestó el intérprete por dárselas de saber inglés.

Y todos nos dimos vuelta para la pared para no reírnos en sus barbas.

Como éste podría citar infinitos momentos en que estuvimos á punto de denunciarnos.

Por fin anunciaron que el señor García Ramos había llegado, que estaba en su estudio y que tendría gusto en recibir aquellos ingleses, lo cual me trasmitió en francés el intérprete, y yo á mi vez en inglés á mis hermanas.

Llegadas donde el señor García Ramos. Nuevos saludos, nuevas explicaciones sobre la hilaridad de mi hermana por el nacimiento en Zanzíbar, lo del istmo de Suez y el cabo de Buena Esperanza, etc., etc. El señor García Ramos conocía un poco nuestro fingido idioma y entablamos conversación con él. Á la despedida le dije llamarme Alfred Caway, que vivía en Londres Oxford street, 47, donde tenía su casa.

— ¡Oh! me dijo, ¿entonces debe usted conocer á James Lee, que vive allí mismo?

— ¿James Lee? dije yo con extrañeza (no era raro, porque en mi vida había oído tal nombre).

— Sí, pues, James Lee. ¿No se acuerda usted? Alto, rubio, sin bigote.

— ¡Ah!!! ¡James Lee! ¿Me habla usted de James Lee? ¡Pshe! Si estuve en el colegio con él.

— ¡Cómo! me dijo. Si tiene más de cuarenta y cinco años.

(1) Sí.

— ¿Cuarenta y cinco años? dije cortado. Entonces fué con su hijo.

— ¡Si es soltero! añadió.

Y yo, colorado como la grana, balbuceé :

— Yo no sé, pero lo cierto es que estuve en el colegio con un James Lee.

Mis hermanos se habían salido para no soltar la risa. Saludé como pude al señor García Ramos y salí retrocediendo. En mi confusión tropecé con un cuadro y dije en español purísimo :

— Dispense usted, no me había fi...

Caí en la cuenta de mi falta y me confundí más. Felizmente el señor García Ramos no se fijó y continué mi retirada tropezando con sillas, pegando contra las puertas, queriendo pasar donde había muralla, etc., etc. En la escalera encontré á mis hermanos todos muertos de la risa. Bajamos, y al llegar á la puerta vi á uno de los del estudio hablando con el cochero.

Viéndonos venir se hizo á un lado pero no se fué. No tenía más remedio que continuar la comedia.

Me acerqué al lacayo y le dí un gritazo tan fuerte en el oído, diciéndole la dirección en inglés, que al pobre diablo se le cayó el sombrero en el quite que me hizo. Le señalé el pescante y subió todo azaharado sin entender la mitad de lo que pasaba y nada de lo dicho. Subí al coche y cerré con tal fuerza la portezuela, que asusté á los caballos y partieron. Habríamos andado cien metros cuando paró el coche. Se bajó el lacayo, pálido todavía, y me preguntó :

— ¿Dónde vamos, señorito?

— Al hotel de París.

IX

— ¡A galantes no gana nadie á los españoles! exclamé una mañana al encontrarme sobre el velador una invitación que nos había mandado el barón de la Vega de Hoz, gobernador de Sevilla, para presenciar la apertura de una exposición retrospectiva de la escuela sevillana.

Una exposición retrospectiva es una curiosidad. Para organizarla se comienza por estudiar la historia de la pintura que es lo que constituye una exposición de esta naturaleza.

Aquella organización se la debía Sevilla á dos personas principalmente : Á su jefe civil y á su jefe religioso. Al barón de la Vega de Hoz y al arzobispo de Sevilla.

¡Lástima que concluyera tan pronto y no quedara definitiva!

Todos los particulares propietarios de cuadros de la escuela sevillana se apresuraron á ofrecerlos para constituir aquel conjunto. El señor gobernador los ordenaba según les correspondía por su época, por su autor, etc.

Apenas estuvo lista procedió á las invitaciones y no olvidó á los extranjeros del hotel de París. Que conste en estas páginas que tanto á éstas como á las demás atenciones que recibimos de él, hemos quedado tan sinceramente agradecidos como al despedirnos se lo demostramos.

A las tres era la hora fijada para la apertura y á las tres menos cuarto estaba yo listo, esperando que la abrieran, con el sombrero de copa en una mano, los guantes, el bastón y un diario en la otra, la cabeza levantada como caballo con rienda de gala, mirando los cuadros, componentes de aquella exposición.

¿Háse visto posición más ridícula que la del que examina un cuadro?

Dos cosas hay, delante de las cuales tengo que soltar la risa :

Cuando veo uno examinando cuadros y cuando veo á alguien caerse sentado.

La exposición demostraba las diferentes transformaciones por las cuales había pasado la escuela sevillana desde sus principios hasta nuestros días, haciendo ver su apogeo en el primer tiempo, su decadencia luego, y en fin, su historia completa para ser juzgada imparcialmente por los visitantes.

Estaba observando un Murillo cuando sentí que me golpeaban en la espalda.

— ¡Hola! ¿Como te va? Hacía tiempo que no te veía.

— He estado muy ocupado, pero hoy era preciso hacer lugar y venir á esto. Parece que será bueno.

— Hasta aquí va muy interesante.

La ceremonia iba á comenzar porque tocaron una campanilla.

Tomamos asiento junto con aquél que me había acompañado á la Catedral, al Alcázar, á casa de Pilatos, y esperé.

Por muy interesantes que sean los discursos y las personas que los pronuncian, los discursos son siempre los discursos y las fiestas oficiales seguirán siendo pesadas. Comienza por los siguientes términos, sea de un rey, de un ministro, de un general, de un candidato, de un cura, de un simple particular que brinda:

— Señores y señoras (si las hay) : Las circunstancias... mi deber; obligado por los amigos es que tomo la palabra, bien á pesar os lo aseguro, sin saber lo que irá á salir de este cerebro vacío. (Única verdad en todo el exordio). Os ruego, por mi mamá, que no se conformaría nunca, me excuséis, os pido mil perdones por todas las imperfecciones, galicismos, faltas de sintaxis y de ortografía que notéis en mis palabras, nacidas de la improvisación que anoche escribí durante la noche. (Porque si la escribió anoche podría ser durante el día). Y seguro de vuestra beneficencia, digo, benevolencia, procederé á dar principio á estas palabras ya comenzadas y nacidas después del crepúsculo y antes de la aurora... etc., etc.

— Este exordio es indispensable y con pequeñas variantes, ocupa la vanguardia de toda pieza oratoria.

Hablaron muchos. Miento; fueron dos, pero cuando se trata de discursos hasta la aritmética se me confunde. Un medio es igual á un entero. Dos enteros = á 5×4 .

- Estos discursos dan la lata, dijo mi amigo.
- No te entiendo.
- Digo que estos discursos dan la lata.
- ¿Qué es eso dar la lata?
- Pues fastidiarlo á uno. ¿No conocías esa expresión?
- Primera vez que la oigo.
- ¿Y ahora que se hace? Ya concluyeron los discursos.
- Pues esperar que pase la lluvia para marcharse.
- ¡Cómo! ¿Que está lloviendo?
- Á cántaros, con truenos y relámpagos. ¡Qué oídos!
- Pues aguantarse.
- Y esperar. ¿Tienes algo que hacer?
- No.
- Entonces te rogaría que me acompañaras en un coche á la Cartuja.
- Pero es muy tarde para ir. Son las cuatro y media. En llegar allá nos dan las cinco.
- Iremos mañana temprano.
- Bueno pues, mañana á las nueve.
- Convenido.

X

Á las nueve del día siguiente íbamos arrastrándonos hacia la Cartuja en un coche que andaba á razón de veinticinco metros por cuarto de hora.

La Cartuja de Sevilla no es como la Cartuja de Granada, un monumento artístico. Lo fué, tal vez. Hoy día aquel antiguo convento ha sido convertido en una fábrica de lozas.

— ¿Muchas fábricas á más de ésta, hay en Sevilla? pregunté á mi compañero.

— Infinitas. La principal es la de Tabacos.

— Esa no hay medio de verla sino por fuera, interrumpí. He estado cuatro veces y me han contestado que no era el momento á pesar de haber ido á diferentes horas del día.

— Son algo rehacios para los visitantes, me dijo, porque perturban el orden entre las cigarreras. Hay algunas buenas mozas, añadió saboreándose la boca.

— Yo todo lo que he visto es el edificio por fuera que parece palacio y parece cuartel con su fosa y su puente levadizo; la portada con aquellas puertas llenas

de dibujos y relieves y los bustos de Cristobal Colón y de Hernán Cortés.

— El interior tiene poco interés, me contestó. Todo se vuelve largas galerías con columnas de mármol blanco, salas inmensas é innumerables de elaboración, cinco mil operarios de ambos sexos y un producto al año de tres millones de libras de tabaco, entre rapé, cigarros y cigarrillos.

— Pues es bastante... ¡Pero en este coche no vamos á llegar nunca!

— No tanto. Ya estamos sobre el puente del Guadalquivir. En un cuarto de hora más llegaremos.

— ¿Y al fin no me dijiste cuáles eran esas infinitas fábricas que hay aquí?

— Pues mira : hay fábricas de guitarras, de cuerdas de guitarra, de chocolates, de almidón, de jabón, de guantes, de tejidos de lana, de fósforos, de ladrillos, de muebles de junco, de naipes, de paraguas, de balas, de perfumería, de relojes de torre, de abanicos, de sémolas, de sellos de metal y muchísimas otras.

— Me parece que con esas hay bastante para desmentir á los empeñados en España salvaje.

— Me alegro que pienses así.

— Al fin vamos á anclar, dije viendo que de lenta, la marcha se hacía nula.

Nos bajamos, y á medida que aliviábamos al coche de nuestro peso, el lomo encorvado del caballo se ponía recto.

— Este pobre animal no puede ya consigo mismo, dije.

— Ya irá á la Plaza de Toros. Entonces pasará á mejor vida.

— Y por peores trances, añadí. ¿Se puede visitar la fábrica? pregunté á una empleada cuarentona que estaba en la puerta.

— Voy á preguntarle al jefe, dijo, y se internó en el edificio.

Á poco rato volvió con otra, la cual traía el encargo de guiarnos por entre platos, soperas y tazas.

De todo aquel convento de frailes no se conserva sino la capilla y alguno que otro techo de artesonados como, por ejemplo, el del Refectorio, convertido hoy día en un depósito de platos, tazas, platillos, soperas, ensaladeras, etc.

— ¡Pero sin contenido! exclamé.

¡Lástima grande!
Que no sea verdad tanta belleza.

— ¡Y luego no quieres tener fama de gastrónomo! me gritó mi amigo.

En esta fábrica se hace desde el más ínfimo puchero para el peón, hasta el jarrón más delicado que ha de ir como adorno á los salones de palacios en que habita la nobleza.

Hay grandes departamentos en que se hace el barro, otros á donde éste pasa para que los operarios en sus respectivos tornos les den las diferentes formas, según su destino sea; otros en que están los grandes hornos para cocer los trastos, otro en que se aplican los dibujos á la loza que no ha de quedar blanca y otro, por

fin, en que delante de largas mesas están pintores y pintoras, dando colorido á los servicios, pintando los jarrones y azulejos, haciendo *vitreaux*, etc., etc.

— Subamos al salón de muestras.

— Bueno; subamos.

¿Que es lo que no había que ver allí? Jarrones, platos de adorno, estatuas, azulejos, cuadros en relieve sobre loza, etc., y en el centro la estatua del fundador de la fábrica señor Pickmann, al cual la Corona de España dió el título de Marqués, que hoy día lleva su hijo.

XI

— ¿Para qué horas es la entrada al Palacio de San Telmo?

— No recuerdo (viendo una tarjeta). Entre una y cinco de la tarde.

— Á las tres vendré á buscarte.

— Bueno, pues hasta las tres.

Á las tres y media recién se apareció.

— ¿Éstas son las tres? le dije.

— ¡Que quieres! Aquí no acostumbramos puntualidad más que para los toros. ¿Qué, no empieza la corrida mientras la Giralda toca las cuatro?... piteo al presidente, al rey y á todos los que se pongan por delante. Pero para otras cosas,.. Debías haberme advertido que era hora inglesa. Tengo costumbre de llegar media hora después.

— ¡Ah! ¿Entonces fué de ustedes que heredamos la costumbre en Chile?

— Pasando á otra cosa. ¿Tienes tu tarjeta?

— La llevo en la mano para que no se me olvide.

— ¿Quién se las consiguió?

— El señor Leguina que ha sido tan cariñoso...

— Es una excelente persona y en Sevilla todos le queremos muchísimo.

El palacio de San Telmo, que íbamos á visitar, es la residencia actual de S. A. R. la infanta doña María Luisa Fernanda de Borbón, duquesa viuda de Montpensier. Situado á orillas del Guadalquivir, con preciosa vista sobre el Paseo de las Delicias, rodeado de un bonito parque, en donde se cultivan las más raras plantas tropicales y no tropicales, aquello es una residencia regia.

¡ No es raro! siendo hija de reyes la que lo habita.

Enorme vivienda compuesta de larguísimas galerías y corredores, de inmensos patios que se suceden unos á otros, de grandes salones, de filas de dormitorios...

¡ Todo es por cantidades! Hasta el arte falta por cantidades; porque en verdad, aquello es muy grande, muy magnífico, pero lo que es artístico...

Y debe ser muy triste para su dueño vivir en un palacio tan grande, habitado por sólo tres personas. (Sin contar los sirvientes, se entiende). La infanta, su dama de compañía y su intendente general de bienes. Sus hijos no están con ella. Algunos casados, otros muertos, el destino de la vida los ha ido separando poco poco del hogar.

La mayor igualdad que hay en la vida es su destino, y la única á pesar de todos los principios y reglas para ser iguales, inventadas por la Revolución Francesa.

Reyes y esclavos, millonarios y pobres, todos están sujetos al mismo destino, todos á las mismas peripecias de la vida. Contra el destino no hay nobleza, no hay millones que valgan.

Á esta señora, pensaba yo, ¿qué le faltaba para ser feliz?

Posición mejor que la de hija de reyes, nadie desea; más fortuna, tampoco. Tenía un marido, buenos hijos, es querida de todo el mundo, y viene el destino de la vida, le quita su marido, le arrebató unos hijos, le casa otros y, en medio de este naufragio, á una edad más que madura y menos que avanzada, queda sola en su palacio, en medio de sus riquezas y de sus recuerdos, rodeada de servidores, que la quieren, es cierto, pero que no pueden formar el encanto del hogar. ¡Y que me vengan á decir que es la Revolución Francesa y no Dios quien estableció primero la igualdad!

Embebido en estos pensamientos no me acordaba del compañero. El se encargó de sacarme de aquél sueño despierto y despierto sueño.

— ¿En qué vas pensando? me dijo.

Le conté todo lo que se me había venido á la cabeza.

— Este palacio tiene cuatro departamentos, me dijo bruscamente y algo conmovido.

Me quedé pensativo sobre aquel cambio de conversación y luego recordé, por su traje negro, que hacía pocos meses que se le había muerto su madre. Él también tenía todos los medios de ser feliz y héteme aquí que pocos días atrás había pasado por uno de los trances más amargos de la vida. Al menos así lo supongo.

No quería yo que aquel paseo á un palacio fuera un paseo á las regiones de la tristeza y me empeñé en que continuara su historia de los cuatro departamentos.

— Sí, me dijo, son cuatro. El departamento de la infanta, y ese no lo podrás ver aunque traigas tarjeta del mismo san Pedro, que abre las puertas del paraíso.

— ¿Por qué?

— Porque allí está el dormitorio y todas las habitaciones particulares. Á nadie le gusta que todo el mundo se le entre á su dormitorio.

— Tienes razón. ¿Y cuáles son los otros departamentos?

— Los salones de recepción, los salones de espera del público y el departamento de huéspedes que han ocupado varios reyes.

— Y todos éstos los podemos visitar?

— Absolutamente todos, incluso la capilla que no te había nombrado.

— Pues ya es algo.

Comenzamos por el que era destinado á escritorio del duque y allí pude ver una colección de retratos. Todos eran de hijas que habían muerto. Su hija la reina María Mercedes, primera mujer de Alfonso XII, está allí y su retrato revela una hermosura.

Aquél escritorio está lleno de recuerdos de familia.

Subí á los salones de recepción. Mucho lujo por todas partes, los respaldos de las sillas terminados por la corona ducal y el escudo con tres flores de lis de los Borbones, las paredes tapizadas de Gobelinos, y donde faltan éstos, retratos de familia. Son dignos de notarse, cinco: el de Fernando VII, el de María Cristina de Borbón, padres de la infanta, el del duque de Montpensier, en uniforme de capitán, el de Alfonso XII

y el de la infanta, á la edad de veinte años. Está preciosa y mi compañero exclamó al verla :

— ¡No haber nacido medio siglo atrás y príncipe!

— Sevillano ante todo y por todo, le contesté. Hasta los retratos te enamoran!

Entre estos salones, el que indudablemente vale más como riqueza, como arte y como todo, es el que antecede al comedor, donde está la espléndida colección de objetos del duque, recogidos por él y regalados por diferentes personas, en sus viajes.

Allí hay : una colección de sillas de montar de todos estilos, frenos de oro, de plata, incrustados de piedras preciosas, escopetas de caza con relieves y dibujos de oro é innumerables brillantes, tapicerías de todas clases y de todos países, servicios de te y de café, entre los cuales sobresale uno cuyas tazas son de oro macizo con el monograma en brillantes, regalo del sultán de Turquía, espadas y floretes de todas las fábricas y sistemas del mundo, con empuñaduras y hojas cubiertas de incrustaciones de oro, joyas indígenas de los habitantes primitivos y naturales de Filipinas, armas y utensilios domésticos de los mismos, traídos de un viaje hecho por aquellas tierras, y, en fin, todo lo que puede constituir un pequeño museo, interesante y fabulosamente valioso.

Pasemos al comedor, inmensamente grande, tapizado de gobelinos como los salones. Una mesa desmantelada y muy grande ocupa el centro. En un extremo otra de cuatro asientos. Sólo tres hay puestos. Tres platos, tres cuchillos, otros tantos tenedores y cucharas, un frutero con naranjas, otra fuente más

pequeña con chocolates, es todo lo que se ve sobre ella.

Está esperando á sus tres comensales cuotidianos. Sencillez en medio de tanta grandeza, esta mesa retrata por completo la persona que ha de sentarse allí.

¡Grande, pero sencilla!

Bajé la escala para ir á los salones de espera. La escala, en verdad, no corresponde con el resto del palacio, y se conserva, según me parece, sólo por su antigüedad.

En las paredes retratos de diversos reyes y personajes, entre los cuales me llamaron la atención el de Carlos II, el de Hernán Cortés y el de Quevedo.

— Si los señoritos quisieran pasar á la capilla antes de pasar á los salones de espera, dijo el empleado de palacio que nos acompañaba, más lleno de galones que un mariscal de campo y una gorra de almirante con una corona bordada

— No es mala ocurrencia, mi general, contesté sin poderme acostumar á la idea de que aquel era un empleado.

El se rió, y mi amigo más que él.

Pasamos á la capilla, que peca más bien de pequeña que de grande, oscura como todas las iglesias, y cuyo principal atractivo son los cuadros que la adornan, entre los que sobresale un Ticiano. Á pocos pasos del altar mayor había dos sillas y dos reclinatorios con cojines de terciopelo y corona en una esquina. Sencillos por lo demás.

— Todas las mañanas, invierno, verano, primavera y otoño, haga frío ó calor, á las siete de la mañana,

baja la infanta á oír la misa en compañía de toda la servidumbre de palacio, dijo el general; digo... el mayordomo.

— ¿Usted también oye misa, mi general?

— Yo soy solamente mayordomo, señorito.

— ¿Y qué significa tanto galón?

— Mayordomo, señorito. Hay otros que tienen cuatro y cinco galones, que son más antiguos que yo.

— ¿Y cuántos años hace que está usted al servicio de la infanta?

— Dieciséis años, y soy de los más modernos.

— ¿Eso dice muy alto de su patrona?

— ¡Si es tan buena! me contestó.

— ¿Y la quieren ustedes mucho?

— Mucho, me dijo con un acento que me causó envidia al pensar en nuestros sirvientes.

— Todos los años, continuó el general; digo... el mayordomo, en los aniversarios de la muerte de los diferentes miembros de la familia, la infanta hace celebrar en esta capilla honras por el descanso de sus almas. Entonces se llenan todas las bancas con las autoridades de la provincia y los amigos personales de la infanta, que son muchos.

Pasamos á los salones de espera. Á la entrada, sobre una mesa en que había un tintero, una pluma y papel secante, encontré un álbum. Allí apuntan su nombre todos los que van á visitar el palacio, y yo apunté el mío. Mi amigo estaba de mucho tiempo allí. Continué el camino, y en el corredor, que comunica este saloncito con los otros, pude ver á mano derecha, entrando, un retrato de Felipe Igualdad. Los demás cua-

dros del corredor representan todas las batallas notables en que los españoles han tomado parte.

El salón á que pasamos después, y que es el más grande, sí que se puede llamar un salón de verano. Su piso de mármol, sus zócalos de mosaicos, las mesas de mármol ó de mosaico con bronces, muy pocos ó ningún tapiz, sillas de junco dorado, pocos cuadros y ninguna cortina. He aquí este salón que respira frescura.

Un trono de bronce hay en este salón, que fué de María Cristina de Borbón, primera regente de este nombre que hubo en España durante la menor edad de Isabel II. Este trono es sumamente pesado; su base es de bronce macizo.

— Este trono es tan pesado, que entre dos hombres no pueden levantarlo un ápice de su sitio, dijo el general, que al fin había consentido en que le llamara así, ya que me era tan dificultoso recordar que era mayordomo.

Mi compañero, que se las daba de pulsos, dijo:

— Apuesto lo que quieran á que lo levanto.

— Haz la prueba.

Se puso á hacer fuerzas y al tercer tirón, que dió, sin resultado, se le fueron los pies sobre el mármol del piso y cayó sentado, á descansar más pronto de lo que quería, con los piernas metidas debajo del trono. De ahí tuvimos que ayudarlo á salir, y mientras lo tirábamos de ambos brazos con el general, yo le decía:

— ¿No ves pues? Por querer levantar el trono, tenemos nosotros que levantarte á ti.

— Es un trono muy pesado el de España para levantarlo así no más, me contestó.

Días después supe que mi compañero era republicano.

Continuamos al rededor del salón, sin detenernos y pisando muy firme para no caer. Teníamos el ejemplo cerca.

Un cuadro representando la muerte de Fernando VII fué lo primero que llamó la atención. El rey está en cama, medio sentado á causa de la cantidad de almohadas y almohadones que tiene á su espalda. La última de sus cuatro mujeres, María Cristina, vestida de promesa del Carmen, lo atiende en sus últimos momentos. Un sacerdote con un crucifijo está al lado de la cama y un médico le tiene el pulso y fija su vista en la expresión de la cara del moribundo.

Como no teníamos mucha gana de tristeza, continué sin pararme mucho delante de aquella escena y entré en el departamento de huéspedes, precedido del general y seguido del compañero.

Me encontré con una serie de dormitorios, muy bien amueblados y listos para su alojado, con las paredes llenas de fotografías de familia y de amigos de la infancia, pero nada digno de llamar la atención. En uno de aquellos cuartos hay un retrato al óleo de la reina Isabel II, vestida con el mismo traje que el día del atentado de asesinato, á la salida de la apertura de las Cortes, en Madrid. El corsé la protegió de la puñalada.

No será este el primer caso en que la mujer deba la vida á su coquetería.

— ¿Y qué tiene de particular todo este departamento? pregunté.

— Nada notable, me contestó mi amigo. Como recuerdo histórico, dicen que en uno de estos dormitorios se vistió Alfonso XII para asistir al baile que en celebración de su compromiso con la reina María Mercedes, dieron los duques de Montpensier.

— ¿Y eso es todo? dije yo, extrañado que en un palacio no hubiera cosas fantásticas.

— Absolutamente todo.

— ¿Y ahora qué vamos á hacer?

— Marcharnos, despedirnos de tu general, como le dices, darle algo para que refresque el gáznate, y hacer un paseo por « Las Delicias ».

— No está malo el programa... sobre todo para el general.

— Y para nosotros, soberbio. Verás como te va á gustar el paseo de las Delicias.

— Á juzgar por el nombre...

XII

¡Y qué bien puesto está! ¡Qué soberbio paseo! A un lado el río Guadalquivir, al otro el campo andaluz. Tómese bien el peso á estos dos elementos.

Quien dice Guadalquivir dice poesía, belleza, romanticismo, recuerdos, alegría, tranquilidad, movimiento...

¡Es curioso! Este río es tranquilo y movido. En los momentos en que no pasan vapores es la tranquilidad misma. Cuando comienzan á pasar los *yachts*, los vapores de carga, de pasajeros, los buques de vela, es el movimiento mismo.

¡Es bello tener para todos los gustos en una misma cosa!

Quien dice campo andaluz, dice verde en todos sus tonos, desde el esmeralda más claro hasta el que á lo lejos se confunde con el negro, dice luz, claridad, cielo azul nunca cubierto por nubes, dice pintoresco, animado, encantador.

¿Y me dirán ustedes, que pasearse entre el Guadalquivir y el campo andaluz, en medio de dos filas de bonitos árboles, no es pasearse en las Delicias?

¡Ojalá que las delicias fueran sólo las del campo y las del río!

Hay otras mucho más sabrosas que éstas, que no quedan estacionarias, sino que andan para arriba y para abajo, entre las otras dos metidas en victorias, *landaux* y faetones.

Más que de tonto se pasa el que no haya reconocido en estas delicias á las sevillanas.

Yo no sé si es el lugar que entusiasma y hace ver todo bello, pero puedo asegurar que vi á las paseantes de las Delicias en otras partes y me entusiasmaron lo mismo.

¡Si no hay nada más natural! ¡Aquello no es para menos! Si Salomón resucitara y las viera, se le volvían otra vez sal y agua todos los templos que hiciera.

Ésta es la patria de don Juan Tenorio. Más vale que yo no sea de aquí, porque me habría convertido en otro.

Aquello es un conjunto precioso. Me sentí novelista, poeta, músico y todo lo que hay que sentirse.

Á cada momento pensaba:

— ¡Qué mal concluía sus frases, el que puso á esto el nombre de delicias. Se le olvidó agregarle supremas.

¡Ésto es *superió!* como dicen los sevillanos, *¡beautiful!* como dicen los ingleses, *¡superbe!* como dicen los franceses, *¡eh coha* muy preciosa, *hiñor!* como decimos los chilenos.

Los cinco sentidos tienen su deleite: la vista, no tengo para que decirlo, el oído con los silbidos de los vapores en el río (no es muy agradable, pero alegre), el sabor, saboreándose la boca al ver esas caritas de

cielo, el olfato, con el perfume de los naranjeros, que en Andalucía es exuberante. Solo falta el tacto ¡pero éste es inútil!, se pierde al contemplar tanta belleza. Creo que si hubiera un sexto sentido también estaría deleitado.

Y ahora que me acuerdo. Me olvidaba del sentido... común.

¿Hay cosa más deliciosa que perder el sentido común?

Aquí se pierde. Por eso es malo venir á estos lugares.

Tiene un encanto este paseo, que es difícil encontrar en otra parte. Se le figura á uno estar en un salón.

Cada coche que va llegando, es un nuevo tertulio. Todos se hablan, todos se conocen, todos se tratan como en familia; no hay ese estiramiento, no hay esa etiqueta que se nota en otros parques.

Pero cuando más característico es este lugar, es á la salida de los toros. Todas las muchachas salen á pasearse en sus coches abiertos, con mantilla blanca y flores en la cabeza, los hombres con sombrero cordobés.

¡Entonces sí que nada se le parece! El sello de gracia que tiene una sevillana con mantilla, y la alegría que el conjunto de todas da el paseo, no se lo dan otras á otros parques; ni aun las parisienses á su bosque de Bolonia, por más lujo, derroche de trajes, sombreros y composturas que gasten.

¿He convencido bien á los lectores que tienen que venir aquí para ver Las Delicias?

No se olviden que

Quien no ha visto á Sevilla
No ha visto maravilla.

En una de las avenidas de aquel paseo hay un lugar por nombre « La venta de Eritaña », que podría llamarse mejor « La venta de líquidos y sólidos », porque ese lugar es el restaurant más *chic* de Sevilla.

El manzanilla, el Málaga, el anisado se venden mucho en aquella venta. Pero más curioso que lo que venden es la distribución de las mesas en que se toma la compra.

En un gran jardín están las mesas que ocupan el interior de reproducciones en madera y en pequeño de monumentos de Sevilla, como la torre del Oro y el puente de Triana.

El puente de Triana y el manzanilla no es mala mezcla; pero la torre del Oro, tan poética de nombre, tan histórica y antigua, cobijando á todo el que tenga ganas de echarse al cuerpo una dosis de licor ó de sustancias alimenticias...

Cuando se le figura á uno que dentro de esa torre va á encontrar algún señor feudal, armándose de su lanza y de su espada de dos filos, para salir á torneos, y se encuentra con un pacífico mortal del siglo XIX, que por todas armas tiene un cuchillo y un inofensivo teneador, cuyos únicos enemigos son el cocido ó la merluza

que van á hacer añicos, se cae el alma á los pies y dice uno:

— ¡ Es bien cursi esto de ser moderno ! ¡ Como fuera yo mi antepasado !

Problema difícil.

XIII

Y si el paseo de las Delicias es el punto de reunión en la tarde, en la noche lo son los teatros de San Fernando, de Cervantes y del Duque.

El teatro de San Fernando está situado en la calle de Tetuán y es el más aristocrático de todos. Porque es el más caro.

Esto que la aristocracia esté condenada á valer sólo unos pocos centavos más que la democracia...

Puede contener de mil quinientos á dos mil espectadores, á pesar de ser la sala pequeña, pues tiene cuatro pisos ó series de localidades, sin contar las butacas. Los palcos están bien decorados, pero las lunetas y sillones de madera y junco no van bien con el resto del teatro.

No importa; los asientos esos están siempre muy bien cubiertos por terciopelo y seda que no sirve justamente de tapiz á los sillones, sino á los ocupantes, y como cuando hay de eso no se fija uno en las sillas...

Lo cierto es que yo trataba siempre de llegar un poco tarde para no ver los sillones pelados. En lugar del junco veía las cabecitas sevillanas que seguían con aten-

ción las peripecias de la escena y con mucha más las peripecias de los espectadores.

— ¿Qué diferencia es la que hay entre este teatro y los de otras partes? preguntaba una vez á un sevillano. Yo noto que aunque en la escena no se pase nada interesante, siempre estoy muy entretenido.

— ¡ Ah! me dijo, ¡ ese es un gran secreto!

— Dígamelo usted, hombre, que yo lo encuentro un problema.

— Con solución muy fácil. Nadie ocupa su sitio.

— ¿ De veras?

— Fíjese usted y verá. El que está á la izquierda durante el primer acto, continúa á la derecha en el segundo y al centro en el tercero. Las espectadoras no se mueven, pero nosotros los espectadores... ¿ Ve usted? Yo estoy hablando aquí; pero ahora me voy á aquel palco. Con que... hasta la vista.

Y se marchó.

— ¡ Ah, ah! me quedé pensando. Ya sé el secreto de tanta animación. ¿ De manera que los jóvenes que compran asiento, lo compran por lujo y no por necesidad? Desde que no se están quietos en él y desde que hay muchos que ni siquiera se dan el trabajo de mirar el número que les corresponde... Y fijándome un poco, es muy cierto lo que dijo *fulanito*. Estaba en el palco tercero derecha, y ahora es en el cuarto de la izquierda, en la segunda fila. Sólo le falta subirse al anfiteatro y á la galería... Pero, ¿ estoy soñando?... No; es él, me hace señas desde la galería. ¿ Qué habrá ido á hacer ahí? ¡ Ah, ya caigo! dirige los anteojos hacia el palco de la *fulanita*... ¡ Qué costumbre más rara! Su-

birse á la galería para mirar con gemelos á las que nosotros llamaríamos *las prendas*. Y acaba de estar hablando con ella. ¡ En fin, el anfiteatro se ha escapado! Pero no, ahí va entrando. Ahora es para mirar una rubia, de la izquierda. ¿ Pero cuántas *prendas* tiene este sujeto? Decididamente, es descendiente de don Juan Tenorio.

Cuando bajó de aquellas alturas le pregunté qué había ido á hacer allí.

— ¡ Oh! me dijo, es preciso observar á las muchachas de todos lados y á toda distancia para poderlas apreciar.

— Los *amateurs* como ustedes deben saber lo que es bueno, le contesté, y desde aquella noche principié yo también aquel ejercicio de escaleras, para mirar á todos lados y á toda distancia. Me convencí que los sevillanos son muy entendidos en la materia.

¿ Y fué esto todo lo que me llamó la atención en el San Fernando?

Falta algo. Yo sé que falta algo mucho más curioso y no me puedo acordar...

¡ Ah! ¡ Ya caigo! ¡ sí! eso es. No lo decía yo que faltaba algo...

Esa familiaridad y ninguna etiqueta con que se tratan en todas partes los sevillanos, entre sí y con los forasteros (1).

La verdad es que uno de los salvajismos más grandes es la etiqueta, el estiramiento, que hay en la

(1) Es costumbre en Andalucía llamar á los extranjeros y, en general, la gente que no sea de la ciudad en que se halla : forasteros. No ví nunca en mi permanencia decir : extranjero.

mayoría de los teatros del siglo. Por eso el San Fernando es mucho más agradable que cualquier otro.

Las noches que pasé allí no se borrarán tan fácilmente de entre mis recuerdos de viaje.

Muchas veces, cuando llego á un teatro aquí en París y veo una pieza de gran aparato, con espléndidos actores, durante algunos momentos de las escenas culminantes, estoy muy entretenido; pero pasando éstos, llegan los entreactos y sin tener á nadie con quien hablar, ninguna cara conocida que mirar, los bostezos se siguen unos á otros. Si no compro algún libreto ó diario de teatro que venden esos tipos insupportables que se los meten á uno hasta por los ojos, en cinco minutos estaría durmiendo más tranquilo que si estuviera en mi cama.

En el San Fernando no era así. Los actores no serían tan buenos, la *mise en scène* algo inferior, pero la diversión, muy superior.

Dije al hablar de las plazas, que en la del Duque de la Victoria, estaba el teatro más popular y es verdad.

El « Teatro del Duque » debía llamarse el « Teatro del Democrático ».

No sé verdaderamente cómo pueden subsistir estos teatros á precios tan sumamente bajos.

Yo fui varias noches y pagaba, por sesión ó *tanda*, que llamamos en Chile, una luneta á cincuenta céntimos, ó sea diez centavos oro, con derecho á oír una zarzuela en que entraban lo menos treinta músicos y cuarenta á cincuenta personajes entre actores y coros.

Júzguese de la democracia de este teatro por el siguiente dato :

No hay sino cuatro palcos : uno para el gobernador, otro para el Ayuntamiento (1) y dos para cada uno de los propietarios del teatro. La poca gente decente va á sillones y lunetas. Todo lo demás del teatro es galería.

¡Y échele usted democracia!

El otro teatro es el de Cervantes, término medio entre el San Fernando y el Duque. Poco favorecido del público lo noté, y su aspecto no es muy alegre. Cuentan que cuando van á el buenas compañías, cosa que suele suceder algunas veces, va allí mucho el público del San Fernando.

Tales son los teatros que en las noches de Sevilla me tuvieron entretenido. De los tres como de todo lo sevillano, conservo muy buenos recuerdos.

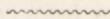
He comprendido más tarde, al irme de allí, aquella expresión tan característica « La tierra de María Santísima ».

Después de haberla visto sé por qué Murillo pudo inspirarse en tan bellas Concepciones.

París, septiembre 14 de 1896.

(1) Nuestras municipalidades se llaman en España ayuntamientos. Concejales del ayuntamiento los municipales y municipales los que nosotros llamamos *pacos*.

ÍNDICE



Dedicatoria.	V
Prólogo.	VII

PRIMERA PARTE

DE PARÍS Á SAN SEBASTIÁN.	I
-----------------------------------	---

EN SAN SEBASTIÁN

Primera conversación. — Algo de todo en el hotel de Londres. — Aspecto general. — Un paseo por los alrededores, y una visita á Hernani. — Hay fábricas. — La misa y la salida de ella. — ¡Á Madrid!	5
---------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------	---

PRIMERA ESTADÍA EN MADRID

Cómo razona la Compañía de Sleeping-Cars. — De cómo comprendí la utilidad de la capa. — Un paseo matinal por calles y plazas. — El Museo del Prado. — Dos paseos de Madrid. — Cuatro teatros en una noche. — El Teatro Real. — El Museo Arqueológico. — Lo demás para después.	20
----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------	----

EN MÁLAGA

Primeras impresiones. — Málaga de hoy día. — Sus productos. — La ciudad y sus entretenimiento. — Los días de Carnaval. — La Catedral. — Periódicos, correos, coches y cocheros, policía, etc. — Fiebre de mendicidad. — Una visita al cementerio. — La partida.	49
-------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------	----

EN GRANADA

Llegada y primera impresión. — Visita matinal á la Alhambra. — Palacio de Carlos V, y una vuelta por torres y terraplenes. — La Cartuja. — El seminario del Sacro-Monte. — Los gitanos. — La Catedral. — ¡Á la capital de Andalucía!. 89

EN SEVILLA

De Granada al hotel de París. — Aspecto general de la ciudad — La Catedral. — La torre de la Giralda. — El Alcázar. — La casa de Pilatos. — Una visita al Museo. — De cómo visitamos los principales estudios de pintores sevillanos. — En una exposición retrospectiva de pinturas. — Lo que es la Cartuja de Sevilla. — El palacio de San Telmo. — El Paseo de las Delicias y La Venta de Eritaña. — Los tres teatros de Sevilla. . . . 159

—————
En preparación la segunda parte.
—————

